

LA OCUPACIÓN DE LAS PEÑAS DE LOS GITANOS (MONTEFRÍO, GRANADA) DESDE EL NEOLÍTICO AL MUNDO ROMANO. ASENTAMIENTO Y RITUAL FUNERARIO.



Juan Antonio CÁMARA SERRANO
José Andrés AFONSO MARRERO
Fernando MOLINA GONZÁLEZ

1. LA HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN Y LOCALIZACIÓN

El yacimiento de Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada) incluye diferentes entidades arqueológicas, todas ellas de fundamental importancia para la comprensión de la evolución histórica en la comarca granadina de Los Montes Occidentales, aunque aquí nos centraremos fundamentalmente en los yacimientos prehistóricos. Este conjunto de montañas y valles forman parte de las Cordilleras Subbéticas que alcanzan su altura máxima en la Sierra de Alta Coloma (1689 m). Se origina durante la orogenia Alpina y está formado por materiales calizos en las zonas altas y margas en las bajas. Estas últimas áreas a veces son interrumpidas por materiales mioceños que forman verdaderos bloques elevados como Las Peñas de los Gitanos.



Las Peñas de los Gitanos

En este, un paisaje cárstico formado por pasillos y mesetas situadas a diferentes alturas, la necrópolis se sitúa en los pasillos más bajos y el asentamiento prehistórico de Los Castillejos se ubica en una meseta elevada (1050 m s.n.m.) hacia el suroeste, controlando el valle.

Se trata además de un zona que, en lo que respecta al ambiente natural, ha permanecido prácticamente al margen de las continuas modificaciones relacionadas con la actividad humana, debido a que se localiza en una comarca montañosa y a las dificultades que el relieve cárstico, que conforma la unidad geomorfológica ocupada por el conjunto de yacimientos, supone para su utilización agraria. Sólo en circunstancias excepcionales las áreas más llanas y bajas de las Peñas han sido parcialmente aclaradas de monte bajo. De hecho aunque el paisaje actual de la zona está dominado por el olivar, Las Peñas de Los Gitanos quedan reductos de un encinar degradado.

Así el contexto natural de Las Peñas de los Gitanos representa un ejemplo claro de lo que se puede concebir como un monumento natural por su impacto sobre el entorno, creado a partir del contraste de los afloramientos rocosos (maciños) con el terreno circundante tanto en preeminencia como en color (blanco grisáceo frente al marrón rojizo de las arcillas sobre las que se asientan y frente al verde de la vegetación – o en determinados casos el rojo otoñal). El impacto del conjunto se acentúa desde el valle situado al sur, entre Las Peñas y la importante formación de la Sierra de Parapanda, siendo esta la zona que ha recibido mayor atención por parte de las poblaciones humanas desde la Prehistoria hasta la actualidad, no sólo por los potenciales recursos agropecuarios sino por las vías de comunicación que se abren hacia el

sur (Arroyo de los Molinos) y que se pueden controlar perfectamente desde la parte alta de Las Peñas.

Éstas, sin embargo, no son una unidad homogénea sino que presentan, como cualquier formación cárstica una serie de cavidades en diferentes grados de evolución, algunas de las cuales fueron utilizadas en la Prehistoria Reciente, hasta el punto de que incluso al pasillo donde se sitúa el conocido poblado de Los Castillejos se accedía en las primeras fases (Neolítico Antiguo-Medio) a partir de una cavidad al oeste (Cueva de Las Cabras) que sólo más adelante daba paso a un espacio descubierto pero cerrado naturalmente con farallones también al norte y sur. En las zonas más accesibles el hábitat se reducía a cavidades como Cueva Negra (Mergelina, 1941-42) o la Cueva de las Tontas (Torre, 1984).

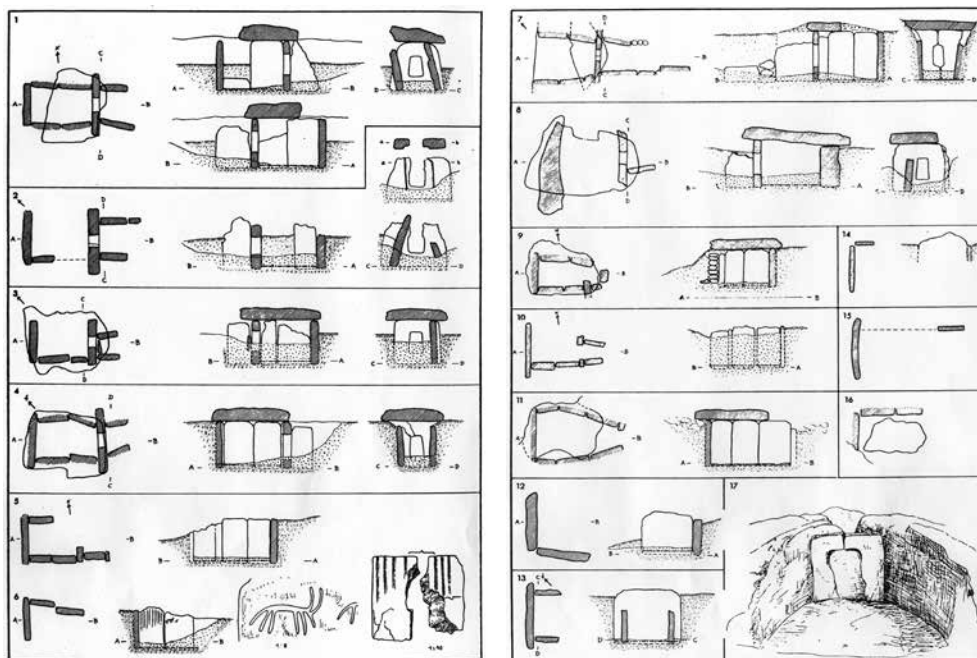
Las primeras noticias científicas sobre este excepcional complejo arqueológico fueron proporcionadas por M. de Góngora y Martínez (1868).



**Dolmen del Hoyón de la Virgen.
Según M. de Góngora**

Tanto en esta obra como en los trabajos posteriores de M. Gómez-Moreno (1905, 1907) el interés estuvo centrado en los sepulcros megalíticos de la zona. Éstos ya en los años veinte del siglo XX fueron objeto de excavaciones arqueológicas (y no de mero expolio) de la mano de C. de Mergelina, aunque la publicación de sus trabajos se vio retrasada por diferentes circunstancias, entre ellas la Guerra Civil española. Estas intervenciones ya llamaron la atención sobre determinadas particularidades, como las diferencias en las dimensiones de los sepulcros entre las distintas áreas de la necrópolis y la presencia

en algunas tumbas de enterramientos totalmente articulados correspondientes a los últimos inhumados depositados entre el III y el II Milenio A.C. (Mergelina, 1941-42). En los años treinta del siglo XX debió visitar la zona el matrimonio alemán formado por G. y V. Leisner que incluyó la necrópolis en su monumental catálogo sobre el Megalitismo del Sur de la Península Ibérica (Leisner y Leisner, 1943). La siguiente intervención fue mucho más puntual y nunca vio la luz. Se trata de la excavación por parte del holandés A. E. Van Giffen de un dolmen en el Hoyón de la Virgen, zona hoy conocida como El

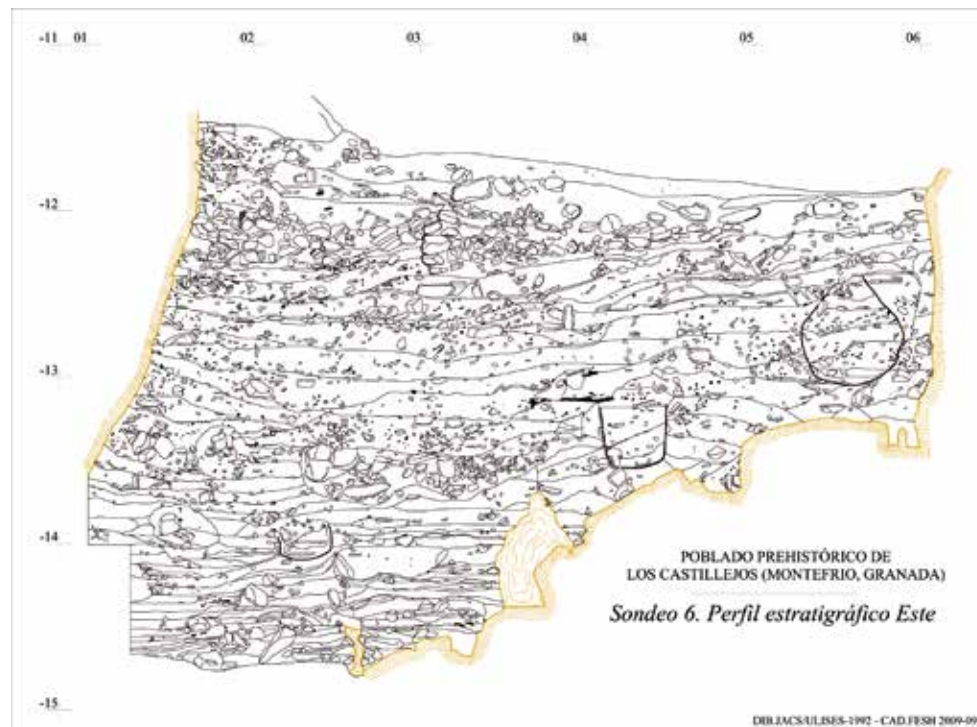


Leisner, Leisner

Castellón, en el marco del Congreso de Arqueología de Campo celebrado en Granada en 1953.

La excepcionalidad de la necrópolis, sin embargo, venía marcada por la asociación a otro tipo de yacimientos en el mismo enclave de Las Peñas, cuevas con ocupación prehistórica y, sobre todo, al poblado de Los Guirretes o de Los Castillejos en el que si ya C. de Mergelina había excavado niveles romanos (Mergelina, 1945-46), fue M. Tarradell quien

en 1946, reconociendo su importancia, acometió las primeras excavaciones en profundidad (Tarradell, 1952), realizándose también intervenciones no publicadas en el marco del Congreso de Arqueología de Campo referido. La secuencia, sin embargo, no fue completada y definida hasta las intervenciones del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada en 1971 y 1974 (Arribas y Molina, 1979a, 1979b), y fue ésta la que dio merecida fama al yacimiento.



Perfil norte del corte 1c/6

Al éxito del modelo de cambio crono-cultural reflejado por la secuencia de Montefrío en los años ochenta contribuyeron fundamentalmente tres factores. Primero, la estratigrafía de Los Castillejos resolvía el viejo problema de la sucesión entre Cultura de las Cuevas y el Calcolítico, el paso del hábitat troglodita al hábitat al aire libre; segundo, completaba la diversidad cultural del Calcolítico del sur de la Península, definiendo, si bien a grandes rasgos, la Cultura megalítica granadina occidental diferente a otras mejor conocidas como la Cultura de Los Millares en el Sudeste. Y por último, daba cuenta de cuándo se producían los cambios que tienden a conceptualizarse como Edad del Bronce. Todo ello contribuyó a que la secuencia fuera usada, de modo abusivo, como modelo aplicable a todas las regiones meridionales de la Península Ibérica.

Además de en las zonas de actividad prehistórica y en el área de ocupación romana de Los Castillejos, también se han realizado trabajos de excavación en otra zona del conjunto de Las Peñas de los Gitanos, concretamente en el área conocida como El Castellón, donde se localizaron un poblado y necrópolis alto-medievales (Torres, 1981; Motos, 1991, 1993), debiéndose destacar que en las inmediaciones se sitúa una parte de la necrópolis megalítica, la conocida como El Hoyón de la Virgen ya referida por M. de Góngora (1868) y que otras áreas de sepulturas altomedievales, algunas incluso más cercanas al actual cortijo de

El Castellón, también fueron referidas por el mismo autor.

A pesar de la importancia que Las Peñas de los Gitanos tiene para el estudio de la Prehistoria Reciente del Sur peninsular, esto no evitó que la actividad clandestina de expoliadores alterara gravemente sus depósitos arqueológicos, ni se tradujo en trabajos de acondicionamiento y divulgación que garantizaran el uso social del conjunto, problemas a los que intentaban dar solución las actuaciones realizadas de 1991 a 1994 (Ramos et al., 1997) que culminan el proceso iniciado con la expropiación parcial del yacimiento a fines de los setenta y la incoación de expediente de Bien de Interés Cultural (BIC) diez años después hasta su declaración el 26 de marzo de 1996.

Los trabajos arqueológicos desarrollados durante 2001 y 2002 por la Universidad de Granada han estado integrados en un proyecto de conservación y puesta en valor de los yacimientos de Las Peñas de Los Gitanos de Montefrío (Granada) dirigido por el arquitecto Pedro Salmerón y aprobado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía en 1997. Se realizó una intervención integral en cuatro áreas y se propusieron distintos itinerarios para la visita del complejo arqueológico y el disfrute de los valores patrimoniales y medioambientales de la zona (Afonso y Ramos, 2005).



Dolmen 8 restaurado. Foto Miguel Ángel Blanco

2. LA ELABORACIÓN DE UN CUADRO CRONOLÓGICO



Introducción. Los datos radiométricos.

El punto de partida para presentar el desarrollo de la ocupación prehistórica en Las Peñas de los Gitanos será la secuencia estratigráfica disponible para el conjunto de la zona excavada, aunque ésta ha sido presentada de forma extensa en lo que respecta a las fases que cubren el desarrollo neolítico en el corte 1c/6 (Afonso et al., 1996) y de forma sucinta en lo que respecta a todo el desarrollo ocupacional en el sondeo referido (Arribas y Molina 1979a, 1979b; Ramos et al., 1997; Cámara et al., 2005). La correlación entre los diferentes cortes, ha sido, en cualquier caso, difícil dada la diferente profundidad alcanzada, la distancia entre ellos y el carácter episódico de muchos de los eventos documentados, especialmente en los periodos calcolíticos (incendios de determinadas cabañas, presencia de fortificaciones en el extremo oriental del corte 1c/6, etc.). Por otro lado, atenderemos también al conjunto de dataciones disponibles, que se ha visto sustancialmente incrementado en los últimos años.

En un principio habían sido publicadas siete dataciones sobre carbón de la secuencia de Los Castillejos, seis de ellas realizadas por el laboratorio Beta Analytic de Miami y una por Universidad de Groningen. Del primer conjunto, además de tres muestras objeto de análisis por AMS, otras dos muestras fueron objeto de un

doble análisis, por AMS y por datación convencional, lo que mostró sustanciales diferencias en los resultados (Cámara et al., 2005). Aunque se pretendió obtener, a partir de estas muestras, un panorama global sobre la ocupación prehistórica del poblado, el escaso número de fechas en relación a la complicada estratigrafía del sitio (hasta 30 fases estratigráficas si tenemos en cuenta las subdivisiones) condujo a que sólo se tuviera una imagen clara de los últimos momentos de ocupación del yacimiento, el Cobre Reciente, situado entre 2500 y 2000 A.C., lo que resultaba consecuente con la periodización del Sudeste (Castro et al., 1996; Molina et al., 2004). Por otra parte los inicios de la secuencia contaban sólo con dos dataciones, de las fases 3 y 7 (en este último caso una de las muestras duplicadas), que no ayudaban a definir el momento de cambio entre el Neolítico Antiguo y el denominado Neolítico Medio. En cualquier caso la curva arqueomagnética, realizada sobre la base de las variaciones en intensidad del campo magnético terrestre y aquilatada a partir de las dataciones disponibles, no mostró especiales diferencias con lo esperado (Nachasova et al., 2007), pero, desafortunadamente, mostró la mayor indefinición en el Neolítico Reciente, entre finales del V y finales del IV Milenio A.C.

Una nueva serie de 13 dataciones sobre semillas y ramas, todas procesadas por AMS, ha sido analizada por

el laboratorio de Uppsala, aunque tendrá que completarse próximamente para poder solucionar de forma definitiva los dos problemas fundamentales encontrados, la transición entre el Neolítico Antiguo y el Neolítico Medio y los inicios del Neolítico Reciente.

En lo que respecta a los inicios de la ocupación en Los Castillejos, pese al elevado número de muestras analizadas (5 del considerado Neolítico Antiguo y 4 del Neolítico Medio), no se observan sustanciales diferencias cronológicas entre ambos (entre 5400 y 4900 A.C., con la única anomalía de la datación de la fase 5), lo que puede apoyar, por un lado, las hipótesis planteadas por nosotros sobre la desaparición progresiva del cardial (Pérez et al. 1999), pero, por otra parte, puede sugerir la reiteración de las ocupaciones, tal vez no permanentes, del área y explicar a partir de ellas la presencia o no de determinados materiales (decorados con el borde de la concha *cardium edule*) en Los Castillejos. En este sentido cabe recordar que las primeras evidencias claras sobre ocupación permanente proceden del Neolítico Tardío sea por la aparición de las unidades residenciales (Afonso et al., 1996), sea por la presencia de ratón casero (Riquelme, 1996). Sin embargo, aun con la ausencia de estructuras de habitación, siempre interpretamos el área como una zona de actividades puntuales o especializadas, vinculada a la ocupación permanente de Las Peñas, lo que, al menos para los niveles del inicio del

denominado Neolítico Medio, más consistente en cuanto a registro material, parece corroborarse también por el volumen de cereal localizado (Rovira, 2007). La mejor explicación para la coincidencia de fechas, dada también la datación elevada que éstas proporcionan, es considerar la mayor parte del conjunto como Neolítico Antiguo avanzado de fines del VI milenio A.C. y explicar las primeras

fases como ocupaciones episódicas muy continuas. Quedaría, sin embargo, el problema de la ocupación correspondiente al V Milenio A.C., dado además que existe un amplio hiato detectado también en otros yacimientos andaluces (Peña et al. 2013), atendiendo a las fechas disponibles en esos niveles de la secuencia de Los Castillejos. En cualquier caso, las dataciones sí ayudan a definir un horizonte cardial muy

<i>PERIODO</i>	<i>FASE</i>	<i>Nº muestra</i>	<i>Nº lab</i>	<i>fecha BP</i>	<i>fecha BC</i>	<i>1σ cal BC</i>	<i>2σ cal BC</i>
NEOLÍTICO ANTIGUO	1	MF614049	Ua36215	6310±45	4360±45	5325-5220	5470-5200
	2	MF613836	Ua36213	6120±40	4170±40	5210-4980	5210-4950
	3	MF613868	Ua36214	6260±45	4310±45	5310-5210	5330-5060
		MF612645	B135663	6120±40	4170±40	5210-4980	5210-4950
	5	MF612051	Ua36211	5400±45	3450±45	4335-4230	4350-4060
	6	MF613442	Ua36212	6240±45	4290±45	5310-5070	5320-5050
NEOLÍTICO MEDIO	7	MF613428	B135664	6470±150	4520±150	5610-5300	5700-5050
			B145302	6250±80	4300±80	5320-5070	5380-4990
		MF611678	Ua36210	6100±45	4150±45	5200-4940	5210-4900
	9	MF610760	Ua36209	6090±40	4140±40	5190-4940	5210-4850
	10a	MF610377	Ua36208	6120±40	4170±40	5210-4980	5210-4950
11b	MF64868	Ua36203	6115±40	4165±40	5210-4960	5210-4940	
NEOLÍTICO TARDÍO	13	MF68020	Ua36206	5265±45	3315±45	4230-3990	4240-3970
	14	MF68370	Ua36207	4795±40	2845±40	3640-3520	3660-3380
NEOLÍTICO FINAL	15	MF64337	Ua36202	4980±35	3130±35	3790-3705	3930-3650
COBRE ANTIGUO	16b	MF66158	B135665	4480±40	2530±40	3340-3090	3350-3020
	17	MF64013	Ua36201	4450±35	2500±35	3330-3020	3340-2930
COBRE TARDÍO	20	MF62206	Ua36200	3990±40	2040±40	2570-2470	2620-2340
		MF61451	B135666	3770±70	1820±70	2300-2040	2460-2020
	21	MF65634	Ua36204	3925±30	1975±30	2480-2340	2490-2290
	22	MF66883	B135667	3910±40	1960±40	2470-2340	2550-2230
		MF61331	B135668	3640±120	1690±120	2200-1780	2450-1650
			B145303	3960±50	2010±50	2570-2340	2580-2290
COBRE FINAL	23b	MF662	GRN7287	3840±35	1890±35	2400-2200	2460-2200
		MF66791	Ua36205	3720±35	1770±35	2200-2030	2280-2020

reciente seguido por los inicios de un Neolítico Medio con cerámicas impresas pero sin cordial. Nuevas dataciones están previstas sobre estos niveles y una discusión más extensa de los resultados se presentará en el futuro.

El Neolítico Tardío, sobre el que después hablaremos en relación con los cambios en la producción lítica, ha quedado situado a partir de finales del V Milenio A.C. y duraría hasta mediados del IV Milenio A.C., aun cuando no contamos todavía con ninguna datación de la fase 12. En este caso, contrariamente a lo que se discute en relación con los primeros periodos de la ocupación del yacimiento, lo llamativo es el amplio lapso temporal cubierto por sólo tres fases estratigráficas, algo que, sin duda, depende de nuevas estrategias constructivas y, sobre todo, de las actividades a las que queda destinada el área excavada a partir de finales del V Milenio A.C., con la proliferación de silos (Afonso et al., 1996; Ramos et al., 1997; Cámara et al., 2005) que, en algunos casos, se ha probado quedaron destinados al almacenaje de productos agrarios (Rovira, 2007). En cualquier caso el lapso temporal cubierto es consecuente con la periodización general y con la propuesta arqueomagnética, siendo más problemática la datación de la inmediata fase 15 en 4980 ± 35 (Ua36202, 3790-3705 1δ cal AC), excesivamente elevada para un contexto del Neolítico Final, aspecto que afecta a otras dataciones de yacimientos coetáneos como el Polideportivo de Martos (Lizcano, 1999).

Las dataciones calcolíticas sí han permitido, por otro lado, asentar la cronología de los diferentes subperiodos hasta el punto de definir, a la espera del análisis de los materiales cerámicos, determinadas alternativas a la atribución cultural previa (Arribas y Molina 1979a, 1979b; Ramos et al., 1997) de determinados niveles. Especialmente relevantes son: la relación de la subfase 16b con el Calcolítico Antiguo, lo que genera una mayor sincronía con los desarrollos del Sudeste; el paso de la fase 18 al Cobre Pleno, aunque sobre éste no contamos todavía con dataciones; y, sobre todo, la consideración de la fase 20 como Cobre Tardío, lo que no sólo coincide con la nueva fecha obtenida para ella sino con la presencia de "Campaniforme Marítimo" datado en la Península Ibérica hacia la mitad del III milenio A.C. (Castro et al., 1996; Molina et al., 2004; Balsera et al. 2015).

Respecto al Cobre Antiguo (fases 16b y 17) las dataciones, aun procediendo de ambas fases, muestran pocas diferencias entre ellas, situando el periodo en el último tercio del IV Milenio A.C., mientras lamentablemente no contamos todavía con dataciones para las fases del Cobre Pleno (18 y 19) en parte por la escasez de material recuperado de ellas, dada la destrucción producida por los furtivos en esos niveles (Ramos et al., 1997), y en parte por las intervenciones que, debido a las necesidades de las cimentaciones prehistóricas, tuvieron lugar en fases

posteriores sobre las cabañas del Cobre Pleno en el área excavada.

En lo que respecta a la introducción del Campaniforme y el desarrollo del Cobre Tardío, la datación anteriormente disponible para la fase 20 (Beta135666) era claramente incongruente con el resto de la secuencia calcolítica (Cámara et al., 2005) y el problema no se debía, como en otros casos que fueron objeto de una redatación por AMS, a una amplia desviación típica, aunque ésta sea relativamente elevada (70 años). La nueva datación (hacia el 2520 A.C.), como hemos dicho, sí es totalmente congruente con la aparición del material con decoración campaniforme. Algunos solapamientos se aprecian entre las dataciones de las fases 21 y 22 pero, una vez eliminados los problemas de las dataciones

convencionales y atendiendo sólo a las de AMS, las contradicciones quedan en gran parte solucionadas aunque no se pueda decir que unas dataciones sean más antiguas que otras, situándose todas en torno al 2400 A.C.

Finalmente, para el Cobre Final contamos con dos dataciones algo diferentes, la primera de ellas procedente de las excavaciones de 1971-1974 y ligeramente más antigua, y la segunda de las excavaciones recientes. La contradicción, más allá de las escasas diferencias reales entre ambas, se supera claramente si tenemos en cuenta que la primera fue obtenida de un fragmento de madera quemada procedente del nivel de incendio que caracteriza el fin de la subfase 23b y, por tanto, no de una muestra de vida corta (semillas o ramas). Teniendo en cuenta toda esta problemática se puede avanzar una propuesta

PERIODOS			CRONOLOGÍA	FASES ESTRATIGRÁFICAS
Neolítico Antiguo		I	(5400 – 5000 A.C.)	1, 2, 3, 4a, 4b, 5, 6
Neolítico Medio		II	(5000 – 4900 A.C.)	7, 8, 9, 10a, 10b, 11a, 11b
Neolítico Reciente	Neolítico Tardío	III	(4200 – 3600 A.C.)	12, 13, 14
	Neolítico Final	IV	(3600 – 3300 A.C.)	15, 16a
Cobre Antiguo		V	(3300 – 3000 A.C.)	16b, 17
Cobre Pleno		VI	(3000 – 2600 A.C.)	18, 19
Cobre Reciente	Cobre Tardío	VII	(2600 – 2400 A.C.)	20, 21, 22
	Cobre Final	VIII	(2400 – 2000 A.C.)	23a, 23b, 23c
Bronce Antiguo		IX	(2000 – 1800 A.C.)	24

de periodización que no contradice, en lo sustancial, las que hemos realizado anteriormente para determinados segmentos de la Prehistoria Reciente (Molina y Cámara, 2004; Molina et al., 2004; Martínez et al., 2009).

Fases neolíticas en el poblado de Los Castillejos.

Periodo I (5400-5000 cal A.C.). Lo hemos considerado Neolítico Antiguo Avanzado, lo que coincidiría bien con la primera fase de las dataciones del Epicardial de la Cova d'Or entre 5220

y 4540 cal A.C. (Martí Oliver, 2000:68) e incluye seis fases constructivas. A nivel de la cultura material mueble incluye los únicos restos de cerámica con decoración cardial recuperado en las excavaciones recientes (Ramos et al., 1994). La ocupación se inicia con el acondicionamiento del espacio sobre el caos de bloques y la construcción de las primeras estructuras de combustión, en cuyos anillos de barro y piedras se han localizado algunos fragmentos de cerámica con decoración cardial, tradicionalmente adscritas al Neolítico Antiguo andaluz (Molina, 1970; Navarrete, 1976a, 1986) y otros con impresiones a peine,



Hogar con anillo de piedra. Estructura 112

elementos presentes en la cercana cueva de Malalmuerzo (Carrion y Contreras, 1979, 1983) y que ya eran conocidos en el conjunto de Las Peñas de los Gitanos por hallazgos superficiales en la Cueva de las Cabras, bajo la muralla de Los Castillejos (Molina, 1983). En estos primeros niveles las cerámicas almagradas son muy abundantes y en la industria tallada aparecen abundantes hojitas y muy escasos geométricos (Martínez, 1985; Martínez et al. 2011)).

Periodo II (5000-4900 cal A.C.). Como hemos dicho, tras estas primeras estructuras de combustión este espacio permanecerá algún tiempo ocupado por estructuras similares (hogares/hornos) en las que la piedra va desapareciendo en su construcción y en cuyo interior se han documentado, entre la ceniza que a menudo conservaban, abundantes semillas e incluso sílex alterado térmicamente, pudiéndose pensar en actividades como el torrefactado del cereal y en el tratamiento del sílex para trabajarlo más fácilmente. Incluye cinco fases constructivas que después describiremos. En el material cerámico abundan los decorados con incisiones e impresiones a punzón, siendo muy abundantes los fragmentos de vasos ovoides de tamaño considerable con toda su superficie cubierta de cordones lisos y decorados, elementos que son muy frecuentes en la denominada Cultura de las Cuevas andaluza (Navarrete, 1976a) y que en la zona cercana del

Subbético de la provincia de Córdoba se encuentran en numerosas cuevas (Vicent y Muñoz, 1973; Asquerino, 1987, 1990; Gavilán, 1984, 1985a, 1985b, 1990, 1991; Gavilán y Vera, 1992; Martínez, 1996; Gavilán et al., 1999), como también sucede en el sur de Jaén (Navarrete, 1986; Navarrete y Carrasco, 1978) constatándose también en el conjunto de Las Peñas de los Gitanos en Cueva Negra (Mergelina, 1941-42) y en la Cueva de Las Tontas (Arribas y Molina, 1977; 1979a; 1979b; Torre, 1984), mientras es claro que los materiales de Cueva Alta (Tarradell, 1952; Moreno, 1982) proceden de filtraciones



Hogar con anillo de barro. Estructura 96.

del poblado de Los Castillejos situado exactamente encima.

Periodo III (4200-3600 cal A.C.) Los niveles de ocupación situados por encima, tras un hiato que afectaría a gran parte del V milenio A.C. referido, ven la aparición de las primeras grandes fosas e incluyen tres fases constructivas. Lógicamente continúa la tendencia a abandonar la zona más septentrional en la que la cornisa del farallón quedaba a muy baja altura, al acumularse progresivamente los sedimentos como resultado de la actividad cotidiana y los frecuentes derrumbes y reestructuraciones, lo que imposibilitaría los movimientos. Por ello, no es extraño que a medida que el piso

subía de nivel y se iba superando la altura de los bloques de roca caídos, en el sur las estructuras relacionadas con la actividad humana se desplazaran hacia esta segunda zona. El extremo norte se aprovechará para una fosa (77) en la que se localizaron abundantes restos humanos, algunos articulados, pero sin deposición cuidada. Lamentablemente las filtraciones de tierra exterior a través de los agujeros de la cornisa impidieron la continuación de los trabajos en esa zona, sobre todo teniendo en cuenta las fisuras que presentaba el farallón norte con riesgo de desprendimiento de algunos pequeños bloques. En cuanto al material, si bien perviven formas de botella y globulares, se hacen más frecuentes



Zona de ocupación. Estructuras 89, 85, 39, 96 y 95

ahora unas cazuelas con inflexión marcada presentes también en el recientemente excavado yacimiento del Polideportivo de Martos, donde también conviven con abundantes elementos decorados (Lizcano et al., 1993, 1997; Lizcano, 1999). En el sílex, las hojas de cresta llegan a ser el elemento característico, demostrando un cambio fundamental en la técnica. Dicho cambio ha sido frecuentemente resaltado (Martínez, 1985; Afonso, 1993; Martínez y Afonso, 2008, e.p.; Morgado et al., 2008), y expresa, potencia y, a su vez, es el resultado de otros cambios sociales que suponen, en el caso que nos ocupa, la consolidación de la economía agropecuaria (Uerpmann, 1979), y la identificación comunal que se culminará con la erección de las primeras sepulturas megalíticas que tradicionalmente se han considerado que pertenecen a momentos algo posteriores (Arribas y Molina, 1979a, 1979b; Ferrer, 1980; Molina, 1983), fenómeno también relacionado con la concentración del poblamiento, y por tanto de la fuerza de trabajo desde las cuevas del entorno (Tarradell, 1952) en el paraje de Los Castillejos. El uso de algunas cuevas pudo continuar para determinadas actividades como la estabulación, documentada en Levante y en Cataluña en las fases medias y tardías del Neolítico (Badal, 1999:70; Blasco et al., 1999:64-65; Bergadá et al., 2005:136; Badal y Atienza, 2008) o para enterramientos que pudie-

ron realizarse también en momentos anteriores como se ha constatado en muchas otras cuevas andaluzas como Nerja (Simón et al., 2005).

Periodo IV (3600-3300 cal A.C.) La



Zona de ocupación. Estructuras 89, 85, 39, 96 y 95

generalización y el mayor tamaño de las fosas piriformes, la documentación segura de algunas estructuras de habitación y el dominio casi absoluto de las formas abiertas carenadas, de paredes casi rectas, en la cerámica caracteriza este periodo del poblado de Los Castillejos, tradicionalmente denominado del Neolítico Final y situado en la última parte del IV milenio A.C. El estudio del material y de las dataciones ha llevado a la reducción de este periodo a dos fases estratigráficas, aun cuando existen problemas para distinguir la fase 16a de la 16b, como es evidente en su caracterización como subfases.

En este Periodo IV a las fuentes y cazuelas carenadas las acompañan, además, fragmentos decorados con triángulos incisos rellenos de puntos impresos,

patrón decorativo muy común en esta época en todo el sur de la Península Ibérica (Lizcano et al., 1997; Lizcano, 1999; Martín de la Cruz, 1985, 1986; Corral, 2007) y, sobre todo, cerámicas con motivos pintados en rojo o negro formando figuras geométricas, ya presentes en las antiguas excavaciones de M. Tarradell en Cueva Alta (Tarradell, 1952, Fig. 8; Moreno 1982, fig. 2d) y en Los Castillejos en 1971 (Arribas y Molina, 1979a, fig. 31:132, 1979b, fig. 5c).

Los niveles calcolíticos del poblado de Los Castillejos.

Periodo V (3300-3000 cal A.C.). En este periodo hemos distinguido dos fases constructivas (16b y 17). En la cultura material mueble durante el Periodo V los cambios más importantes se dan en las fuentes que pasan a ser de borde engrosado y perfil continuo estando habitual-



Distintos tipos de fuentes de borde engrosado del Periodo V.

mente bruñidas o al menos alisadas por ambas caras de forma que, al contrario de lo que sucede en el Sudeste (Moreno, 1993, Arribas et al., 1978, 1981) no se aprecian las impresiones de cestería. También es característica la presencia de placas de arcilla de una o dos perforaciones que pudieron servir de pesas de telar. En los momentos finales de este periodo es cuando hemos localizado más elementos metálicos en nuestras campañas, habiéndose señalado ya su presencia en las excavaciones anteriores (Arribas y Molina, 1979b). La escasez de estos elementos en los momentos posteriores puede deberse, al menos en parte, a la restricción del área excavada, lo que vendría probado en parte por los restos procedentes del cribado de la tierra extraída por los clandestinos y, en parte también, por la documentación de las antiguas excavaciones.

Periodo VI (3000-2600 cal A.C.). En los niveles que podemos considerar correspondientes al Cobre Pleno se ha podido documentar la existencia de, al menos,



Hogar con anillo de barro localizado en el interior de una cabaña. Estructura 15

dos cabañas de tendencia circular superpuestas en el área excavada. Constan de zócalo de piedra y alzado de cañas revestidas con barro que se han podido documentar gracias a los frecuentes incendios parciales que tuvieron lugar y que, junto a la inclinación de los estratos originada sobre todo por los silos inferiores, provocó que cabañas que estaban siendo utilizadas al mismo tiempo situaran sus pavimentos a diferente nivel. Además estos incendios han facilitado la conservación de abundantes elementos de cultura material al interior de las viviendas siendo especialmente interesantes las concentraciones de cuernecillos de arcilla en un área en la que inmediatamente después encontramos pesas ovales de cuatro perforaciones, lo que sugiere una continuidad en el uso del espacio y nos da indicios para dilucidar la problemática función de los cuernecillos (Siret, 1948; Moreno, 1993), en relación con la actividad textil sobre todo por su continua asociación a elementos en hueso trabajado (aguja, punzones, etc.).

Periodo VII (2600-2400 cal A.C.). Durante este periodo que podemos considerar del Cobre Tardío continúan erigiéndose viviendas en la misma zona y prácticamente con las mismas actividades, con una zona de talla de puntas de flecha de base cóncava en el sudeste y una zona de telar (pesas ovales) y otra de molienda en el noreste. En cuanto al material cerámico aumentan las fuentes/platos de borde biselado. La actividad

de los furtivos apenas nos ha permitido documentar estructuras en las excavaciones de 1991-94 aunque el estudio estratigráfico nos ha permitido clarificar la cronología de determinados restos arquitectónicos documentados en las excavaciones de 1971 y 1974.

El **Periodo VIII** (2400-2000 cal A.C.) corresponde al denominado Cobre Final, en el que grandes orzas de almacenaje y campaniformes incisos caracterizan la cultura material mueble, mientras en lo



Muralla prehistórica. Estructura 1

que respecta a la organización del hábitat lo más importante es la erección del primer muro de cierre documentado en el yacimiento de Los Castillejos.

Fases de la Edad del Bronce

Periodo IX (2000 – 1800 cal. A.C.) Algunos materiales que acompañan la destrucción y reestructuración de ese gran muro de cierre y que pueden paraleli-

zarse con los documentados en la zona oeste del poblado (corte 4a) (Arribas y Molina, 1979b; Aguayo, 1986; Torre, 1978), pueden adscribirse al Bronce Antiguo y Pleno, aunque no hay constancia segura de enterramientos en el interior del hábitat, lo cual podría mostrar la autonomía de los procesos sociales que se dan en el Subbético con respecto al conjunto de formaciones sociales aristocráticas del Sudeste (Arribas, 1976; Arribas y Molina, 1979a, 1979b).

Últimas ocupaciones de Los Castillejos.

Periodo X. Se corresponde con la ocupación histórica del yacimiento. En época ibero-romana (fase 25), el asentamiento

se organiza a partir de un urbanismo basado en calles rectilíneas que se cortan en ángulo recto y manzanas de casas que quedan inscritas en el área enmarcada por una muralla de carácter monumental y los farallones que delimitan la meseta. Después de un periodo de abandono, se produce una frecuentación en época musulmana (fase 26) documentándose una serie de fosas. La última ocupación del yacimiento se produce en época moderna/contemporánea con la construcción de estructuras de hábitat o relacionadas con la explotación agrícola y ganadera de Las Peñas de los Gitanos, que están muy mal documentadas debido a las excavaciones realizadas en la primera mitad del siglo XX y al uso agrícola que en ese mismo periodo se le dio al lugar (Fase 27).

3. EL MEDIOAMBIENTE



Como hemos dicho, en el contexto geográfico del que nos ocupamos, y en sus inmediaciones, las comunidades humanas se asentaron desde, al menos, la adopción de las estrategias económicas agropecuarias (en el curso del VI Milenio A.C.), por la variedad de ambientes (y recursos consiguientes), la abundancia de agua (actualmente canalizada hacia el exterior) y las facilidades de refugio.

Según los resultados carpológicos y los pocos datos antracológicos disponibles, el medio forestal explotado por los grupos humanos de Los Castillejos estaría dominado por la encina (*Quercus ilex-coccifera*) y algunas especies caducifolias como quejigos (*Quercus faginea*) y arces (*Acer sp.*). A este bosque acompañaba una maquia formada por acebuches (*Olea europaea* var. *Sylvestris*), lentiscos (*Pistacia lentiscus*) y conicabras (*Pistacia terebinthus*). En las zonas más húmedas y en las inmediaciones de los ríos encontraríamos zarzamoras (*Rubus fruticosus*), sangüesos (*Rubus idaeus*) y majuelos (*Crataegus sp.*), así como vid silvestre (*Vitis vinifera* ssp. *Sylvestris*) y dulcamara (*Solanum dulcamara*) (Rivera, 2007:489-490).

Los datos carpológicos, especialmente de elementos que sugieren la antropización del medio natural (Ruderali-Secalieta), llevan a N. Rovira a sugerir la presencia de campos de cultivo, en los que naturalmente estarían presentes diferentes

“malas hierbas” dependientes del tipo de cultivo, la época de cosecha y el momento del año (y por tanto la fase de actividad agrícola en curso) o del ciclo agrario (barbecho-prado), alternos a áreas menos modificadas (Rovira, 2007:491). En cualquier caso el análisis carpológico, no es el más adecuado para una reconstrucción del ambiente vegetal, al proceder la mayor parte de los restos recuperados de la elección humana. Incluso las especies ruderales pueden encontrarse en áreas húmedas y prados en las inmediaciones

de los campos de cultivo, lo que implicaría áreas abiertas no cultivadas, pero es difícil evaluar la entidad de las áreas no modificadas, aun hoy parcialmente presentes (Rovira, 2007:490).

En líneas generales el conjunto de restos de animales salvajes recuperado en el yacimiento muestra un medio boscoso que evoluciona a lo largo de la secuencia, como veremos más adelante, hacia una formación forestal con amplios espacios libres.

CLASE	GRUPO/ORDEN	ESPECIE
MAMÍFEROS	Ungulados	Uro
		Ciervo
		Corzo
		Cabra Montés
		Jabalí
	Plantígrados	Oso
	Digitígrados	Lobo
		Zorro
		Lince
		Gato montés
		Tejón
		Erizo
		Castor
		Conejo
		Liebre
		Ratón Mediterráneo/Doméstico
		Ratón de campo
		Topillo
		Rata Negra
		Rata de Agua
		Lirón Careto
Rinolofo Pequeño		
Quirópteros	Murciélago Nettekeder	
AVES	Galliformes	Perdiz Roja
	Strigiformes	Búho Real
	Corvidos	Urraca
		Grajilla
	Columbiformes	Paloma Torcal
		Paloma Z/B
	Passeriformes	Pico gordo
	Falconiformes	Ratonero
Milano Real		
	Aguila Imperial	

Así parece desprenderse de la presencia del ratón mediterráneo, que bien es un comensal o prefiere zonas abiertas y húmedas (Riquelme, 1996:366-367), como también el murciélago de Nettekeder (Riquelme, 1996:369-370). Otras especies que buscan las áreas boscosas poco densas son la perdiz roja (Riquelme, 1996:374), la urraca (Riquelme, 1996:378) y el lagarto que está presente desde los inicios del Neolítico (Riquelme, 1996:382). Por otro lado, la existencia de un bosque denso queda atestiguada por la existencia del lirón, el rinolofo pequeño (Riquelme 1996:368), el pico gordo y las palomas torcaz y bravía, aunque éstas pueden alimentarse en áreas de cultivo (Riquelme, 1996:375-377).

Si bien no se han documentado especies que pudieran formar parte de un bosque de ribera, a pesar de la limitación que supone no haber realizado el análisis antracológico, se puede afirmar la existencia de un medio húmedo con seguridad a partir de la fase 7 gracias a la aparición de diversas especies hidrófilas relacionadas con formaciones de cañizares, marjales y juncuales típicas de las orillas de cursos de agua dulce, ciénagas o estanques (*Carex disticha*, *Carex riparia*, *Galium palustre*, *Lycopus europaeus* y *Scirpus sylvaticus*), o salobre (*Scirpus maritimus*). Algunas especies sólo se han documentado puntualmente (*G. palustre*, *L. europaeus* y *S. sylvaticus*) y la mayoría son halófitas, pudiendo por lo tanto soportar condiciones de ausencia tem-

poral de agua durante la estación seca (Rovira, 2007:490). Se ha señalado una humedad estable en el periodo, el doble que la actual, con la presencia siempre de especies de plantas que sugieren ambientes de ribera y de encinar húmedo (Rovira, 2007:463), no pudiéndose atribuir en ningún caso la documentada en las semillas a irrigación porque muestra mayor humedad la cebada (por alcanzar su madurez más pronto en el año) y porque no se alcanzan los umbrales considerados típicos de la irrigación (Aguilera et al., 2008:1660).

A estos indicadores botánicos de humedad hay que agregar algunos zoológicos, el más destacado de los cuales es, sin duda, el castor que requiere de un ecosistema con un alto grado de humedad que justifique la existencia de corrientes de aguas de cierto caudal y continuas. También la rata de agua y la negra, tal vez intrusiva, sugieren este tipo de ambientes (Riquelme, 1996:368-369). Sin embargo, hay una caída en la humedad en torno al 3000, tras un optimum, lo que coincide con los datos arqueomagnéticos (Nachasova et al., 2007)

No obstante, en cuanto a las condiciones de temperatura y humedad hay que señalar pequeñas diferencias entre los resultados obtenidos en los diferentes análisis realizados hasta ahora; así si el estudio biocenográfico (Riquelme, 1996:438-450) muestra un aumento progresivo de

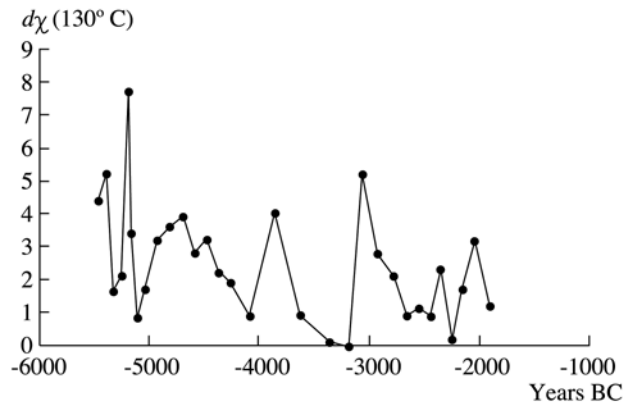


Gráfico ambiente. Clima según datos arqueomagnetismo (Nachasova et al. 2007)

la humedad entre el Neolítico Antiguo y el Cobre Pleno, con una pequeña oscilación inversa entre el Neolítico Medio y el Tardío (durante del IV Milenio A.C.), y una regresión mayor a partir del Cobre Pleno (a mediados del III Milenio A.C.); los análisis arqueomagnéticos (Nachasova et al., 2007) y de isótopos sobre muestras de semillas (Aguilera et al., 2008) y gasterópodos (Yanes et al., 2011) han mostrado una fuerte variación interanual en el régimen de precipitaciones, con una progresiva disminución general de éstas entre el Neolítico Antiguo (5500 A.C.) y la Edad del Bronce (1850 A.C.) con ligeras mejoras en torno al 4000, 2900 y 2300 A.C. y mínimos, con caídas fuertes y continuas, entre el 4000 y el 3000 y a partir del 2000 A.C. En este sentido incluso entre las plantas ruderales y adventicias se percibe el incremento de la sequedad (aumento de *Phalaris* sp. y *Vicia* en detrimento de *Apium graveolens*, *Chenopodium album*, *Malva*, *Urtica* sp. o *Plantago*

lagopus/ovata) (Rovira, 2007:491, 497). También se ha planteado un descenso en el tamaño de los granos de cereal por malas condiciones de agua, temperatura o fertilidad (Aguilera et al., 2008:1659) en función de los contenidos en nitrógeno. Esta caída se considera más aguda en la cebada, cultivada en peores tierras como indicarían las malas hierbas asociadas (Aguilera et al., 2008:1660-1661). En nuestra opinión, sin embargo, el descenso total en el número de granos corresponde no a problemas con las cosechas (Aguilera et al., 2008:1659) sino a problemas con la conservación por el tipo de contextos estratigráficos excavados, aunque se pueda mantener una constante pérdida de fertilidad. En cualquier caso se aprecia una mayor humedad en las habas, posiblemente irrigadas, que tampoco serían cultivadas en los mismos campos (Aguilera et al., 2008:1661), aunque, como veremos, haya discusiones sobre la integración entre las diferentes especies cultivadas.

En conclusión, hasta en los momentos más secos, los niveles de humedad de Los Castillejos superan a casi todos los yacimientos de las Edades del Cobre y del Bronce utilizados en la comparación (Cerro de la Encina, Cuesta del Negro, Castellón Alto, Terrera del Reloj, Loma de la Balunca, Cerro de la Virgen, Los Millares y Fuente Álamo) a excepción de Acinipo situado en una región, aun hoy, más húmeda. El nivel de humedad, prácticamente constante, queda apuntado por la presencia del ratón mediterráneo desde la Fase 1 y continuamente desde la Fase 10. Tal panorama parece apoyar el empeoramiento de las condiciones ambientales desde el Neolítico Reciente sugerido a partir de los análisis antracológicos (Rodríguez, 1992; Rodríguez y Guillén, 2007).

4. LAS ESTRATEGIAS ECONÓMICAS DE SUBSISTENCIA

Las especies documentadas por fases

Periodo 1. Ya en el Neolítico Antiguo se documenta trigo y cebada y en la ganadería predomina el aprovechamiento de las ovejas y las cabras.

Durante la fase 1 en lo que respecta al aprovechamiento de los animales el dominio de los ovicápridos es tan alto en peso (61,36%) que puede incidir significativamente en el global del periodo (Riquelme, 1996), aunque, como veremos no es único. Más significativo puede resultar el mínimo alcanzado por los bóvidos (5%) y la única presencia de cánidos (5%) dentro del periodo, que tal vez se puede interpretar, dada su situación al inicio de la ocupación, en relación con actividades rituales relacionadas con la consolidación del hábitat

Proporciones en peso	FASE 1	FASE 2	FASE 3	FASE 4	FASE 5	FASE 6
Équidos	0	0	0	0	0	0
Bóvidos	5	39,89	18,29	50,93	26,86	45,71
Ovicápridos	61,36	50,54	60,97	39,88	59,84	43,26
Suidos	28,63	9,56	20,73	9,05	13,29	8,57
Cánidos	5	0	0	0,12	0	2,44
Número de restos						
<i>Hordeum vulgare var. Nudum</i>	71	133	102	0	23	33
<i>Hordeum vulgare var. Vulgare</i>	0	0	0	0	0	0
<i>Triticum aestivum/durum</i>	113	123	62	0	335	1692
<i>Triticum aestivum/durum tipo compactum</i>	0	0	0	0	28	4
<i>Triticum dicoccum</i>	0	0	0	0	0	0
<i>Triticum monococcum</i>	5	6	9	0	1	0
<i>Triticum sp.</i>	0	0	0	0	0	0
<i>Hordeum/Triticum</i>	225	267	135	0	474	385

como se ha sugerido en otros yacimientos (Cámara y Lizcano, 1996; Lizcano y Cámara, 2004; Cámara et al., 2008), sin embargo aquí fueron consumidos (Riquelme, 1996:264, 265).

Trigo común/duro, cebada desnuda y escaña son los cereales presentes en esta primera fase aunque el dominio de los dos primeros es considerable, siendo testimonial la presencia de guisante (Rovira, 2007:199). Además del lentisco, horquillas de trigo común/duro indican el uso de la paja como combustible para el hogar (Rovira, 2007:201).

En la fase 2, respecto a la precedente, llama la atención el aumento significativo de los bóvidos (hasta el 39,89% en peso), aunque, como veremos, no se trata de una tendencia que se mantenga. Entre los cereales las tendencias entre cebada desnuda y trigo común/duro se invierten aunque siguen sin existir diferencias significativas y la escaña sigue siendo testimonial. A los guisantes se suman ahora las habas, siendo más significativa la concentración de aceitunas consideradas silvestres, y presentes en el hogar 115 (Rovira, 2007:202) y la aparición de frutos de la vid silvestre y restos de majuelas, incrementándose además la presencia del lentisco (Rovira, 2007:201-202).

En la fase 3 aunque los bóvidos no disminuyen hasta el bajísimo nivel de la primera fase, los ovicápridos casi alcanzan su máximo en peso respecto a los domésticos (60,97%). Sólo en esta fase y en la primera, dentro del Neolítico Antiguo, los suidos ocupan el segundo lugar en peso. La proporción de cebada desnuda sobre el trigo aumenta, así como lo hacen también los restos de escaña que siguen siendo testimoniales. No han aparecido restos de leguminosas pero, de nuevo, aparecen aceitunas y puntualmente zarzamora, además de fragmentos de cúpulas de bellota (Rovira, 2007:203).

Los restos faunísticos de las dos subfases de la fase 4 han sido estudiados en conjunto (Riquelme, 1996), siendo la primera vez que los bóvidos dominan en peso (50,93%). Los restos carpológicos de esta fase no han sido estudiados.

De nuevo en la fase 5 el dominio de los ovicápridos es muy significativo (59,84%). En cuanto a los cereales predomina ahora el trigo común/duro, apareciendo también el de tipo compacto por primera vez, y estando la escaña por desaparecer. Los hallazgos de haba son más frecuentes (Rovira, 2007:204).

Los materiales faunísticos de la fase 6 podrían estar relacionados, si se trata de una nivelación, con los del

periodo siguiente, mientras que si se trata de una zona de deposición de basura serían contemporáneos de la utilización de otras zonas. Menos significativo sería el aumento de los bóvidos (hasta el 45,71% del peso) teniendo en cuenta las oscilaciones antes referidas. En estos casos se podría plantear que el aumento de estos animales de gran talla estuviera relacionado con la búsqueda de espacios más abiertos para su sacrificio y consumo. La presencia abundante de cereales, especialmente de trigo/común duro nos conduce a rechazar el carácter de abandono que se había sugerido hipotéticamente para este nivel (Afonso et al., 1996), en lugar de preferir simplemente una mezcla de sedimentos (Rovira, 2007:205) que no explicaría por qué respecto al Periodo VII la escaña está ausente, aunque se pueda pensar en problemas derivados de la proporción baja

en que este cereal es encontrado en estas fases iniciales.

Periodo II. A principios del Neolítico Medio, en la fase 7 los bóvidos ocupan el primer lugar en cuanto al peso (55,49%) y los suidos apenas superan el 5% como sucede también en las fases posteriores.

Las tendencias que hemos visto a fines del periodo anterior en cuanto al aprovechamiento de los cereales continúan en esta fase y el predominio del trigo común/duro, acompañado en menor grado del tipo compacto, llega a ser abrumador aunque siempre esté presente la cebada desnuda (Rovira, 2007:208). Sin embargo, a partir de ahora la escaña, aun siendo minoritaria, va a mantenerse en todas las fases de este periodo y los guisantes suplantán a las habas como la leguminosa más frecuente (dentro de la escasez de restos recuperados) (Rovira, 2007:208-209). Aunque la presencia de frutos silvestres sigue siendo

Proporciones en peso	FASE 7	FASE 8	FASE 9	FASE 10	FASE 11
Équidos	0	0	0	0	1,23
Bóvidos	55,49	44,29	48,4	26	30,56
Ovicápridos	38,72	50,07	43,66	29,76	37,04
Suidos	5,78	5,63	7,92	44,1	31,15
Cánidos	0	0	0	0	0
Número de restos					
<i>Hordeum vulgare var. Nudum</i>	415	117	1444	9	6
<i>Hordeum vulgare var. Vulgare</i>	0	0	0	0	0
<i>Triticum aestivum/durum</i>	43766	15390	17600	565	45
<i>Triticum aestivum/durum tipo compactum</i>	174	57	205	3	3
<i>Triticum dicoccum</i>	0	0	1	0	0
<i>Triticum monococcum</i>	11	14	16	40	6
<i>Triticum sp.</i>	0	1	3	0	0
<i>Hordeum/Triticum</i>	4123	1172	8655	455	99

testimonial, la lambrusca (uva silvestre) y la zarzamora han podido ser determinadas (Rovira, 2007:209).

En la fase 8 los ovicápridos (50,07%) superan por poco a los bóvidos (44,29%) en peso, mientras no existen cambios significativos en el aprovechamiento de los cereales en esta fase.

En la fase 9 la relación entre bóvidos (48,4%) y ovicápridos (43,66%) vuelve a invertirse aumentando ligeramente (7,92%) la proporción de suidos.

Aunque el trigo común/duro sigue siendo, con mucho, la especie cereal más importante, la cebada desnuda alcanza sus máximos del periodo y, como en la fase anterior, encontramos testimonialmente la presencia de escanda menor o trigo almidonero (Rovira, 2007:211). Entre los frutos las bayas de cornicabra hacen por primera vez aparición (Rovira, 2007:211) y aunque se ha señalado la presencia frecuente de adormidera silvestre (Rovira, 2007:211) ello no queda reflejado en las tablas publicadas (Rovira, 2007).

En la fase 10 los cambios económicos pueden ser importantes si tenemos en cuenta el considerable aumento de los suidos (hasta el 44,1%) y la presencia, de nuevo, de cánidos cuya significación ya hemos discutido.

En cuanto a la presencia de cereales hay que señalar únicamente el aumento relativo de la importancia de la escaña, dado que aun con la general disminución de restos recuperados con respecto a las fases inmediatamente precedentes la proporción es bastante alta. Otro aspecto significativo es la presencia de nuevo de vid silvestre (Rovira, 2007:212).

En la fase 11 por primera vez constatamos équidos, aunque nos debemos interrogar (Uerpmann, 1979; Riquelme, 1996), naturalmente, sobre su carácter salvaje o doméstico. El equilibrio entre los tres grupos principales de animales domésticos (bóvidos, ovicápridos y suidos) es muy marcado (30,56, 37,04 y 31,15% respectivamente).

En cuanto al aprovechamiento de los cereales se mantiene la tendencia de la fase anterior, incluyendo la importancia relativa de la escaña (Rovira, 2007:213). En los frutos la vid silvestre está de nuevo presente así como el terabinto (cornicabra), pero lo más significativo es la constatación por vez primera del lino, planta oleaginosa y textil (Rovira, 2007:213).

En resumen el equilibrio entre bóvidos y ovicápridos en peso marca las primeras fases del Periodo II (7 a 9) pero después tienden a aumentar significativamente los suidos (entre el 31 y el 44%), hasta formar una tríada ciertamente equilibrada que ve también en la fase 11 la primera pre-

Proporciones en peso	FASE 12	FASE 13	FASE 14
Équidos	0	0	4,5
Bóvidos	27,35	26,69	45,44
Ovicápridos	48,72	53,8	37,42
Suidos	23,33	19,09	12,17
Cánidos	0,58	0,4	0,45
Número de restos			
<i>Hordeum Vulgare Var. Nudum</i>	10	31	44
<i>Hordeum Vulgare Var. Vulgare</i>	0	0	0
<i>Triticum Aestivum/Durum</i>	224	90	29
<i>Triticum Aestivum/Durum Tipo Compactum</i>	9	22	75
<i>Triticum Dicocccum</i>	0	0	0
<i>Triticum Monococccum</i>	0	0	1
<i>Triticum Sp.</i>	0	0	0
<i>Hordeum/Triticum</i>	4123	1172	8655

sencia de los équidos (1,23% respecto a los restos de domésticos, aunque sea un punto en discusión) (Uerpmann, 1979; Ziegler, 1990; Riquelme, 1996). Los bóvidos siguen sacrificándose a edad adulta o subadulta aunque se localicen restos infantiles (Riquelme, 1996:98), una tendencia que también se aprecia en los ovicápridos, especialmente en las ovejas (Riquelme, 1996:131-134, 150), mientras en los suidos aunque tal vez haya menos adultos sigue el predominio de los subadultos (Riquelme, 1996:244).

Periodo III. En el Neolítico Tardío (4200-3600 cal A.C.) aparecen los primeros silos. En cuanto a la ganadería destaca el aumento de la importancia de los cerdos y la presencia de caballos, así como los cambios en los patrones de matanza en los bóvidos lo

que sugiere su uso en las actividades agrarias (Riquelme, 1996:249) y en los ovicápridos, en los que se documenta el sacrificio a edades adultas de las hembras especialmente para el aprovechamiento de lana y leche, estrategia que no se excluye en las fases anteriores pero que ahora queda más marcada, y especialmente al partir del periodo siguiente (Riquelme, 1996:233).

Los ovicápridos en la fase 12 suponen casi la mitad de los animales domésticos en peso (48,72%).

En la producción cerealista no hay cambios sustanciales y el trigo común/duro domina. El guisante es la única leguminosa documentada y sigue estando presente el lino (Rovira, 2007:217).

En la fase 13 los ovicápridos siguen superando el 50% en peso (53,8%), acompañados de un ligero aumento de los bóvidos (26,69%).

Entre los cereales explotados, aun con el dominio todavía del trigo común/duro, parece manifestarse ahora una nueva tendencia hacia el aumento del tipo compacto y de la cebada desnuda. Frente a la escasez de leguminosas (sólo un resto de haba) destaca la presencia de aceitunas y uvas silvestres (Rovira, 2007:219).

En la fase 14 los bóvidos superan a los ovicápridos en peso (45,44% respecto al 37,42%) y encontramos de nuevo équidos (4,5%) posiblemente domésticos si atendemos a su presencia contemporánea en otros yacimientos como Martos (Lizcano et al., 1997; Lizcano y Cámara, 2004).

Las tendencias observadas en las fases anteriores se consolidan en lo que respecta a los cereales explotados y la cebada desnuda y, sobre todo, el tipo compacto del trigo común/duro que superan a los restos de trigo común/duro, apareciendo además puntualmente la escaña. Aunque aparecen guisantes, dominan entre las leguminosas ahora las habas y está presente el taxón *Lathyrus sativus* (guijos o chícharos) (Rovira, 2007:220).

Periodo IV. Un equilibrio entre los tres grupos de animales domésticos principales (bóvidos, ovicápridos y suidos) caracteriza la fase 15 (33,59, 36,91 y 28,53% respectivamente), en la que no se han localizado équidos en las campañas recientes (Riquelme, 1996).

Proporciones en peso	FASE 15	FASE 16
Équidos	0	7,48
Bóvidos	33,59	41,34
Ovicápridos	36,91	31,13
Suidos	28,53	19,81
Cánidos	0,95	0,22
Número de restos		
<i>Hordeum Vulgare Var. Nudum</i>	26	119
<i>Hordeum Vulgare Var. Vulgare</i>	0	0
<i>Triticum Aestivum/Durum</i>	63	125
<i>Triticum Aestivum/Durum Tipo Compactum</i>	146	772
<i>Triticum Dicoccum</i>	0	0
<i>Triticum Monococcum</i>	0	2
<i>Triticum Sp.</i>	0	0
<i>Hordeum/Triticum</i>	49	419

La tendencia a aumentar la importancia del trigo común/duro compacto y la cebada desnuda continúa, sin embargo a partir de esta fase el dominio de los guisantes se hará sustancial, incluso en relación con los restos de cereales y teniendo en cuenta que el haba también está presente. Entre las plantas oleaginosas se documenta el lino (Rovira, 2007:222).

Proporciones en peso	FASE 17
Équidos	9,81
Bóvidos	32,74
Ovicápridos	27,57
Suidos	21,75
Cánidos	8,11
Número de restos	
<i>Hordeum Vulgare Var. Nudum</i>	26
<i>Hordeum Vulgare Var. Vulgare</i>	0
<i>Triticum Aestivum/Durum</i>	63
<i>Triticum Aestivum/Durum Tipo Compactum</i>	146
<i>Triticum Dicoccum</i>	0
<i>Triticum Monococcum</i>	0
<i>Triticum Sp.</i>	0
<i>Hordeum/Triticum</i>	49

En la fase 16 los bóvidos (41,34%) y los équidos (7,48%), tratados en conjunto, llegan a copar casi la mitad del consumo cárnico atendiendo al peso.

El trigo común/duro compacto domina abrumadoramente en número de restos, seguido a distancia por la cebada desnuda, quedando bastante reducida la presencia del trigo común/duro y siendo testimonial la presencia de la escaña. Guisantes y habas siguen presentes y aparecen además restos de frutos como el terebinto, la frambuesa o la uva silves-

tre, además de lino y adormidera entre las oleaginosas (Rovira, 2007:224).

Periodo V. En cuanto al aprovechamiento faunístico en la fase 17 aumentan los équidos (9,81%) y disminuyen los bóvidos (32,74%), adquiriendo de nuevo importancia los cánidos (8,11%) lo que puede relacionarse de nuevo con cambios en la ocupación del espacio.

En relación con los cereales no se aprecian cambios significativos respecto a la fase anterior aunque la cebada desnuda

Proporciones en peso	FASE 18	FASE 19
Équidos	1,58	1,83
Bóvidos	40,5	40,16
Ovicápridos	26,38	25,69
Suidos	31,47	32,3
Cánidos	0,04	1,83
Número de restos		
<i>Hordeum Vulgare Var. Nudum</i>	112	76
<i>Hordeum Vulgare Var. Vulgare</i>	0	0
<i>Triticum Aestivum/Durum</i>	3	8
<i>Triticum Aestivum/Durum Tipo Compactum</i>	770	582
<i>Triticum Dicoccum</i>	0	0
<i>Triticum Monococcum</i>	0	0
<i>Triticum Sp.</i>	0	0
<i>Hordeum/Triticum</i>	350	160

umenta su importancia relativa. Por el contrario entre las leguminosas los guisantes ceden el puesto a las habas como la especie más frecuente. Lino y, sobre todo, adormidera, presentes, junto con las leguminosas, en muestras con poco cereal, son casi con toda seguridad especies cultivadas (Rovira, 2007:226-227).

En cuanto a las especies agrícolas la alternancia de cultivos sigue siendo posible aunque, como en los periodos siguientes, las habas pasarán a ser la leguminosa más frecuente, si bien lo que nos interesa destacar es la relativa frecuencia de lino.

Periodo VI. En la fase 18 Los bóvidos llegan a superar el 40%, ocupando ahora los suidos el segundo lugar (31,47%) lo que se mantendrá en la fase siguiente. Desde este periodo el ganado vacuno parece ocupar el lugar de los caballos posiblemente en relación con su utilización, con mayor rentabilidad, en las labores agrícolas, lo que no deja de ser un indicio para apoyar el carácter doméstico de los équidos que se localizaban en las fases anteriores.

En estos momentos el trigo común/duro ha llegado a ser testimonial ante

el predominio de cebada desnuda y trigo común/duro compacto. Las habas siguen predominando sobre los guisantes y lino y adormidera son claramente domésticos, como hemos referido para la fase anterior (Rovira, 2007:228).

Los bóvidos siguen siendo la especie más importante (40,16%) y los suidos la segunda (32,3%) en cuanto al peso en la fase 19.

Las tendencias observadas en la fase anterior en cuanto al aprovechamiento agrario se mantienen aunque la cebada desnuda esté presente en un mayor número de muestras (Rovira, 2007:230).

Periodo VII. Los suidos alcanzan en la fase 20 más del 50% del peso de animales consumidos (54,17%).

La fase 20 destaca por la mayor presencia de restos agrarios, aunque las tendencias observadas en las fases anteriores prosi-

Proporciones en peso	FASE 20	FASE 21	FASE 22
Équidos	0	0,96	0,91
Bóvidos	26,92	37,82	50,28
Ovicápridos	18,9	36,37	24,89
Suidos	54,17	24,83	23,91
Cánidos	0	0	0
Número de restos			
<i>Hordeum Vulgare Var. Nudum</i>	255	59	85
<i>Hordeum Vulgare Var. Vulgare</i>	0	0	0
<i>Triticum Aestivum/Durum</i>	95	44	559
<i>Triticum Aestivum/Durum Tipo Compactum</i>	2925	766	2287
<i>Triticum Dicoccum</i>	0	0	0
<i>Triticum Monococcum</i>	0	1	70
<i>Triticum Sp.</i>	0	0	0
<i>Hordeum/Triticum</i>	832	476	626

guen; si acaso con una recuperación ligera del trigo común/duro no compacto que culminará a fines del periodo, mientras el dominio de las habas entre las leguminosas no cesa y no hace sino aumentar en el periodo que estamos considerando. El lino por el contrario alcanza aquí los máximos de la fase (Rovira, 2007:232).

En la fase 21 se puede pensar en un equilibrio entre las diferentes especies explotadas si atendemos a las proporciones en peso entre las diferentes especies domésticas (37,82% de bóvidos, 36,37% de ovicápridos y 24,83% de suidos).

El aspecto más interesante de esta fase, que acentúa las tendencias reseñadas para la fase anterior en cuanto a las proporciones de los distintos cereales, es la presencia testimonial de escaña (Rovira, 2007:233).

En la fase 22 los bóvidos de nuevo suponen más del 50% (50,28%), existiendo un equilibrio entre ovicápridos y suidos, mientras los équidos mantienen una presencia testimonial.

Atendiendo a los cereales cultivados, aun dominando el trigo común/duro compacto, no sólo la recuperación del trigo común/duro no compacto es tan significativa como para superar a la cebada en número de restos sino que la escaña aumenta considerablemente, marcando la tendencia que mostrará en el periodo posterior. En este caso también la proporción de habas llega a ser espectacular (Rovira, 2007:235). Si se puede hablar de mejora en la alternancia de cultivos, tal vez también ello sea debido a la pérdida de riqueza del suelo (Aguilera et al., 2008) y los cambios ambientales (Nachasova et al., 2007) a los que ya hemos hecho referencia.

Proporciones en peso	FASE 23
Équidos	0
Bóvidos	52,39
Ovicápridos	26,62
Suidos	20,98
Cánidos	0
Número de restos	
<i>Hordeum Vulgare Var. Nudum</i>	255
<i>Hordeum Vulgare Var. Vulgare</i>	0
<i>Triticum Aestivum/Durum</i>	95
<i>Triticum Aestivum/Durum Tipo Compactum</i>	2925
<i>Triticum Dicoccum</i>	0
<i>Triticum Monococcum</i>	0
<i>Triticum Sp.</i>	0
<i>Hordeum/Triticum</i>	832

Periodo VIII. En la fase 23, estudiada en conjunto y adscrita al Cobre Final, los bóvidos siguen superando el 50 % (52,39%) (Riquelme, 1996: 114,118) entre los animales domésticos, mientras en lo que respecta a las especies cultivadas las tendencias vislumbradas en el periodo anterior, y especialmente en la fase 22, se confirman, con un aumento del trigo común/duro no compacto y de la escaña, estando presente además, por primera vez la cebada vestida, aunque de forma testimonial (Rovira, 2007:236). En las leguminosas no hay cambios, dominadas absolutamente por el haba, mientras el lino sigue estando presente y aparecen restos de uva (Rovira, 2007:236).

Mientras los patrones de matanza de las diferentes especies, como en gran parte sus proporciones, son similares al Cobre Pleno y Tardío (Riquelme, 1996:114, 118, 143, 189, 198, 222, 257), sugiriendo la importancia del uso de los bóvidos en las actividades agrarias y el aprovechamiento de productos lácteos y textiles, el recurso cada vez más frecuente a especies como la cebada vestida o la escaña puede mostrar el empeoramiento de las condiciones del entorno de las Peñas como ya hemos referido, por lo que los cambios ambientales afectan primero a las estrategias agrarias.

Periodo IX. Desde el Bronce Antiguo entre las especies faunísticas retoman importancia los rebaños de ovejas y cabras (Uerpman, 1979; Ziegler, 1990).

En el aprovechamiento cereal, aun manteniéndose las tendencias anteriores, lo que destaca es el aumento proporcional de los restos de escaña y de cebada vestida y especialmente desnuda, además de la aparición de nuevo de escanda (Rovira, 2007:238). El dominio del haba, en cualquier caso es abrumador y puede distorsionar los resultados por las características de los niveles excavados (al exterior del muro de fortificación).

Valoración de las estrategias agropecuarias

Aunque hemos visto que existen diferentes tendencias en la explotación de los recursos faunísticos incluso dentro de los periodos, éstas se pueden concretar en una caracterización del Neolítico Antiguo Evolucionado como un periodo poco homogéneo, la división del Neolítico Medio Inicial en dos subperiodos (fases 7-9 y 10-11 respectivamente) con un acento mayor en los suidos en la segunda, la posible relación de la última fase del Neolítico Tardío (14) con el Neolítico Final por la importancia de los bóvidos y los équidos y el carácter transicional del Cobre Antiguo con una fase (17) más cercana al Neolítico Final y otra (18) al Cobre Pleno. Todos estos cambios podrían derivar de problemas de conservación (por ejemplo en la fase 18) o cambios en el uso de la zona excavada (por ejemplo en la 6). En este con-

texto los periodos se han mantenido, para el análisis global de la evolución de la explotación pecuaria (Riquelme, 1996), tal y como habían sido presentados precedentemente, especialmente porque los cambios datados: Neolítico Medio Inicial (5000 A.C.), Cobre Antiguo (3300 A.C.) y Cobre Tardío (2500 A.C.) coinciden con periodizaciones anteriormente presentadas (Molina et al., 2004; Molina y Cámara, 2005). Sólo se han llevado a cabo ajustes en lo que respecta a las comparaciones con los estudios precedentes sobre la fauna de este yacimiento (Uerpmann, 1979; Ziegler, 1990), ya que éstos englobaron en un solo conjunto prácticamente todo el Neolítico Reciente y el Cobre Antiguo.

En cualquier caso lo que se debe destacar a nivel de la presencia de especies es la importancia general de los bóvidos en peso, ya que incluso en el periodo I en determinadas fases éstos dominan, aunque en otras se constata la importancia de los ovicápridos. Esta tendencia se mantendrá también a fines de la ocupación según los datos de las campañas recientes (Riquelme, 1996), por lo que la crisis ambiental sólo afectará a la ganadería en un momento posterior del Bronce Antiguo inicial reflejado en las últimas fases de los estudios faunísticos precedentes (Uerpmann, 1979; Ziegler, 1990). A partir de la fase 10 los suidos se convierten en una parte fundamental de la dieta, lo que especialmente se apre-

cia desde la fase 15, llegando a adquirir especial importancia en la fase 20. La importancia del uso de los animales en las labores agrícolas no sólo se aprecia en la presencia de caballo desde la fase 14, en el Neolítico Tardío, sino en el mantenimiento de los bóvidos hasta edades adultas a partir de esas mismas fechas de fines del V Milenio A.C., cuando además se intensifica la utilización de otros productos pecuarios (lana, leche, cuero) que debieron ser usados desde los primeros momentos, como se demuestra en el aumento de las proporciones de adultos siguiendo los patrones de edad de sacrificio (Riquelme, 1996). El desarrollo temprano de estrategias pecuarias diversificadas ha sido planteado para todo el sur de la Península Ibérica (Liesau y Morales 2012).

En lo que respecta a los cereales en las primeras fases (1-3) el equilibrio entre cebada desnuda y trigo común/duro parece el rasgo fundamental, junto con la presencia más reducida de escaña. Este dominio de las variedades desnudas de trigo desde el inicio del Neolítico es característico de casi toda la Península Ibérica (Peña et al., 2013). A fines del Neolítico Antiguo (5-6) aumenta la importancia del trigo común/duro, incluso del tipo compacto que supera a la cebada que pasa a ser el tercer cereal. Unas proporciones similares se aprecian en lo que hemos denominado Neolítico Medio Inicial (7-11) aunque con la con-

solidación de la escaña y el descenso del trigo común/duro compacto y la cebada desnuda al final (fases 10-11). A lo largo del Neolítico Tardío parece tenderse a un equilibrio entre trigo común/duro, trigo común/duro compacto y cebada desnuda. El Neolítico Final y el Cobre Antiguo y Pleno son los momentos de dominio del trigo común/duro compacto acompañado de la cebada desnuda y la relegación a un segundo plano del trigo común/duro no compacto, el cereal más importante al principio de la secuencia. A partir del cobre Tardío, aun manteniéndose la dualidad básica (cebada desnuda-trigo común/duro compacto) no sólo se aprecia la recuperación del trigo común/duro no compacto sino el aumento de la escaña, lo que sugiere un empeoramiento de las condiciones. Este proceso se concreta en el Cobre Final en el que aparece la cebada vestida y la escaña alcanza proporciones hasta entonces desconocidas (Rovira, 2007:240) y, sobre todo, en el Bronce Antiguo en el que además encontramos restos de escanda. En las leguminosas a partir del Cobre Antiguo las habas tenderán a un dominio absoluto.

En Los Castillejos se constata la presencia de malas hierbas desde las primeras fases de ocupación del asentamiento, sin variaciones significativas en el conjunto de especies a lo largo de la secuencia, en ocasiones de forma bastante numerosa. La mayoría de taxones pertenecen al grupo

de las especies adventicias (*Ruderali-Secalieta* y *Chenopodietalia*), tanto de los cultivos de invierno como de los cultivos de primavera o de los terrenos escardados, aunque sí que existen diferencias cuanto al predominio de los medios representados (Rovira, 2007:444), lo que sugiere que no se utiliza la agricultura de rozas y apunta hacia una estabilidad en los campos de cultivo (Rovira, 2007:444) que, aun con la posibilidad del alejamiento relativo de éstos con respecto al poblado (Rovira, 2007:439, 441) contrasta con la especialización ganadera que se había propuesto a partir de un estudio somero del entorno (Gilman y Thornes, 1985:153-156), como ha sido criticado señalando las posibilidades de áreas para cultivos de secano y de regadío en las cercanías del asentamiento prehistórico (Rovira, 2007:440-441), un medio húmedo bastante bien representado por especies como *Apium graveolens* y diversas especies de *Carex* y *Scirpus*, así como por la presencia puntual de *Lycopus europaeus* y *Galium palustre*, mientras otras especies sin implicar ambientes de ribera también indican una cierta humedad (Rovira, 2007:463).

Las especies cerealísticas documentadas sugieren el cultivo de invierno con la siembra a fines del otoño, como también indica la presencia de lino y leguminosas, aunque la cebada pudiera ser objeto de una recolección temprana y nueva

siembra (Rovira, 2007:461). Siguiendo las especies de malas hierbas presentes, que sin embargo también pueden relacionarse con los modos de preparación del suelo o las prácticas agrícolas que se realizan después de la siembra (Rovira, 2007:461), hay que decir que en Los Castillejos se documentan tanto aquéllas normalmente relacionadas con los cultivos de invierno (*Galium aparine*, *Heliotropium europaeum*, *Adonis*, *Capsella bursa-pastoris*, *Neslia paniculata*, *Papaver dubium/rhoeas*, *P. somniferum* ssp. *setigerum*, *Asperula arvensis*, *Polygonum convulvulus*, *Sherardia arvensis*, *Lolium perenne/rigidum*, *Phalaris paradoxa* y ciertas especies de *Vicia* y *Avena*) como con los de primavera (*Apium graveolens*, *Rumex crispus*, *Chenopodium album*, *Ch. murale*, *Ch. polyspermum*, *Portulaca oleracea*, *Fumaria officinalis*, *Euphorbia helioscopia* y diversas especies de *Amaranthus*, *Atriplex* y *Malva*) (Rovira, 2007:462).

Como hemos dicho, aunque se ha planteado la posibilidad de irrigación de leguminosas y lino (Rovira, 2007:470) incluso en otros yacimientos contemporáneos (Araus et al., 1997a, 1997b) se niega esta posibilidad para los cereales porque muestra mayor humedad la cebada (por alcanzar su madurez más pronto en el año) y porque, en los resultados de los análisis isotópicos, no se alcanzan los umbrales considerados típicos de la irrigación (Aguilera et al., 2008:1660).

Para determinar las formas de cosecha se puede utilizar la presencia de determinadas malas hierbas, aunque el sistema no sea totalmente seguro porque éstas pueden haber sido eliminadas por criba. Dada la frecuencia de especies adventicias en Los Castillejos, se puede señalar la presencia abundante de varias especies de plantas bajas (p.e. *Plantago lagopus/ovata* y *Rumex acetosella*) y de otras que alcanzan una altura media (p.e. *Medicago*, *Melilotus alba*, *Papaver dubium/rhoeas* y *Trifolium*). El llantén (*Plantago*) es muy frecuente hasta inicios del Calcolítico para desaparecer posteriormente lo que puede implicar cambios en las técnicas, hasta el comienzo del Calcolítico se arrancaban las plantas de raíz o se segaban prácticamente a ras de suelo, mientras que posteriormente se segarían a media altura o únicamente las espigas (Rovira, 2007:480-481).

En relación con las actividades posteriores a la cosecha en el caso de Los Castillejos se ha destacado la ausencia de restos de la espiga (segmentos de raquis, bases de espiguillas, etc.), así como la presencia, en ocasiones abundante, de semillas de especies sinantrópicas. Esta particular situación puede estar indicando que se efectuaba un aventado muy concienzudo, pero que el cribado se limitaba a uno grosero o que después no se limpiaba el grano a mano (Rovira, 2007:514).

Una revisión de las estrategias por periodos, en lugar de por fases, atendiendo ahora de forma más detenida a los patrones de matanza y a las estrategias de cultivo puede ser útil para comprender los cambios enunciados en los párrafos anteriores.

En relación con la explotación de las especies faunísticas la importancia de los bóvidos sufre altibajos a lo largo del Periodo I con un máximo en la fase 4, aunque siempre se sitúan por debajo de los ovicápridos, incluso si atendemos al peso. En otro orden de cosas los bóvidos tienden a sacrificarse a edad adulta (Riquelme, 1996:94). Dentro de los ovicápridos se sacrifican adultos y subadultos, determinándose con más frecuencia las hembras (Riquelme, 1996:130, 150, 204). Los cerdos alcanzan su máximo por peso en la fase 1, sacrificándose todas las cohortes de edad pero especialmente adultos y subadultos (Riquelme, 1996:239). Los perros se concentran en la fase 1, todos adultos, y consumidos (Riquelme, 1996:264, 269), lo que dificulta su interpretación en relación con una interpretación ritual de su presencia en el inicio de la ocupación del área, tal y como, por el contrario, se ha documentado en otros yacimientos en momentos posteriores (Cámara y Lizcano, 1996; Lizcano et al., 1997; Cámara et al., 2008), aunque sea interesante que estén presentes también en la fase 6 con su problemática reestructuración. La presencia de estos carnívoros domésticos viene también reflejada en las continuas huellas

de su mordedura sobre los huesos de ovicápridos y bóvidos (Riquelme, 1996:402-403) que también presentan huellas de fuego (Riquelme, 1996:409), lo que es lógico teniendo en cuenta la utilización del espacio sobre la que después profundizaremos. Otros momentos de concentración de restos también coinciden con cambios en la utilización del espacio (p. ej. en la fase 17).

Si evaluamos la explotación de las especies cereales en el conjunto de este periodo observamos un cambio de tendencia entre la cebada desnuda y el trigo común/duro. Cuando éste aumenta a mediados del periodo aparece también el tipo compacto y la escaña, nunca importante, tiende a desaparecer. Aunque los datos son escasos también parece que el haba tiende a suplantar a los guisantes en cuanto al consumo de leguminosas y los frutos comestibles pasan a estar menos representados en el registro. Si bien en este último caso se puede hablar de problemas de representación/conservación, confirmados por la ausencia en las fases avanzadas del periodo de restos de plantas ruderales y adventicias, no podemos descartar que la consolidación de la economía agropecuaria condujera a una menor importancia de las especies recolectadas.

A partir del Neolítico Medio Inicial (Periodo II) podemos establecer comparaciones entre los estudios faunísticos de las distintas campañas e incluso, como veremos, a veces entre los resultados

estructurales, sin embargo en relación con el primer aspecto hemos de hacer la salvedad de que para facilitar la comparación hemos tenido que seguir la agrupación por periodos que se utilizó en los estudios precedentes faunísticos (Uerpmann, 1979; Ziegler, 1990), lo que supone incluir aquí la fase 12 (que, sin embargo, muestra tendencias económicas diferentes a las fases 10 y 11) e integrar las fases 13 a 18 en un único conjunto. Si nos centramos en los resultados de las últimas campañas de excavación (1991-1994) el equilibrio entre bóvidos y ovicápridos en peso marca las primeras fases de este Periodo II (7 a 9) pero después tienden a aumentar significativamente los suidos (entre el 31 y el 44%), hasta formar una tríada ciertamente equilibrada (33,55; 39,89 y 25,93 % respectivamente, entre este periodo y los inicios del siguiente), que ve también en la fase 11 la primera presencia de los équidos (1,23% respecto a los restos de domésticos) (Uerpmann, 1979; Ziegler, 1990; Riquelme, 1996). Por el contrario si atendemos a los resultados de los estudios anteriores los ovicápridos alcanzan el 62,18% (Uerpmann, 1979) lo que puede derivar de una mayor capacidad de identificación de restos de pequeños rumiantes por parte de este investigador o bien de la escasa presencia de suidos en el conjunto analizado, ya que los estudios posteriores tienden a aproximar los valores a los referidos en el estudio de J.A. Riquelme (1996), con un porcentaje para los bóvidos entre este periodo y

los inicios del siguiente del 56,14% y de suidos en el 15,16 % (Ziegler, 1990).

Más interesante son los descensos de los bóvidos desde fines del Neolítico Medio Inicial (fase 10) hasta el Neolítico Tardío (fase 13). En el primer periodo los bóvidos siguen sacrificándose a edad adulta o subadulta aunque se localicen restos infantiles (Riquelme, 1996:98), en una tendencia que también se aprecia en los ovicápridos, especialmente en las ovejas (Riquelme, 1996:131-134, 150), mientras en los suidos, aunque tal vez haya menos adultos, sigue el predominio de los subadultos (Riquelme, 1996:244).

Durante el Periodo II, también a partir de la fase 10 se ven cambios sustanciales en el aprovechamiento de los cereales, con la disminución de la importancia de la cebada desnuda (Rovira, 2007:214), tras una relativa recuperación en la fase 9, y el aumento de la importancia relativa de la escaña y la disminución del tipo compacto del trigo común/duro, además del fin de la presencia esporádica de la escanda.

Los restos de cereales tostados (especialmente en las fases 7, 8 y 9) se ha señalado que pueden ser resultado más de prácticas culinarias que de conservación dada la ausencia casi total de restos de espiguillas, además del hecho de que se trata de especies desnudas (Rovira, 2007:513) que no precisan torrefacción para facilitar el descascarillado (Rovira, 2007:512).

En relación con la posibilidad de la mezcla de cultivos en los mismos campos, estrategia documentada etnográfica e históricamente, y pese al problema de que la mayoría de las muestras no proceden de contextos cerrados, los análisis de las muestras de Montefrío han permitido a N. Rovira señalar que en Los Castillejos trigo común/duro y cebada desnuda pudieron ser cultivados juntos en las primeras fases mientras a partir de la fase 7 y al menos hasta la 14 el dominio del trigo común/duro en la mayoría de las muestras sugiere un cultivo separado.

A fines del Neolítico Tardío (Periodo III) tienden a aumentar de nuevo los animales de gran talla, tal vez en relación con las labores agrícolas, y en la fase 14 los bóvidos superan el 45 % en peso, a lo que hay que sumar más de un 5 % de équidos sólo en las campañas recientes. Los patrones de matanza siguen siendo similares, aunque en los bóvidos se citan dos individuos seniles y la ausencia de infantiles (Riquelme, 1996:102), mientras en los suidos (Riquelme, 1996:249) y ovicápridos juveniles y subadultos dominan (Riquelme, 1996:135, 167), a excepción de los casos en que se ha podido determinar que se trataba de cabras, donde el sacrificio era a edad más avanzada, aunque los juveniles sacrificados incluían hembras (Riquelme, 1996:209).

Si bien se ha dicho que a nivel carpológico las dos primeras fases

muestran continuidad con el periodo anterior (Rovira, 2007:220), creemos que el aumento de cebada desnuda y, sobre todo, trigo común/duro compacto es progresivo, así como el predominio de las habas sobre los guisantes. De nuevo la concentración en una especie va acompañada, en la fase 14, de la escasez de frutos, aunque ya hemos referido que, indudablemente, este fenómeno responde a problemas de conservación.

Existe otro descenso de los bóvidos que tiene lugar en el Cobre Pleno (fase 20) y que se relaciona con un ascenso porcentual del cerdo entre las especies domésticas, e indica una ruptura puntual de la tendencia iniciada en la fase 15 y que suponía que los bóvidos llegaron a ser los primeros suministradores de carne del poblado hasta alcanzar un máximo en el Cobre Tardío y Final (Riquelme, 1996:114 y 118).

De cualquier manera desde el Neolítico Tardío (Periodo III) podemos apreciar una práctica ausencia de sacrificio de bóvidos jóvenes si exceptuamos los hallazgos del Cobre Antiguo (Riquelme, 1996:94-114), momento en que se produce además una de las frecuentes oscilaciones en porcentaje de peso que hemos referido (fase 17). Así la tendencia a sacrificar los bóvidos a edades adultas, entre 3,5 y 4 años, lo que suponía el 90% de

su peso máximo posible (Riquelme, 1996:118), podía sugerir el aprovechamiento de su fuerza de trabajo y de otros productos ya que de hecho parecen predominar las hembras lo que podría suponer la existencia de un comportamiento ganadero que aseguraría el reemplazo del rebaño y también la obtención de leche y sus derivados (Riquelme, 1996:119). Como hemos adelantado, el estudio de la oscilación de los escasos restos de caballo presentes, y que han sido caracterizados como probablemente salvajes (Riquelme, 1996:426)¹ especialmente los neolíticos (Riquelme, 1996:294), puede indicarnos, por el contrario, una utilización inicial también de los équidos como medios de tracción hasta que esta actividad pasara a ser desempeñada exclusivamente por los bóvidos.

En relación con la consolidación de la economía agropecuaria ya referida, y atendiendo a los datos de las campañas recientes, los bóvidos siguen destacando en peso en el Neolítico Final, superando el 40 % en el conjunto de la fase 16, en la que los équidos superan también el 7 %. En cuanto a los patrones de matanza en los bóvidos hay una total coinciden-

¹Pese a que se señala que este sacrificio de los caballos a una edad adulta y en algún caso adulta avanzada, podría responder a una utilización de los mismos previa a su muerte y descartaría su aprovechamiento prioritario como alimento (Riquelme, 1996:294).

cia con los documentados en el periodo anterior, dado que no existen individuos infantiles y hay dos que podrían ser considerados seniles (Riquelme, 1996:105).

En los ovicápridos hay un aumento de adultos y subadultos, aunque siguen apareciendo juveniles, sobre todo en los restos que no han podido ser adjudicados a una especie concreta (Riquelme, 1996:135, 171, 209). De hecho ya desde el Neolítico Antiguo dentro de los ovicápridos se sacrifican adultos y subadultos, determinándose con más frecuencia las hembras (Riquelme, 1996:130, 150, 204), y aunque la presencia siempre escasa de juveniles puede deberse a problemas de conservación, dada la frecuencia de mordeduras de carnívoros y huellas de fuego en los huesos (Riquelme, 1996:402-406), ésta comienza a reducirse drásticamente desde el Neolítico Final, siendo además en estas fases cuando las mordeduras de carnívoros son menos frecuentes (Riquelme, 1996:404-405) y el espacio excavado cambia de actividad (Ramos et al., 1997; Afonso et al., 1996).

De esta forma, según se desprende de su edad de sacrificio, los ovicápridos serían usados para carne, sobre todo, en los primeros periodos y a partir del Periodo IV, al menos, para leche y lana, conservando las hembras hasta edad avanzada (Riquelme, 1996:233). Además, la mayor presencia de individuos hembras ha de explicarse no

sólo como una estrategia económica destinada a garantizar el suministro de determinados productos, sino como necesaria para la gestión correcta de los rebaños. Así en los rebaños el número de machos tiende a ser mantenido bajo, porque de esa manera, no sólo se garantiza el crecimiento vegetativo de la cabaña, sino que además se evitan los enfrentamientos por las hembras. Por otro lado, e independientemente del número de individuos de cada sexo que componen el rebaño, o lo que es igual, que son sacrificados para su aprovechamiento cárnico, lo que resulta más interesante del cambio de comportamiento de las pautas de sacrificio entre el Neolítico y el Calcolítico es el hecho de que en el último de los dos periodos sólo se sacrifiquen animales adultos. Aunque aquí podría mantenerse la objeción que ya se planteó en relación con los restos del Polideportivo de Martos en cuanto a la necesidad de documentar dónde se hallaban los restos de los animales juveniles consumidos, la presencia de algunos de sus restos unida a la evidencia de actividades de carnívoros sobre sus huesos evita el tener que recurrir a hipótesis sobre separaciones estacionales y por sexo y edad de los rebaños como se indicó para aquel yacimiento (Lizcano et al., 1997), lo cual no quiere decir que tal estrategia no se diera también en Los Castillejos.

A nivel secuencial el descenso en el porcentaje del peso de los ovicápridos

en relación con el resto de las especies domésticas es constante desde la fase 14 (fines del Neolítico Tardío) con la única excepción del ligero aumento desde la fase 21 (Cobre Tardío) que debe ponerse en relación con la disminución de la importancia del cerdo.

Más interesantes en relación con los problemas de consolidación de la sedentarización que hemos discutido en otros lugares (Lizcano et al., 1997; Cámara y Lizcano, 1996; Afonso et al., 1996) son los datos sobre la presencia de ratón mediterráneo/ratón casero (*Mus spretus*/*Mus musculus*), especialmente a partir del Neolítico Tardío (Riquelme, 1996:367), momento para el que hemos planteado la utilización del área excavada en el corte 1c/6 como lugar de habitación y la concentración de la población, previamente residente en las cuevas, en el área de Los Castillejos (Ramos et al., 1997; Afonso et al., 1996; Cámara, 1998). Además, teniendo en cuenta la consolidación de la sedentarización que hemos planteado en estos periodos de fines del Neolítico (Afonso y Cámara, 2006), puede ser significativo el aumento de las leguminosas necesarias para mantener en alternancia de cultivos la fertilidad de los campos. También el cerdo debe considerarse un indicador de tal tendencia a la consolidación de la sedentarización y las estrategias agropecuarias (Riquelme, 1996:492) y no simplemente como el exponente de una estrategia fundamentalmente agrí-

cola como se suele plantear. El momento de máximo auge de esta especie en Los Castillejos, teniendo en cuenta sobre todo la representación en peso de la misma, se sitúa entre el Neolítico Final y el Cobre Antiguo cuando además se hace exclusivo el sacrificio de adultos y subadultos (Riquelme, 1996:249 y ss.), pero desde los últimos momentos de lo que hemos denominado Neolítico Medio Inicial (fase 9), hacia comienzos del V Milenio A.C., se aprecia un aumento porcentual significativo respecto a las fases precedentes, especialmente si prescindimos del peso de los cérvidos en los momentos calcolíticos (Riquelme, 1996:308 y ss.) y establecemos la comparación sólo con el resto de las especies domésticas.

A partir del Neolítico Final parece existir una enorme preocupación por eliminar la presión de las especies silvestres sobre los campos de cultivo (Uerpmann, 1979; Riquelme, 1996:527), hasta el punto de que aparecen incluso ciervos infantiles y juveniles (Riquelme, 1996:307-313). Esta expansión del área cultivada hace que hacia el final de la secuencia de Los Castillejos los ecosistemas favorables a las especies silvestres quedarían alejados de los poblados, y de ahí su escasa representación en las muestras óseas (Riquelme, 1996:527). De la misma forma podrían interpretarse las evidencias antracológicas sobre un paisaje más abierto en las fases finales del Polideportivo de Martos (Rodríguez, 1996; Lizcano, 1999).

A la importancia del consumo de cérvidos desde el Neolítico Final (Riquelme, 1996:303 y ss.) hay que sumar en relación con la fauna silvestre el consumo de conejos, si bien su peso no supera en ningún caso el 5% del total de la

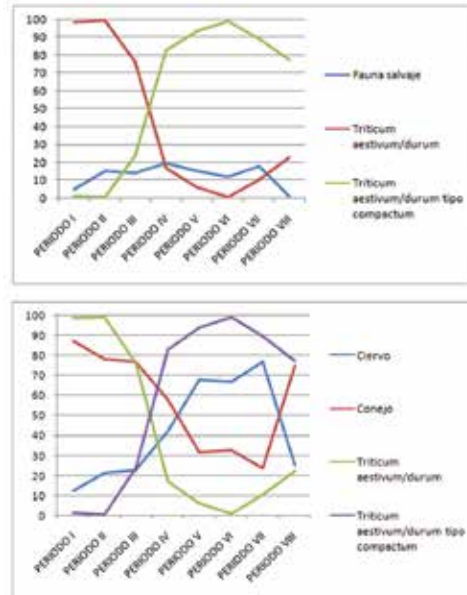


Gráfico relación animales salvajes / cereales del Periodo III

fauna recuperada y en la mayoría de las fases se sitúa en torno al 1% (Riquelme, 1996:344-355), y aunque lo más interesante puede ser aquí destacar que la liebre se encuentra, dentro de su escasez, mucho peor representada en los niveles de la Edad del Cobre (un único resto en la fase 19) que en los neolíticos (Riquelme, 1996:355-358), lo cual

podría contradecir la tendencia a la creación de mayores espacios abiertos.

Entre el Neolítico Final y el Cobre Pleno, el trigo común/duro compacto pasa a ser predominante en Los Castillejos, y la cebada aparece generalmente mezclada, si bien su cultivo en campos separados queda sugerido por varias muestras donde este cereal aparece prácticamente solo; lo que no se puede decir del trigo común no compacto que siempre acompaña en las muestras al compacto (Rovira, 2007:456). N. Rovira señala también que su asociación de cereales y leguminosas, aun constatada etnográficamente, no parece ser apoyada realmente por los datos de los yacimientos arqueológicos y la mezcla en las muestras podría ser resultado sea de mezclas tras las cosechas (o en el proceso de formación del contexto arqueológico), sea de restos de cosechas anteriores en los mismos campos. En cualquier caso lo que sí es interesante en Los Castillejos, aun con el escaso número de restos, es la separación entre los diferentes tipos de leguminosas (por fases) que sugiere no sólo cambios de tendencia sino claramente cultivos separados (Rovira, 2007:457-458).

En el Cobre Antiguo en cuanto a las especies faunísticas, si atendemos al peso, los bóvidos siguen desempeñando un papel fundamental, alcanzando más del 40% en la fase 18, crecimiento que coincide con una disminución de la importancia

de los équidos y que, unido al aumento de la importancia del cerdo (más del 31% en la referida fase), repercute en los valores más bajos de los ovicáprinos, una tendencia que continuará en el periodo siguiente, y que no se apreciaba en los estudios anteriores debido a la unión con los restos del Neolítico Reciente (Uerpmann, 1979; Ziegler, 1990). Se debe reseñar, sin embargo, que nos encontramos en las fases (y periodos) en las que más importancia adquiere la fauna salvaje, y especialmente el ciervo (Riquelme, 1996:308, 498, 500-504), aunque otros estudios hacen retroceder el inicio del aumento de este animal al Neolítico Tardío (Ziegler, 1990; Riquelme, 1996:426) y su disminución sólo tendría lugar hacia el Cobre Tardío.

Respecto a los patrones de matanza, en los bóvidos se encuentran representadas en este periodo todas las cohortes de edad (Riquelme, 1996:109). En los ovicáprinos dominan los adultos, especialmente las hembras (Riquelme, 1996:131, 180-183, 217), apareciendo incluso carneros de gran talla (Riquelme, 1996:131). En los cerdos la tendencia recuperada en el periodo anterior respecto al dominio compartido de adultos y subadultos ya no sufre ningún cambio durante todo el Calcolítico (Riquelme, 1996:249 y ss.).

Se ha señalado que en este periodo los huesos que aparecen al interior de las viviendas suelen ser de menor tamaño

(Riquelme, 1996:412), lo que sugiere limpiezas periódicas o consumo diferencial de las diferentes partes de los animales, además de un probable desmembramiento en zonas exteriores.

En cuanto a las especies agrícolas la alternancia de cultivos sigue siendo posible aunque, como en los periodos siguientes, las habas pasarán a ser la leguminosa más frecuente, si bien lo que nos interesa destacar es la relativa frecuencia de lino.

En el Cobre Pleno en el aprovechamiento ganadero, y atendiendo siempre al peso, los hallazgos de las campañas recientes muestran que los bóvidos siguen dominando sobre los ovicáprinos, aunque el continuo aumento de los suidos (hasta un 54,17% en la fase 20) repercute en la disminución de la importancia relativa de los bóvidos, que ahora son sólo adultos y subadultos (Riquelme, 1996:110), lo que, como dijimos, se puede extender a los suidos (Riquelme, 1996:254) y a los ovicáprinos (Riquelme, 1996:153, 184-188, 218).). A partir de este periodo comienza a disminuir la presencia de huesos quemados y mordidos por carnívoros (Riquelme, 1996:407). En cuanto a los estudios anteriores destaca la importancia de los équidos en el trabajo de Ziegler (1990) donde alcanzan el 42,54% en peso aunque sólo sean el 5,49% en restos, lo que, sin duda, deriva del escaso número de restos totales (273) y de un número mínimo de individuos

elevado para los équidos. Si atendemos a estos restos la sustitución de los équidos por los bóvidos en las labores agrícolas, que hemos propuesto anteriormente, no llegaría a ser nunca total.

En cuanto a la agricultura este periodo ve la reducción a presencia testimonial del trigo común/duro que había sido la especie predominante de las primeras fases de vida del poblado y la consolidación del cultivo de especies oleaginosas y textiles (lino y adormidera).

Durante el Cobre Tardío y especialmente hacia el Cobre Final, los bóvidos recuperan importancia (Riquelme, 1996:114, 118), atendiendo al peso (hasta un 52,39% en el conjunto de la fase 23), gracias, fundamentalmente a la reducción de los suidos respecto a la fase 20, manteniéndose los équidos en valores muy bajos, siempre menores del 1%. Los datos antiguos son contradictorios y si, por una parte, los de Ziegler (1990) confirman el aumento de los bóvidos, manteniéndose suidos y équidos, los de Uerpmann (1979) plantean incluso aquí el aumento de la importancia de los ovicáprinos que se desarrolla en la fase siguiente, para la que hay pocos datos. Los patrones de matanza de las diferentes especies son idénticos al Cobre Pleno (Riquelme, 1996:114, 118, 143, 189, 198, 222, 257).

Además el equilibrio en las muestras en cebada desnuda, trigo común duro/com-

pacto, escaña y haba, entre las fases 23 y 24, aboga contra la mezcla de cultivos, dado el diferente procesado de cereales desnudos, vestidos y leguminosas, y, por tanto, las muestras obedecerían a mezclas tras la recolección (Rovira, 2007:458), aspecto que no ha sido considerado prueba de "rotación de cultivos" sino de cultivo en parcelas separadas (Rovira, 2007:470), porque los valores de una de las especies para sugerir lo primero deberían ser más bajos. Ello no supone desde luego negar la posibilidad de la alternancia de cultivos en nuestra opinión. En primer lugar porque esa presencia de valores bajos de una especie respecto a otra se puede atestiguar desde los inicios de la ocupación y tampoco tiene por qué sugerir necesariamente, como hemos dicho, alternancia, y, en segundo lugar, porque el cultivo en campos separados en el año de la cosecha documentada, no implica que ese mismo campo no se usara otro año para otro cultivo, pues la alternancia además podría implicar también reposo (barbecho) entre un cultivo y otro.

En el Cobre Final la escaña está destinada al consumo humano porque se documenta en proporciones similares o superiores a la del resto de especies y

también porque el grano está limpio, es decir, libre de los subproductos agrícolas (cascabillo, paja, etc.) que suelen acompañar a los productos destinados a los animales (Rovira, 2007:488).

La puesta en cultivo de cebada vestida a partir de la edad del Bronce puede responder al surgimiento de cambios en la utilización de los productos vegetales (por ejemplo, preferencia de la cebada vestida en la alimentación del ganado y en la fabricación de cerveza) o en las condiciones climáticas (por ejemplo, aumento de la sequedad ambiental) (Rovira, 2007:479).

En relación con los moluscos hay que decir no sólo que el interés fundamental estaba en la realización de útiles, incluyendo adornos, con sus conchas, sino que los restos a veces habían sufrido, previamente a su recogida por los pobladores prehistóricos, los efectos de la erosión lo que indica que gran parte del material malacológico no fue usado como recurso alimenticio (Riquelme, 1996:388), aunque no se puede descartar un consumo anecdótico (Riquelme, 1996:393).

5. EL DESARROLLO ARTESANAL



El cambio técnico en cualquier proceso productivo se manifiesta, sin tomar en consideración sus causas, como un cambio en los medios de producción y por tanto se hace evidente tanto en la fuerza de trabajo como en los medios de trabajo.

Los cambios en la fuerza de trabajo se manifiestan bien como un cambio en su número, bien como un cambio en su estructura, bien como una combinación de ambos. En el Neolítico Reciente de Las Peñas de los Gitanos el cambio más significativo parece producirse en su estructura, aunque no estamos en condiciones, a partir de la sola excavación del yacimiento, de poder afirmar o negar un aumento de la población. La ausencia de núcleos prismáticos en el yacimiento, o mejor dicho, el hecho de que los que allí se encuentran hayan sido reciclado como útiles, fundamentalmente percutores e intermediarios, nos lleva a pensar que la producción laminar basada en este tipo de núcleos y que alcanzará su pleno desarrollo en el Calcolítico Antiguo, tiene lugar fuera del asentamiento, no realizándose, por tanto, en el ámbito de lo doméstico como ocurría con las hojas obtenidas por presión de un núcleo tratado térmicamente durante el Neolítico.

La evolución de los medios de trabajo, a su vez, se puede producir mediante la introducción de nuevas herramientas en el proceso de trabajo o bien por la articulación de las ya existentes en una nueva secuencia de dicho proceso.

Durante el Neolítico Antiguo y, especialmente, a principios del Neolítico Medio Inicial el área excavada se utiliza para actividades comunales relacionadas con la combustión y que incluían la transformación de alimentos con el torrefactado de cereales y posiblemente también con determinados procesos técnicos destinados a la realización de instrumentos como el tratamiento térmico del sílex (Afonso, 1993, 1998; Sánchez, 1999, 2000a, 2000b 2001) y la posible elaboración cerámica, dadas las bajas temperaturas a que, según los análisis, se realizaron esos recipientes (Navarrete et al., 1991:205, 209; Capel et al., 1982). La técnica de producción laminar más empleada durante el Neolítico Antiguo y Medio Inicial en Los Castillejos es la presión. También están presentes otras técnicas como la percusión indirecta y la percusión directa. Para la obtención de hojas mediante presión se sigue un método que consta de una fase de preparación del núcleo en la que mediante percusión directa se conforman los flancos y se prepara el frente de talla, en el que se destaca una arista que servirá de guía a la primera extracción. Esta preforma que tiene una morfología troncopiramidal (Morgado, 2008:35) se trata térmicamente (Afonso, 1993, 1998) para facilitar la extracción y obtener una gran regularidad morfométrica de las hojas.

En el Neolítico Reciente de las Peñas de los Gitanos no se detecta la aparición de nuevos instrumentos en la producción lítica, antes bien, parece que el reper-

torio de herramientas en ella empleado ha sido heredado de las fases precedentes, produciéndose los cambios de importancia en la articulación de las mismas en el proceso de trabajo.

Así, si en la técnica de producción lascas la percusión directa con percutor duro sigue siendo la norma, en la producción laminar, en cambio, junto a la presión empieza a detectarse el uso de la presión reforzada que llegará a generalizarse en el Calcolítico Antiguo. No obstante, en la producción laminar los cambios más importantes se realizarán en la nueva organización sin que ello suponga una ruptura con todo lo anterior. Así por ejemplo, se mantiene la articulación ortogonal del plano de percusión y frente de lascado, que se había impuesto desde finales del Paleolítico. Asociado al uso de la presión, el tratamiento térmico de los núcleos irá perdiendo importancia a medida que la presión por palanca y la preparación-preconformación de los núcleos vaya ganando terreno. La presión por palanca, al igual que otras técnicas relacionadas como la percusión indirecta, supone un control del lugar donde se ha de transmitir la fuerza al sólido que se quiere fragmentar y de la cantidad de fuerza que se necesita para fracturarlo que hace innecesario el tratamiento del mismo. Éste quedará paulatinamente reducido a una técnica para la modificación secundaria de soporres. A partir del Periodo III del asentamiento se detectan las primeras hojas de cresta, indicio indiscutible del inicio de

una nueva manera de obtener productos laminares (Martínez, 1985; Afonso, 1993, 1998; Martínez y Afonso, 2008, Martínez y Morgado, 2005, Martínez et al., 2006, 2007, e.p., Morgado et al., 2008). Asociada a esta técnica aparecen también los primeros talones diedros agudos que implican una preparación del lugar en el plano de percusión donde ha de apoyarse el intermediario.

Podemos fechar la aparición en Los Castillejos del primer elemento de la nueva tecnología de producción laminar entre 4100 y 3850 A.C. (fase 13), esto es, en un momento central del Neolítico Tardío. El que no hayamos identificado elementos líticos de estas categorías en la fase 12, datada entre 4200 y 4100 A.C., no quiere decir que dicha producción no esté ya practicándose en el entorno del asentamiento (Martínez et al., e.p.), muy probablemente en el área de aprovisionamiento y talla de Los Gallumbares de Loja (Martínez et al. 2006).

Estas hojas parecen haber sido talladas empleando la béquille¹, como también las primeras hojas extraídas de núcleos preparados con crestas, ya que la anchura de las hojas con talón diedro agudo o de cresta de las fases estratigráficas 13 y 14 del Neolítico Tardío se encuentra por debajo del umbral de 2,2 cm. Establecido por J. Pelegrin y P.-J. Texier que puede ser alcanzado

aplicando la fuerza humana sin recurrir a ningún tipo de máquina (comunicación oral; Inizan y Pelegrin, 2002; Pelegrin 1988). Sin embargo, al mismo tiempo encontramos hojas que superan ese umbral, por lo que cabe plantearse si la presión reforzada no fue primeramente un desarrollo aplicado a la propia béquille para superar sus limitaciones. Muy pronto, durante el propio Neolítico Final los talladores de hojas de Los Gallumbares parecen haber puesto en práctica un sofisticado procedimiento de talla de hojas prismáticas de tamaño medio (12-20 cm de longitud) por presión reforzada de alta calidad técnica y con un grado de especialización que todavía no estamos en condiciones de precisar. Tal actividad se desplegó, según lo que podemos deducir de la estratigrafía de Los Castillejos, durante unos dos milenios (Martínez et al., e.p.).

En las experimentaciones de talla de hojas con béquille se ha montado en el extremo de este instrumento tanto una punta de cobre (Texier) como de cuerna de ciervo (Pelegrin). Pero en la experimentación de la nueva tecnología de producción laminar con presión reforzada desarrollada por J. Pelegrin (Inizan et al. 1994; Inizan y Pelegrin, 2002; Pelegrin y Morgado, 2007) se requiere el uso de punzón de cobre para: a) conformar las crestas de los núcleos prismáticos; b) preparar el plano de presión que genera el característico talón diedro agudo en cada una de las hojas extraídas; c) transmitir en la extracción la fuerza necesaria

¹ Instrumento en forma de muleta sobre el que se apoya el pecho para ejercer la fuerza sobre el núcleo con el fin de extraer una hoja o lasca de sílex.

destinada a generar hojas por presión reforzada. Si bien los resultados experimentales de J. Pelegrin son incontestables en lo que se refiere a la réplica de las técnicas de talla, abren una anomalía en lo relativo a la hipótesis derivada acerca

producen puntas de flecha. Las primeras parecen derivar de los geométricos, pues encontramos algunas realizadas sobre soporte laminar, pero con posterioridad todas están elaboradas a partir de lascas. Se encuentran pruebas de esta actividad distribuidas en diferentes áreas del asentamiento.



Fotos distintas hojas (presión y presión con palanca).

del uso de objetos metálicos (cobre) a fines del V milenio A.C. en el entorno de Los Castillejos (Martínez et al., e.p.).

A partir del Neolítico Reciente existen evidencias de que en el asentamiento se

La mayoría de los útiles de piedra pulida de Los Castillejos son artefactos funcionales que se emplean en la procesos de trabajo subsistenciales o no (artesanía, agricultura, etc.). Están elaborados con materias primas regionales procedentes del Nevado-Filábride, hasta el 41,7%, mientras el 29,1% son materiales subbéticos (Carrión y Gómez, 1983: 457), aunque los primeros fueron a veces recogidos de los arrastres del Genil (Carrión y Gómez, 1983: 464). La roca más utilizada es la anfífolita (Carrión y Gómez, 1983: 457-458, 464-465). Materiales de procedencia más alejada sólo aparecen en el Neolítico Reciente (Sierra Morena) o en el Cobre Antiguo (Campo de Calatrava) (Carrión y Gómez, 1983: p. 457, 464-465).

Hasta ahora, poco es lo que se puede decir en relación con la producción cerámica, aunque además de los estudios tipológicos (Arribas y Molina, 1979a) se realizaron algunos análisis arqueométricos sobre muestras del Neolítico Medio y Reciente procedentes de las intervenciones de 1971 y 1974 (Navarrete et al., 1991). Los resultados mostraron la existencia de dos grandes grupos, uno

con abundante filosilicatos y otros con importante contenido de calcita en la matriz (Navarrete et al., 1991:142, 161, 181), aunque siempre con mucho hierro que indica la presencia de sedimentos de origen diagenético-metamórfico (Navarrete et al., 1991:158, 182) y feldespatos resultado de la cercanía a afloramientos volcánicos básicos (Navarrete et al., 1991:162).

Parece que hubo una cierta elección de las arcillas, dependiendo del tipo de recipientes que se deseaba producir, con más filosilicatos en los que iban a ser expuesto al shock térmico (ollas y cazuelas) y más calcitas en los de vajilla.

La pasta con la que se realizaron los recipientes no fue prensada excesivamente lo que condujo a matrices de baja densidad y muy porosas, si bien, respecto a las muestras del Neolítico Antiguo de Carigüela (Píñar) se puede hablar de un mejor acabado (Navarrete et al., 1991:203). Sólo en algunos casos el desgrasante era orgánico lo que coadyuvaba a la mayor compacidad de la pasta. La temperatura de cocción seguía sin superar los 800°C (Navarrete et al., 1991:205), lo que, en algunos casos, los incapacitaría para su exposición al fuego. Si bien se ha planteado que a partir, al menos, del Neolítico Medio las cerámicas se usaron sobre todo para la preparación de alimentos (Solange, 2008:322-323) y de hecho, como hemos visto, se buscan recipientes

que se puedan exponer al calor, sin calcita para que esta al disolverse no aumente la porosidad de la matriz cerámica (Navarrete et al., 1991:212).

El buen tratamiento de las superficies de los recipientes prosigue durante todo el Calcolítico, incluso con bruñido de los recipientes abiertos, a veces destinados a la cocción de alimentos, no sólo cereal sino también carne (Sánchez et al., 1999), lo que contrasta con el escaso tratamiento de las superficies que sufren los recipientes de uso cotidiano en el Sudeste (Moreno, 1993).

Los elementos decorados disminuyen radicalmente en la secuencia, aunque con ligeras oscilaciones (Corral, 2007), hasta el punto de que en el III Milenio A.C. sólo determinados recipientes considerados de prestigio, especialmente los denominados campaniformes desde 2500 A.C., adquieren decoración.

En las cabañas correspondientes al Cobre Pleno (2850-2500 cal A.C.) y Tardío (2500-2300 cal A.C.) se han podido definir bastante bien las áreas destinadas a la actividad textil.

Esta actividad textil se define por la concentración de restos de pesas de telar, de distinta tipología, destinadas a tensar determinados hilos verticales que facilitaban el trabajo de trenzado, y de elementos apuntados relacionados con el proceso de dirigir los hilos en el trenzado, con el proceso de acabado de las telas y

la generación de cierres y elementos de sujeción. Además el auge de esta industria textil se podría argumentar también a partir del aumento considerable de los restos de lino recuperados (Rovira, 2007), y aunque a veces se señale también el uso de este para producir aceite (Peña, 1999), no se deben olvidar hallazgos como el de Cueva Sagrada (Lorca, Murcia) que demuestran el uso de los tejidos de lino entre el IV y el III Milenios A.C. (Eiroa, 1987). La intensificación de esta actividad también puede sugerirse por la mayor presencia de ovicápridos hembras sacrificadas a edad muy avanzada desde el Neolítico Final (Riquelme, 1996:233), aunque el interés por aprovechar los productos secundarios (lana, cuero, leche) se constata desde los inicios de la ocupación del yacimiento.

Respecto a la actividad metalúrgica ésta no se constata en el yacimiento, pero los objetos recuperados ya desde el Cobre Antiguo indican que Los Castillejos quedaban inscritos en un circuito de circulación de objetos metálicos a cambio de otros elementos, entre ellos el sílex en forma de grandes hojas generadas también por la presión con palanca que usaba un intermediario con punta de cobre, como hemos dicho (Martínez et al., 2006, e. p.). Más discusión genera la propuesta de que las hojas se usaran para coger los crisoles en los que se había refinado el metal (Nocete et al., 2004b:290-292, 2005:69-71, 2006:42). Además debemos señalar que todos los elementos localizados en el poblado (sie-

rras, punzones, etc.) están relacionados con las actividades productivas cotidianas aunque no falten ejemplos de armas procedentes de la necrópolis, correspondientes ya al Bronce, Pleno cuyo carácter de medio de producción “para la guerra” hemos referido, en combinación con la importancia que estos elementos tenían en la definición de la posición social y su mantenimiento (Cámara, 2001). Las investigaciones arqueometalúrgicas tienden a señalar dos fases en el tratamiento de los minerales de cobre para extraer el metal a través del sometimiento a altas temperaturas (tostado-reducción y fusión propiamente dicha - Montero, 1992; Keesmann et al. 1997; Rovira, 2004), y, éstas, y sobre todo la segunda de ellas, no quedan reducidas a las zonas cercanas a las minas, sino que se hallan presentes también en poblados de gran entidad como Valencina de la Concepción (Sevilla) (Nocete et al., 2008) o Marroquíes (Jaén) (Zafra, 2007:167). En cualquier caso, aun con la presencia de algunos restos de escoria, no existen hasta ahora evidencias de que a Los Castillejos llegaron los elementos metálicos en forma no acabada (mineral o lingotes) que obligaran a la realización de una actividad metalúrgica de importancia, debiéndose pensar más bien que los instrumentos llegaron al yacimiento ya acabados, fuera directamente desde las áreas minero-metalúrgicas fuera indirectamente a través de grandes centros que actuaran de intermediarios. En cualquier caso actividades metalúrgicas de mantenimiento también se realizaron en el yacimiento.

6. EL HÁBITAT

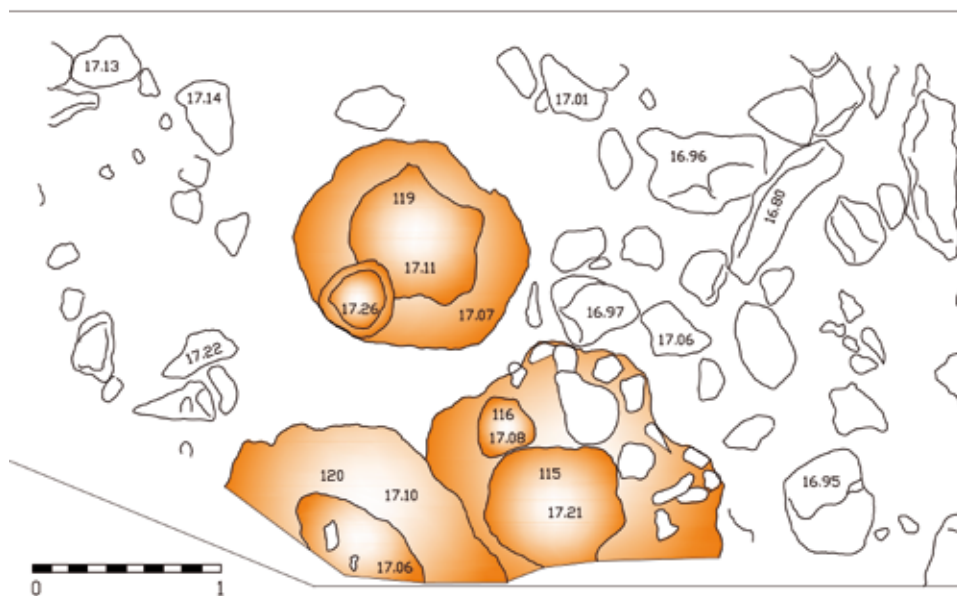


Las estructuras prehistóricas

La ocupación se inicia a fines del Neolítico Antiguo (5400-5000 cal A.C.) con el acondicionamiento del espacio sobre el caos de bloques de roca y la construcción de los primeros hogares. En el primer momento (Fase estratigráfica **1**) de ocupación del poblado de Los Castillejos (5400-5350 A.C.) sobre la zona más honda y aplanada del derrumbe, utilizando tierra natural de tonalidad anaranjada y textura arenosa, se dispusieron un par de estructuras que se han conservado, tras la acumulación posterior, en diferente grado. Así, el gran hogar/horno 119, acompañado en su anillo de barro de un pequeño hoyo destinado posiblemente a sostener un recipiente, se mantiene en uso más tiempo y aprovecha satisfactoriamente la posición de los bloques naturales, incluso para realizar compartimentaciones, habiéndose documentado en relación con él el trabajo de la madera (Sánchez, 2000b). El pequeño hogar 121 se halla muy alterado por estructuras posteriores y es rápidamente cubierto por ellas (120).



Estructuras 112, 114 y 127



Planta fase 2. (La composición de las plantas de fase ha sido realizada con el programa AUTOCAD por Margarita Sánchez y Lilliana Spanedda, siendo el diseño final obra de Fernando E. Salas).

La segunda fase constructiva (**2**) (5350-5300 A.C.) tampoco se halla bien definida y se caracteriza por la continuidad de la estructura 119 a la que se suman en la zona occidental nuevas estructuras, de combustión, en algunos casos claramente relacionadas con el tratamiento térmico del sílex (115) (Martínez, 1985; Sánchez, 2000b), pero también pequeños hoyos para los recipientes (116), así como otras de más problemática definición dadas las limitaciones del área excavada (120), en la que, sin embargo, se han localizado restos de especies sinantrópicas que sugieren el cribado del grano previamente a su consumo (Rovira, 2007:202).

El anillo de la estructura 120 formará parte, en una tercera fase 3 (5300-5250 A.C.), de la estructura 129 que delimita un área semicircular al sur constituyendo un posible banco al que se adosaría el pequeño hogar 130 y el gran hogar/horno 114, de dimensiones más reducidas que el 119 al que se superpone.

En un cuarto momento (**4**), de duración mayor (5250-5150 A.C.) aunque de difícil subdivisión dada la perduración de algunas estructuras, hemos incluido un total de 10 estructuras. Su historia puede sintetizarse en torno al gran hogar/horno 124 situado al noreste, que, perteneciendo en su construcción

a las unidades estratigráficas más antiguas de esta fase (5250-5200 A.C.), convivirá primero 4a con una serie de pavimentos (127, 128) asociados a bancos (113) al suroeste y con un hogar con anillo de barro y piedra al sur (112) y otro al norte (126); para después (5200-5150 A.C.) 4b ser acompañado en el extremo norte por otros grandes hogares/hornos (111), por la transformación del banco (118) al que se asocia un contenedor (117), apareciendo en un momento tardío de esta fase un nuevo banco horadado (110) por diversos contenedores, en la zona en que se situaba el hogar 112, y que comunica con el hogar 110 a través de una plataforma de barro (169), realmente una prolongación del anillo del hogar, mientras al oeste, también desde este momento final de la fase 4, un gran bloque de roca parece haberse utilizado, no sabemos si tras un desplazamiento intencionado o accidental, para apoyar las estructuras, como muestra la utilización de barro para afirmarlo (168), hasta que los estratos llegaron a cubrirlo totalmente ya en los inicios del Neolítico Medio Inicial, nuestro Periodo II.

En la quinta fase constructiva (5150-5100 A.C.) de este Periodo I (5) prácticamente todo el extremo norte y este del área excavada aparece sellado por un pavimento (125) en el que se localizaron agujeros para poste o pequeños contenedores que pueden estar en relación con estructuras pequeñas con

anillo de barro que se sitúan al oeste del bloque de roca referido (106, 108, 109).



Plataforma con hoyos de poste o contenedores.

Este Periodo I acaba con el momento que hemos denominado 6 (5100-5050 A.C.). Si en esos momentos se ha constatado un nivel de abandono del área excavada con aporte de tierra de origen natural, acumulada diferencialmente según la pendiente, la continuidad en la zona de las mismas actividades, tras ese hiatus, sugiere que no se trató de un abandono del poblado sino sólo de un área restringida de éste, aunque las alternancias nivelaciones-hogares/hornos serían en adelante más esporádicas y estas últimas estructuras tendrían mayor entidad.

Fue este estrato uno de los motivos que evitó que en las excavaciones de 1971 y 1974 (Arribas y Molina, 1979a, 1979b) se alcanzaran estos niveles, junto con los riesgos que conllevaba la excavación de un espacio reducido sobre el caos de bloques que precedió a la ocupación inicial del área.

Durante los inicios del Neolítico Medio (5000-4900 cal A.C.) (Periodo II) este espacio seguirá ocupado por estructuras similares (hogares/hornos) y dedicado al mismo tipo de actividades, aunque se aprecian otras construcciones (bancos, pequeños contenedores, hoyos de poste e incluso tabiques con zócalos de piedra). Los cambios, junto a la entidad de la fase stratigráfica 6, fueron considerados lo suficientemente sustanciales, como para definir otro periodo cultural (Afonso et al., 1996) y han sido confirmados por los análisis de los restos carpológicos (Rovira, 2007); sin embargo, las dataciones muestran una duración limitada del periodo que sugiere, como hemos discutido, un hiatus en la ocupación de esta zona del yacimiento (Martínez et al., e.p.). Se trata, sin embargo, de un problema no detectado ni en los análisis stratigráficos (Ramos et al., 1997) ni en los arqueomagnéticos (Nachasova et al., 2007) y que obliga a acortar considerablemente la duración de cada una de las fases, frente a la entidad de las estructuras, para que encuentren correspondencia con las dataciones obtenidas.

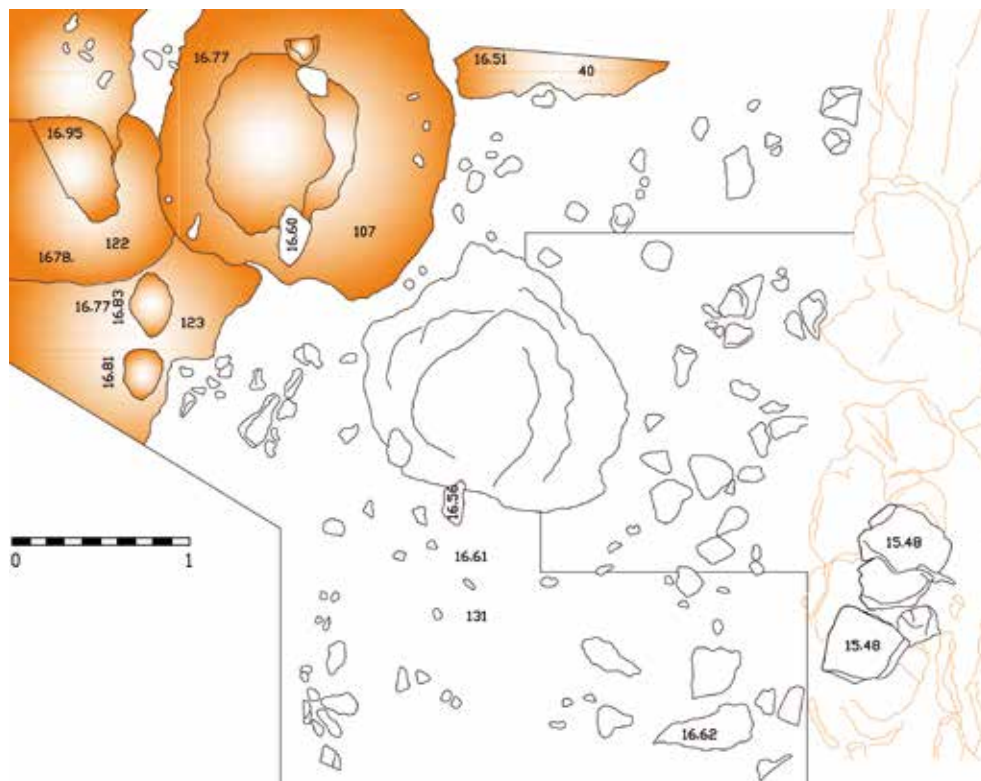
En la primera fase (7) (5050-5025 A.C.) del Periodo II la construcción de un nuevo hogar/horno oval (107) en la zona central del área excavada marcará todo el desarrollo posterior y la superposición de estructuras en ésta, incluso cuando sea sustituido. De nuevo a él se asocia un pavimento horadado por lo que parecen

hoyos para postes (123) al este y restos al sudeste (131 y 166), así como otro gran hogar/horno (122) compartimentado al norte, y un hogar (40) al límite sudeste de la zona excavada completamente relleno de ceniza muy blanca que cabe atribuir a una combustión continuada. Junto a éste otros restos de pavimento (165 y 167) lo unen al hogar 107.



Hogar de barro. Estructuras 111, 124 y 126.

En un segundo momento (8) (5025-5000 A.C.) un banco (102) cubre este gran hogar en una zona norte que tal vez haya sido destinada a otra función al delimitarse por un pequeño tabique (103) del que documentamos su zócalo de pequeñas piedras (103), y en la que también localizamos el contenedor 104, en el que se han documentado abundantes restos cerealísticos (Rovira, 2007:210). La estructura 40 tal vez seguía en uso, aunque a partir de aquí poco es lo que podemos decir de las estructuras del extremo sur incluidas en un área ya excavada en las campañas de 1971 y 1974. Otro extraño contenedor rectangular apareció en el extremo



Planta fase 7.

más occidental (105) y a este no se asociaban restos carpológicos abundantes (Rovira, 2007:210).

En la tercera fase constructiva (9) del Neolítico Medio (5000-4975 A.C.), y de forma progresiva, todo el área noreste queda ocupada por grandes hogares/hornos con tendencia a cerrarse (98, 99, 132), a veces compartimentados (96) y otras veces con evidencia de haber sido parcialmente pavimentada (160) y pre-reestructurados y ampliados (39). Es inte-

resante que sean éstos que han sufrido mayores transformaciones los que mayor cantidad de restos carpológicos han proporcionado (Rovira, 2007:211). En la zona occidental los restos de dos hoyos de poste (101, 137) y otros dos peor conservados (164, 163), alineados con el gran bloque de roca a que ya nos referimos y un cambio sedimentario sugieren los límites del área de hogares, al menos parcialmente pavimentada (160) y presumiblemente comunal.



Hogares rellenos de ceniza. Estructuras 37, 40 y 111

En una cuarta fase estratigráfica (**10**) (4975-4925 A.C.), y mientras la estructura 39 sigue en uso, aunque ampliada, constatamos de forma más precisa los límites del área a través de un pequeño zócalo de piedras con fosa de cimentación (89), y restos de pavimento al este (159) y al norte (161), con un posible hoyo de poste asociado o un contenedor (162) al mismo tiempo que aparecen, dentro de un momento antiguo de esta fase (**10a**) (4975-4950 A.C.), otros hogares/hornos (95, 97) superpuestos sobre los anteriores pero ligeramente desplazados y acompañados ahora de grandes bancos (94) y contenedores (85). Son estos elementos los que, junto al muro referido, marcan la continuidad hacia una segunda sub-fase (**10b**) que no ha podido separarse con claridad (4950-4925 A.C.). En ésta aparece otro pavimento/banco al norte (92) y unas pequeñas estructuras al norte y sur de la 85 (90 y 91 respectivamente), la segunda de ellas destinada a la combustión y sucesora directa de la estructura 39. A la estruc-

tura 92 la acompañaba además un hoyo para poste (93) que marca hasta qué punto se produjeron modificaciones en la reestructuración del espacio que no han podido seguirse en toda el área dadas las pervivencias y las alteraciones de los sedimentos que acompañaban estas estructuras.

En la quinta fase de este periodo (**11**) (4925-4875 A.C.) las estructuras 84 y 86 suponen la herencia de la estructura 94 y constituyen respectivamente un silo y un pequeño banco. Al noroeste, el zócalo de piedras 88 de nuevo separa la zona de hogares/hornos que queda ahora al sur y que incluye la estructura 37 en el límite del área que hemos excavado en estas campañas y asociada a un pavimento (158). En la zona exterior del muro, hacia el norte, la estructura 82 constituye un banco elevado que, como hipótesis, podríamos relacionar con la molienda.

Durante un momento indeterminado de este Periodo II debió construirse el murete de contención sobre los bloques caídos al sur con diversas líneas (34 y 35) y que ya fue identificado más al sur (138) en las campañas anteriores (Arribas y Molina, 1979a). Dada su situación sobre la roca sólo podemos ofrecer un término ante quem para su asignación cronocultural.

Es con el Neolítico Tardío (4200-3800 cal A.C.) cuando, al mismo tiempo



Muro sobre bloques caídos. Estructuras 34-35

que el poblado se expande más allá del abrigo del farallón norte, sobre los niveles más bajos del derrumbe de bloques en la zona sur, la dedicación de la zona excavada cambia, predominando ahora las fosas piriformes a nivel estructural, dedicadas no sólo al almacenamiento de grano sino de otros alimentos, utilizados a veces como basureros y sellados al final a menudo con piedras para evitar el hundimiento de los pavimentos. Éstos, junto con otras estructuras, dejan patente la utilización no comunal sino familiar de estos espacios, lo que se hace particularmente evidente en las chozas adosadas al farallón norte en los estratos correspondientes al Neolítico Final.

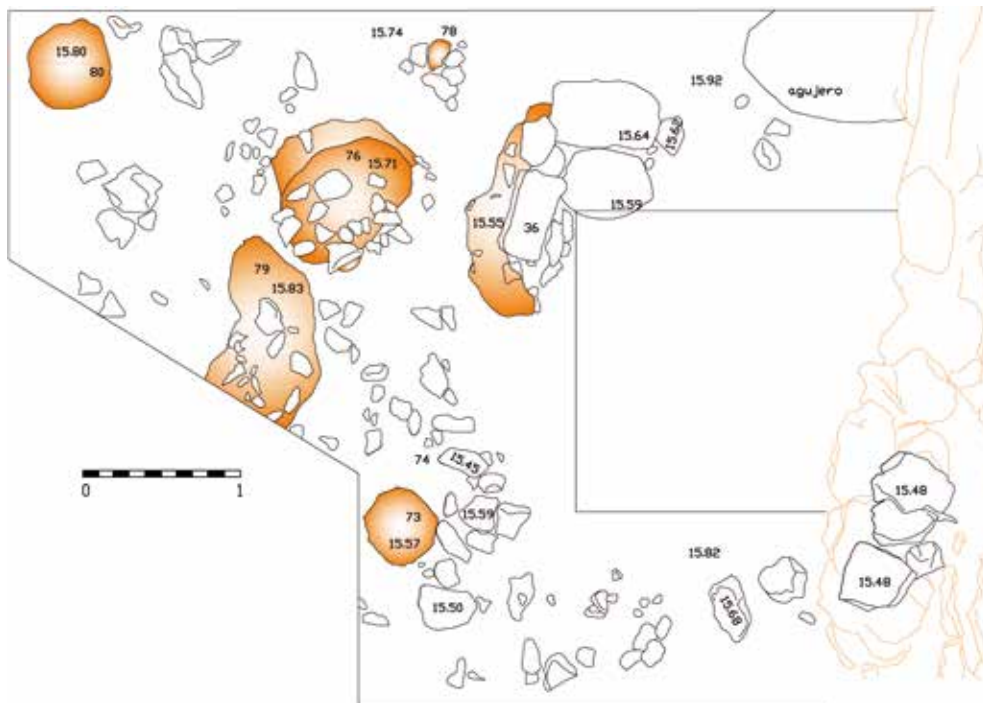
La primera fase constructiva del Neolítico Tardío (12) (4200-4100 A.C.) supone la transición en la transformación del uso del espacio e incluye una gran estructura oblonga de compleja construcción (36) y que presenta fosa,

base o calzos de piedras irregulares y plataforma de grandes lajas de piedra cubierta por dos capas de barro rojo y amarillo. La presencia junto a ella de sílex alterado térmicamente y la misma alteración de los sedimentos parecen mostrar que se trata de una estructura relacionada con la combus-



Foto de la estructura 36.

ción, lo que podría venir apoyado también por la concentración de cereal en torno a ella (Rovira, 2007:218). En el extremo occidental otra plataforma de barro más pequeña y circular (73) se relaciona con un arco de piedras que pudieron servir de banco (74). Al norte otras estructuras definen un área de combustión con un hogar central (76), cuya ceniza se había depositado parcialmente al exterior, junto a un hoyo de poste (78) y un banco/pavimento (79) parcialmente destrozado por las fosas posteriores al oeste. El primero de los grandes silos (80) se sitúa más al norte relacionado con lo que parecen los restos del mismo pavimento.



Planta fase 12



Silo de revoco amarillo. Estructura 81
(a la derecha estructura 37)

En un segundo momento (**13**) (4100-3850 A.C.), este tipo de estructuras, aún de mediano tamaño, se generalizan (75, 81), caracterizándose por grandes revocos de barro amarillento o anaranjado para la impermeabilización (**13a**). Estructuras más problemáticas se sitúan sobre el área de combustión central anterior, especialmente una presunta zanja (72) que parece haberse producido por el hundimiento del piso sobre el silo 81 en el que además se aprecian abundantes arreglos. Se identificaría así una subfase constructiva **13b** en la que aún aparecen

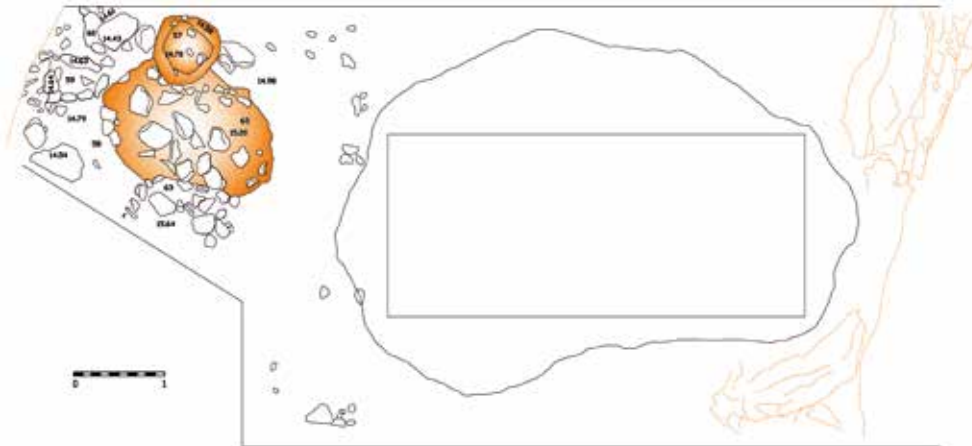
restos de un hogar (66) destrozado por fosas posteriores, aunque parece que a medida que se ganaba terreno al caos de bloques las áreas destinadas a esta actividad se desplazaban hacia el sur, de donde constatamos los restos de un hogar (32) y un contenedor de piedra (31) asociados. Sin embargo hay que decir que es también en esta zona donde al realizarse menos fosas en los estratos posteriores se conservaron mejor los restos de las actividades productivas.

Los últimos momentos de este periodo **(14)** (3850-3600 A.C.) contemplan la generalización de los silos que se cortan unos a otros lo que dificulta la subdivisión de esta fase, aunque en esencia podemos distinguir una serie de silos más antiguos (19, 33, 61, 61, 67, 68, 69, 70) y otros algo más recientes (62, 64).

En el Neolítico Final (3600-3300 cal A.C.) junto a los silos documentamos cabañas adosadas al farallón con su techumbre sostenida por postes.

En un primer momento **(15)** (3600-3450 A.C.) del Periodo IV localizamos un pavimento (58) al que se asocian un pequeño hogar (57) con anillo de barro pero sin fosa y de base plana similar a los documentados después en momentos calcolíticos y dos contenedores (59, 60), el segundo de ellos cubierto. Sin embargo los silos tampoco están ausentes (63, 65) y los revocos siguen siendo especialmente gruesos. Documentamos aquí cabañas adosadas al farallón en forma de chozas con su techumbre sostenida por postes.

En una segunda fase constructiva **(16)** (3450-3100 A.C.), en la que se docu-



Planta fase 15

mentan numerosas estructuras, tampoco hemos podido aislar las evidentes subdivisiones temporales, aunque sí podemos considerar algunas estructuras como más antiguas (16a), correspondientes al denominado Neolítico Final según dataciones y contenidos (3450-3300 A.C.), mientras las más recientes (16b) corresponderían a los inicios del denominado Cobre Antiguo (3300-3100 A.C.). Entre las primeras encontramos restos de pavimentación (54) y bancos (56) al norte, asociados a un pequeño silo (47) y un pequeño hoyo de poste (30) al sudeste, zona a la que ya dijimos debieron trasladarse parte de las actividades, como muestra la presencia de estructuras tipo banco (139) en las excavaciones de 1971 (Arribas y Molina, 1979a:35, fig. 5a).

La articulación entre cabañas y silos deriva en una dispersión de las unidades de habitación, que, junto a la agregación poblacional, al concentrarse en el poblado todos los habitantes de las cuevas (Ramos et al., 1997) que habían estado ocupadas hasta ese momento al menos en determinadas épocas del año como muestran Cueva Negra (Mergelina, 1941-42) o La Cueva de las Tontas (Arribas y Molina, 1977; Torre, 1984), conduce a una ampliación del área habitada que, según los restos de superficie, parece extenderse a los pasillos cársticos inmediatos. Determinados estratos de estos momentos son así el resultado de las remociones de los silos, las regularizaciones posteriores y la utilización para

los desperdicios de los espacios muertos entre los bloques, por lo que a la hora de estudiar la evolución de la cultura material mueble debemos tener en cuenta todos estos hechos.

Si el espacio reducido de la excavación nos impide de momento afirmar la relación entre las diversas unidades de habitación (con sus estructuras anejas) el fenómeno parece corresponderse con otros que hemos constatado en el Alto Guadalquivir (Cámara, 1998, 2001; Cámara y Lizcano, 1996; Lizcano, 1999), ya que tanto allí como en Montefrío, e incluso en el Bajo Guadalquivir, la nueva articulación del poblamiento que responde sin duda a un nuevo sistema social (Vicent, 1990, 1993; Lizcano et al., 1997; Cámara et al., 2008) se produce antes de la dispersión del fenómeno de las "fuentes carenadas" (Martín de la Cruz, 1985, 1986a, 1986b, 1993; Lizcano et al., 1993, 1997; Ramos et al., 1997) con lo que la relación planteada con el Valle del Guadalquivir para estos momentos de la secuencia de Los Castillejos (Arribas y Molina, 1979a, 1979b; Molina, 1983) adquiere una nueva dimensión al implicar no un simple elemento de la cultura material mueble sino la totalidad del sistema de organización social a que responde, una sociedad que hemos denominado "comunitaria" pero que supone, a través de la cohesión y la oposición hacia el exterior, la base de las primeras sociedades de clase, basadas fundamentalmente en la explotación

de los poblados dependientes (Nocete, 1994, 1989; Lizcano et al., 1996, 1997; Lizcano, 1999).

Además, dados los argumentos que hemos referido tanto para este periodo como para el anterior se confirma la no correspondencia entre el inicio de la construcción de los grandes silos y el de la aparición de las primeras fuentes carenadas (Martin de la Cruz, 1986; Lizcano et al., 1993, 1997), cuando sí parece producirse un despegue del poblamiento al aire libre constatado en las cercanas provincias de Córdoba y Jaén (Carrilero et al., 1982; Nocete, 1989; Lizcano, 1999).

Desde el Cobre Antiguo (3300-3000 cal A.C.) se documentan cabañas circulares exentas con zócalos de piedra y alzado de cañizo revestido de barro, equipadas con bancos de piedra y algún hogar rodeado por un anillo de barro.

Como hemos dicho ya en un periodo (V) considerado Cobre Antiguo, durante una subfase (**16b**) (3300-3100 A.C.), todo el espacio del área excavada queda ocupado por silos tanto al oeste (18, 20, 23), como al norte (44, 46, 53, 55) o al este (24, 25, 26) lo que sugiere un área especializada dentro del poblado. Los silos una vez abandonados son sellados con piedras que los colman perfectamente (24), o rellenos con basura (41), lo que hace que contengan abundante material, dándose el primer caso en las zonas que no

van a ser utilizados para la realización de nuevos silos sino para otras actividades de las cabañas. Se pretende de esta forma evitar el hundimiento de los pisos de éstas pero el estudio estratigráfico muestra que pese a todo, y a la larga, fue éste el proceso que más influyó en la inclinación de los estratos superiores de la secuencia de Montefrío. La continua sucesión de silos cortándose unos a otros puede contribuir a la mezcla parcial de material, sobre todo si la tierra producto de la excavación de algunos se arrojó como material de relleno de otro, aunque también a determinar de forma parcial su secuencia constructiva.



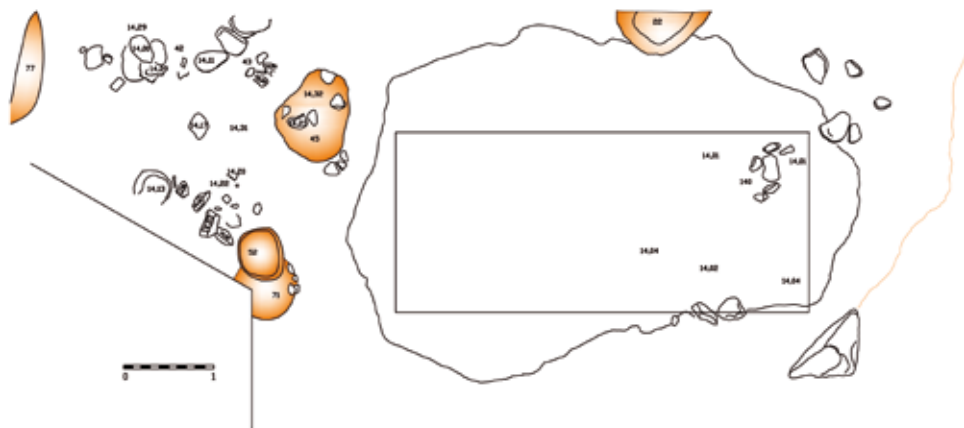
Estructura 26. Silo del Cobre Antiguo

En estos momentos los revocos, cuando se conservan (18, 24, 26, 44), ya no son tan potentes lo que repercute en una mayor capacidad de éstos. Sólo en el caso del silo 25 adosado al farallón sur constatamos la existencia de una cantidad importante de grano.

A estas fases podría adscribirse un hogar (208) de 1,20 mts. de diámetro externo localizado en el corte 3 durante la campaña de 1974 aunque la lejanía al área oriental de las excavaciones (cortes 1c/6, 1a, 2 y 7) obliga a manejar esta adscripción con cuidado.

En la segunda de las fases estratigráficas calcolíticas (17) (3100-3000 A.C.) ya documentamos la presencia de hoyos de poste (43) relacionados con la presencia de estructuras de vivienda adosadas al farallón en el sector nororiental. Tal situación viene confirmada por la documenta-

ción de un hogar (22) con un anillo muy mal definido al situarse cerca de la zona afectada por la actividad de los furtivos y en el límite centro-oriental del corte. Más al noreste documentamos una estructura semicircular, aunque al este sigue más allá de la zona excavada, y que caracterizamos como banco (42), formada por un conjunto de piedras de tamaño mediano y grande dispuestas de forma irregular y limitando una tierra apisonada que forma el banco en sí. En torno a esta estructura se ha planteado el cribado o limpieza de leguminosas (Rovira, 2007:227). El conjunto de estructuras se completa con varios silos, algunos de ellos en su mayor parte sin excavar (41 y 71), si bien merecen descarse el silo 52, de pequeño tamaño, por su revoco amarillento y su piedra plana que sirve de tapadera, y el silo 45 en el que se ha documentado el relleno intencional de piedras, una vez fuera de uso, para evitar el hundimiento del pavimento



Planta fase 17

de la vivienda. En la unidad estratigráfica N78 se ha documentado una gran concentración de especies sinantrópicas que sugieren el cribado del cereal (Rovira, 2007:227).

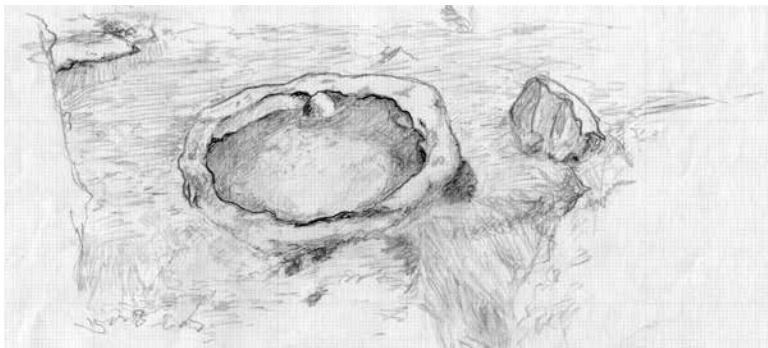
En las cabañas correspondientes al Cobre Pleno (3000-2600 cal A.C.) se han podido documentar hogares y elementos relacionados con la actividad textil.

La primera fase constructiva del Periodo VI (**18**) (3000-2750 A.C.) no presenta en el área excavada ninguna estructura identificable, ya que habiendo sido cortados sus niveles por la realización de las cabañas posteriores sólo se han conservado al norte. Sin embargo la misma disposición de sus niveles sugiere que ya en estos momentos las viviendas debían ser exentas tal y como sugería la disposición central del hogar 22 ya descrito en el periodo anterior. Un aspecto importante es que, también aquí, en la unidad estratigráfica N149 se ha documentado una gran concentración de especies sinantró-

picas que sugieren el cribado del cereal (Rovira, 2007:228).

A la segunda de las fases constructivas distinguidas en este periodo (**19**) (2750-2600 A.C.) corresponden los tramos de zócalo documentados en el extremo norte (11 y 51) y el suelo de ocupación definido por la deposición de los recipientes (133), así como el cierre de la vivienda al sur (141), según los restos documentados en las excavaciones de 1971.

Las viviendas circulares se siguen usando en el Cobre Tardío (2600-2400 cal A.C.) y de hecho contamos con más datos que respecto a las estructuras de la fase constructiva **20** (2600-2500 A.C.). De esta forma en el interior de la casa que se sitúa al noreste, y en cuyo extremo oeste localizamos los cuernecillos referidos, se documentó un hogar de anillo de barro (15) al límite de la zona alterada por los furtivos y desplazado con respecto al supuesto centro de la cabaña, de cuyo zócalo hemos localizado algunos restos (16), si bien hemos de decir que la buena

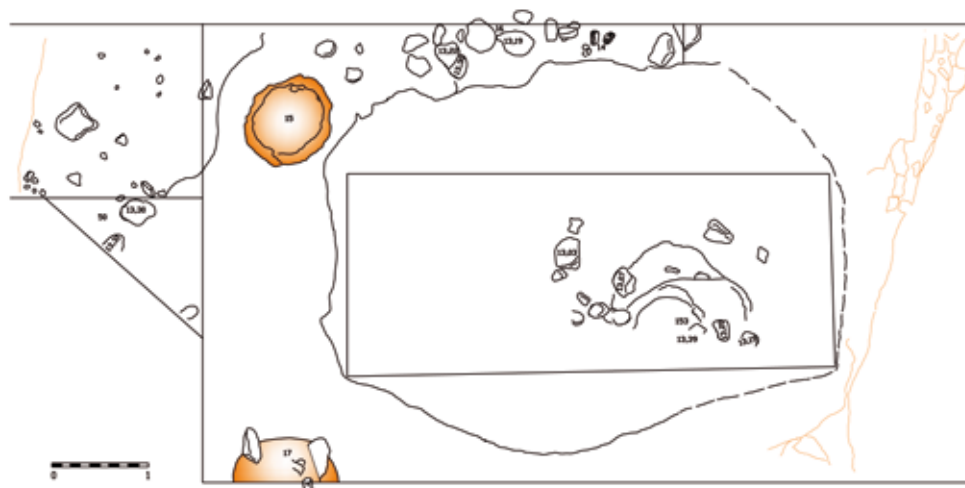


conservación del piso de ocupación (134), con barro apisonado en algunos puntos, ha permitido definir los límites de la vivienda al norte y noroeste situándose en el área más meridional de ella diversas estructuras como un contenedor (14) y un hogar mucho peor definido y localizado en la campaña de 1971 (146) y que si tenemos en cuenta la posición de un posible resto de zócalo (50) al sudeste se situaría también en un área periférica de la cabaña. Otro posible hogar (17) perteneciente a una cabaña vecina estaría dispuesto también en situación perimetral, aunque no podemos asegurarlo dado que queda en el perfil occidental (S5) bajo los niveles excavados del Sector D. Esta tipología de estructuras de combustión estaba documentada hasta ahora sólo en el Sudeste (Arribas et al., 1987, Molina et al. 1986, Torre et al.

1984, Moreno, 1993), pero también se da, según recientes excavaciones, en la provincia de Jaén (Pérez et al., 1990), y, en definitiva halla sus precedentes en los hogares/hornos comentados en los niveles del Neolítico Antiguo y Medio.

A este periodo han podido adscribirse también los restos de un zócalo (154) delimitado por una doble línea de piedras de unos 60 cm de anchura en el antiguo corte 7. Aquel define una vivienda en el extremo occidental del corte con el interior hacia el norte, y que parece estar en uso desde momentos anteriores (19 y 20).

Los restos documentados en el corte 3 deben manejarse, como se ha dicho, con un mayor cuidado, dada su lejanía al corte 6 en base al cual se ha revisado



Planta fase 20

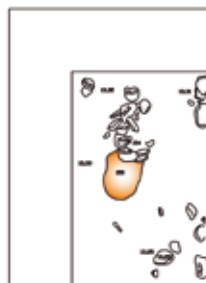
la periodización, sin embargo podemos adscribir a la fase estratigráfica **20** los restos de un zócalo (206) con dos líneas de piedras en el extremo septentrional, con unos 70 cm de anchura máxima y un posible hogar (207) que también aquí se sitúa en posición periférica respecto al centro de la vivienda, junto al referido zócalo.

Aun más alejados están los restos del corte 4a cuya correlación se ha intentado sobre todo en base a los materiales recuperados, teniendo en cuenta además que en ese área se situaban los restos de la Edad del Bronce localizados en el poblado lo que, como veremos, conduce a la documentación en ella de niveles posteriores a los integrados en la fase estratigráfica 24. Hemos adscrito a esta fase un tramo de zócalo al sudeste (228).

En un segundo momento constructivo (**21**) (2500-2400 A.C.), a la presencia de un gran silo piriforme (28) en el extremo sudeste del área excavada hay que sumar la documentación en la zona sur de un pequeño hogar delimitado por piedras (146) en la campaña de 1971 y la presencia más al norte de un posible banco (152) según la documentación de la campaña de excavaciones de 1974.

Respecto a la fase constructiva **22** al interior de la cabaña que se ha podido excavar en mayor extensión en el sector D, antiguo corte 2, logramos determinar

la existencia (fig. 6) de diversas estructuras, como un contenedor (10), un hoyo de poste aproximadamente central (9), un banco de piedras pequeño (13), el zócalo que la delimitaba (12/21) e incluso un pequeño tabique interior (100) cuya continuidad no ha podido seguirse en los resultados de la cam-



Planta fase 22

paña de 1971. Los restos de suelo de ocupación que nos han llegado (135), en realidad un derrumbe inferior apisonado, sirven también para delimitar la vivienda. Al sudeste ni siquiera hemos podido ampliar los datos de las excavaciones de 1971-74 debido a la acción de los furtivos. De tal forma podemos sugerir que los restos estructurales documentados en la zona en 1971 deben corresponder a un banco (147), sobre todo si suponemos que se mantiene la disposición de las viviendas anteriores y tenemos en cuenta la localización en los perfiles inmediatos a la zona destruida por los furtivos de un suelo de ocupación bien definido (136).

Podemos adscribir a esta fase constructiva un posible hogar (154) y los restos de pavimento blanquecino (155) documentados en el corte 7 durante la campaña de 1974 y que podían estar relacionados con una fase posterior de la vivienda ya referida cuyos nuevos límites no se documentaron.

En el corte 3 se definió parte de una gran vivienda, de al menos 7 metros de diámetro externo que podría situarse entre las fases constructivas **21** y **22**. En ella se pudo determinar un gran zócalo (200) que tal vez constara de una puerta en el extremo noroeste en la fase constructiva **21** cuando además documentamos un posible banco cercano a ella (205) que posteriormente pasa a ser inutilizado. Diferentes hoyos de postes (201, 202 y

204) pudieron estar en uso en ambas fases cerca de la posible puerta indicada, sin embargo ésta no ha podido ser documentada con claridad ante su posible cegado y la erección de un nuevo poste (203) en la zona en un momento más avanzado (fase estructural **22**).

En el corte 4a de nuevo aparecen niveles que tal vez puedan relacionarse con momentos previos al desarrollo de la Edad del Bronce en Los Castillejos. De hecho con esta fase estructural hemos relacionado los restos de pavimento (226) y de posible zócalo (227) localizados en el pequeño sondeo realizado en el extremo sur del corte, quedando esta última estructura en el perfil norte de éste.

En el Cobre Final (2400-2000 cal A.C.) se erigió el primer muro de cierre al este del poblado, aunque de hecho, en el Periodo VIII, la fase **23** se abre con la construcción en primera instancia (**23a**) de un gran muro (4) en el extremo oeste del área excavada (2400-2300 A.C.), en los límites del antiguo corte 2, que muestra como incluso en las áreas de vivienda los zócalos se hacen más importantes tal y como se había sugerido en anteriores intervenciones (Arribas y Molina, 1979a, 1979b), y cuya continuidad podría venir reflejada en tramos documentados en las campañas de 1971 y 1974 (150), quedando la zona interior al noreste del ahora denominado Sector D.

En la subfase **23b** se erigió el primer muro de cierre (2300-2150 A.C.), según los datos actuales, al este del poblado (1) documentado también en el corte 1a durante la campaña de 1974, si bien es ésta la zona de la secuencia más afectada por la actividad de los clandestinos que realizaron una gran covacha bajo este muro (1) aunque al norte se han podido definir los estratos del gran incendio que afectó a todo el poblado, tal y como se documentó en las campañas de 1971 y 1974 (Arribas y Molina, 1979a, 1979b). Al mismo tiempo el gran muro 4 debe seguir en uso al tiempo que su tramo meridional (150) no se reestructura, extremos que no hemos podido confirmar en base a la documentación de 1971 que si muestra dos bancos (148 y 149) al interior de la zona definida anteriormente por el muro 4.

Quizás con este momento se puedan relacionar determinados restos de muros o tabiques de adobe en el corte 4a (224) y la presencia de pavimentos asociados a ellos (225).

Más sorprendentes son, dentro del área excavada en 1991-94 en el corte 6, los posibles restos de un hogar muy mal definido (49) en una última subfase (**23c**) en los momentos previos al gran incendio que pone fin a este periodo cultural (2150-2000 A.C.), en el que también sugerimos que se pueden situar determinados restos, como el muro 223, del corte 4a.

La muralla de cierre fue reestructurado en el Bronce Antiguo (2000-1800 cal A.C.), en lo que configura el Periodo IX, del que en el corte 6 apenas hemos podido documentar la reestructuración general del gran muro de cierre (1) y las estructuras que se le adosan (2), alguna



Planta fase 23b Incluyendo los cortes 1a, 1c/6 y 2

de las cuales (48) parece ser de habitación en el Sector Cb donde no se ha profundizado en la excavación, lo cual podría explicar la presencia de fosas/silos (143 y 144) y posibles bancos (145) en las excavaciones de 1971. Se puede señalar desde el periodo precedente, por los incendios y la continua remodelación del muro, una amplia inestabilidad social que acompaña las transformaciones socioeconómicas y ecológicas del II milenio A.C.

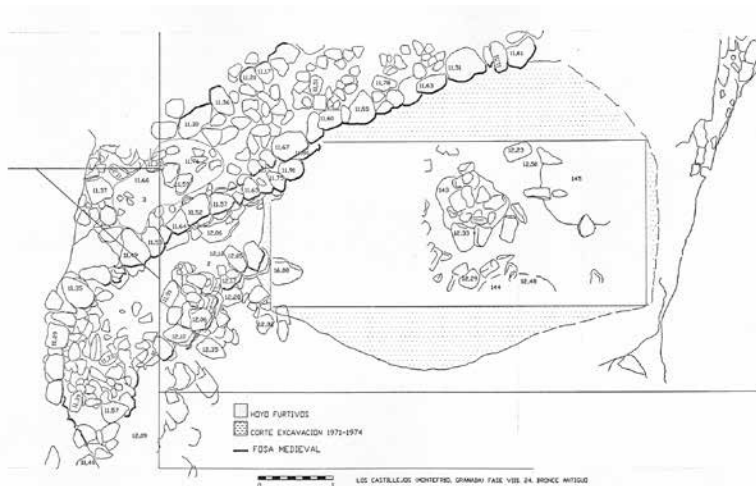
En cualquier caso en la zona occidental del poblado se pueden distinguir varias fases constructivas que para mejorar la correlación con el corte 6 (Ramos et al., 1997) hemos integrado en la fase constructiva **24**, aunque distinguiendo diversas subfases, la primera



Foto muro de cierre. Estructura 1

de las cuales (**24a**) es la que relacionamos con los restos del corte 1c/6. En esta subfase incluso se podría distinguir una pequeña reestructuración de un gran muro situado al oeste (221) hasta el punto que el momento mejor documentado supone la realización de una modificación en forma de puerta (unidad estratigráfica construida C244), aunque también podría suponerse que la línea precedente (unidad estratigráfica construida C245) actuara a modo de escalón dado el apisonamiento de los niveles que la acompañan a su interior. Un posible hoyo de poste (222) completaría el panorama de esta subfase estratigráfica en una zona muy afectada por silos posteriores.

Estos silos (216, 217 y 229) podrían formar parte de la fase estratigráfica **24b**, en la cual se sitúa un zócalo al oeste (218) que define un interior hacia la zona oriental del corte 4a, y lo que podría ser una compartimentación a partir de un muro (219) en arco con



Planta fase 24

interior hacia el oeste, de unos 45 cm de diámetro y junto al cual se dispone un hoyo de poste (220).

En la subfase **24c** la presencia de los zócalos 213, de unos 50 cm de anchura y definiendo el interior hacia el oeste, y 212, al parecer de dirección contraria, confirma que las fosas/silos antes señaladas no son posteriores, extremo que no podemos señalar con tanta seguridad en relación con las fosas 214 y 215, situadas a partir de esta subfase estratigráfica.

En el corte 11 determinados restos constructivos (muros 209 y 210) podrían pertenecer a estos momentos o a las fases históricas, pero la línea adosada a la roca al sur (211) habría que conectarla con las estructuras de contención neolíticas antes referidas.

Las estructuras ibéricas y romanas de Los Castillejos

Periodo X. Tras las primeras excavaciones realizadas por C. de Mergelina se constató la importancia del asentamiento ibérico y romano en Los Castillejos, documentándose diversas estructuras de habitación, que en algunos casos incluyen cisternas, al interior de una zona defendida por una doble muralla. El doble recinto defensivo se construyó a lo largo de un amplio

período como queda demostrado por la utilización de sillares de la muralla más antigua en la construcción de la más reciente y exterior (Mergelina,



Muralla romana. Foto Miguel Ángel Blanco

1945-46), aunque la cercanía entre ellas y la entidad de la más antigua sugiere que en el último momento se usaron ambos recintos a la vez.

La muralla más interior que cierra al oeste el poblado romano de Los Castillejos incluye un lienzo y dos bastiones cuadrados de tamaño diferente, todo ello formado por sillares bien escuadrados pero de tamaño desigual, encajados a distintas alturas, almohadillados al menos en las hiladas de base, y afirmados por grapas de plomo.

Durante las campañas realizadas durante los años 1971 y 1974 se volvió a actuar en la zona en que mejor se conservaban las estructuras ibéricas y romanas que se superponían al relleno prehistórico. Esta área, denominada



Situación de las distintas áreas de intervención

C, incluía calles perpendiculares y grandes viviendas con espacios descubiertos y muros de entidad, y en ella se han documentado al menos tres fases constructivas enmarcadas cronológicamente entre el final del siglo II a. C. y finales del I a. C (**25a**, **25b** y **25c**).

A la última de ellas debe corresponder (fase constructiva **25c**) la fosa documentada en el extremo occidental del corte 6, antiguo corte 7, y una posible estructura (142) ya referida en las publicaciones anteriores (Arribas y Molina, 1979a:39, fig. 7).

La excavación del área C del asentamiento puso al descubierto un hábitat que despliega, en el pasillo geológico creado por dos farallones rocosos, un urbanismo de trazas regulares en el que se articulan espacios públicos, fundamentalmente calles y una serie de construcciones de planta cuadrangular y función privada. Estas últimas se agrupan en siete complejos estructurales (CER), de los cuales los números 1, 2 y 3 fueron excavados, en su mayor parte, durante las campañas de 1971 y 1974; quedando reducida la intervención reciente a la limpieza de las estructuras emergentes, a la

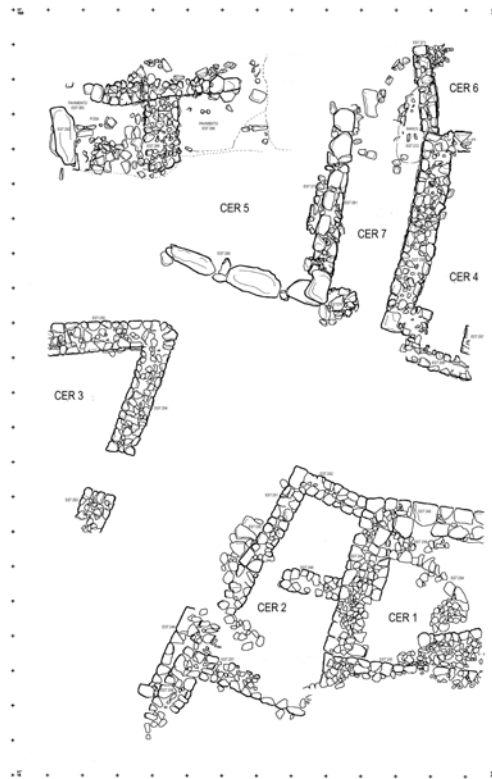
excavación de los testigos dejados en aquellas campañas y a la regularización de los perfiles.

Complejo Estructural 1 (CER 1)

Se trata de una habitación de planta cuadrangular en la que, hasta el momento, no se ha encontrado ingreso alguno.

El aparejo de los muros perimetrales está compuesto por un mampuesto plano de piedras de tamaño mediano y grande, trabadas con un mortero de barro, que siguen un esquema general de alternancia de yagas. Es de destacar el acabado de las esquinas en las que se observa el uso de sillares/sillarejos escuadrados a modo de piedra angular. Por otro lado, la estructura 243 se distingue de las otras no por cambiar el aparejo sino por tener carácter albarrano, adosándose, al menos en su base, a la roca del farallón Sur.

El CER 1 está dotado de diversas estructuras entre la que es de destacar la 235. Consiste en un poyete/banco de piedra adyacente a los muros que constituyen la esquina NW del edificio (244 y 245) cuya función es difícil de determinar. Se proponen dos posibles usos de la misma. La primera interpretación, realizando una lectura directa de sus formas y dimensiones, concibiría esta estructura como un pequeño banco construido contra los muros. La segunda interpretación, más difícil de demostrar pero igualmente



Planta poblado romano

probable, vería esta estructura como el arranque de una escalera que diera acceso a un piso superior.

Complejo Estructural 2 (CER 2)

Está constituido por dos habitaciones de planta cuadrangular. Al igual que el CER 1, una de sus estructuras perimetrales se adosa al farallón rocoso (247). Tiene

su entrada orientada al NW y ésta está formada además de por el vano por un umbral de pequeñas piedras (250).

El aparejo de las estructuras murarias está compuesto por mampostería de piedras de pequeño y mediano tamaño trabadas con argamasa de barro dispuestas alternando yagas.

Complejo Estructura 3 (CER 3)

De esta construcción sólo se conservan tres de los muros que lo componían (253, 254 y 255), por lo que resulta difícil definir la planta de la misma, aunque la presencia de una esquina avala la hipótesis de que tuviera planta trapezoidal. La estructura 253 ha sido muy afectada por una gran fosa, posiblemente resultado de las excavaciones de Mergelina o Tarradell, restando únicamente el extremo nororiental de la misma que forma uno de los laterales del ingreso al edificio.

El aparejo de los muros es similar a los descritos anteriormente.

Complejo Estructural 4 (CER 4)

Está constituido por una habitación cuadrada con puerta abierta la SW integrada por un umbral de doble hilera de piedras (258) y vano enmarcado por jambas perfectamente escuadradas. El aparejo de sus paredes está compuesto por piedras de pequeño y mediano tamaño trabadas con mortero de barro dispuesta según un patrón de alternancia de yagas. En este

CER 4 también están trabajadas a modo de sillares las piedras que forman los ángulos de la entrada.

Se trata de una edificación de funcionalidad doméstica como atestigua la presencia, por un lado, de pesas de telar y fusayolas y, por otro, de un conjunto de platos, tapaderas y ollas apiladas sobre el suelo y cuya disposición fue preservada por un incendio.

Complejo Estructural nº 5 (CER 5)

Es el de mayor superficie de todos los definidos en el área de excavación. Las diversas estructuras que lo integran se organizan a partir de dos plataformas situadas a distinto nivel. En la construcción de sus muros se emplean dos técnicas edilicias diferentes.

La primera técnica constructiva emplea un aparejo formado por una sola hilada de piedras de gran tamaño, no desbastadas, que tienen un aspecto rústico y que pueden constituir, bien el basamento de un alzado de tapial, bien los cimientos de un muro para contener los rellenos que permitan igualar o aminorar las diferencias de altura de los dos planos de suelo. Presentan este tipo de disposición las estructuras 260 y 262.

La segunda fábrica está representada por una mampostería de piedras de diversos tamaños unidas con una argamasa ligera de barro y dispues-

tas según un esquema de alternancia de yagas. Esta técnica se usa en las estructuras 261, 264 y 265.

En este complejo estructural se definen dos ámbitos claramente diferenciados por su funcionalidad, un espacio industrial y otro doméstico. El primero de ellos es posiblemente una zona de molienda ya que se recuperaron en el plano más elevado un par de fragmentos de la parte superior de un molino de cereal. En el espacio doméstico se recuperaron materiales relacionados con el servicio de mesa y el procesado de alimentos, además de una moneda de bronce.

El carácter artesanal de las actividades realizadas en este ámbito puede justificar el grosor de los muros, incluso los medianeros (265). Los muros han de soportar no solo las presiones y tensiones ocasionadas por el peso de la techumbre sino también las que producen los soportes de la maquinaria del molino.

Destacar que sobre la estructura 264 se proyectan la mayoría de los entalles realizados en la pared del farallón y que han sido interpretados como soporte de las vigas de la techumbre.

Complejo Estructural 6 (CER 6)

Hasta el momento sólo se ha documentado la estructura muraría prime-

tral, 267, y un pequeño pavimento de piedras (268), asociados a una gran ánfora que copia modelos púnicos más antiguos. El aparejo de la estructura 267 está formado por piedras de pequeño y mediano tamaño unidas con un cemento ligero de barro y alternando yagas.

El CER 6 se desarrolla hacia el este permaneciendo la mayor parte del mismo sin excavar. Al igual que en el CER 5, se asocian a este complejo estructural un conjunto de rebajes circulares practicados en la pared rocosa y que podrían ayudar a mantener las vigas del techo. De manera provisional, dado la escasa superficie excavada, se puede plantear que la funcionalidad de este recinto, aun siendo doméstica, tenga que ver con el almacenamiento.

Complejo Estructural 7 (CER 7)

Sólo la estructura 270 fue construida para configurar el espacio de este complejo estructural, las restantes estructuras que lo conforman existían con anterioridad y son reaprovechadas para la definición de una nueva área doméstica de almacenamiento y procesado de alimentos. Así lo atestigua la presencia de un poyete (272) sobre el que se situaban, al menos, dos vasijas cerámicas, una de las cuales se apoyaba sobre un gran soporte de carrete siendo la otra una olla decorada con bandas bícromas.



**Foto poblado romano.
Foto Miguel Ángel Blanco.**

Es probable que los CER 5 y CER 7 formen parte de un mismo Grupo Estructural.

Fases Constructivas

Se ha documentado la existencia de al menos tres fases constructivas que se suceden en el tiempo y que dan, como resultado de un proceso de crecimiento orgánico, el trazado urbano que se ha descrito. En el último momento todos los

complejos estructurales estuvieron en uso significando el período de máxima ocupación del espacio edificable.

1ª Fase constructiva romana (25a)

En esta fase, como es lógico, se sientan las bases del urbanismo de esta zona del asentamiento. Pertenecen, sin ninguna duda, a esta fase los complejos estructurales CER 1, CER 3 y CER 4. Es bastante probable que la estructura 261 del CER 5 también forme parte de la misma.

Como consecuencia de la actividad edilicia en esta fase el urbanismo del área excavada se organiza en torno a dos calles que discurren en dirección NE-SE, y que son paralelas a los farallones rocosos, apareciendo otra perpendicular a éstas orientada NE-SW.

El CER 3 da cara a la vía NE-SW. La fachada del CER 4 se abre a la más meridional de las calles orientadas NW-SE y su trasera a la más septentrional que discurre paralela al farallón N.

Es bastante probable que el ingreso al CER 1 dé a la misma calle que el del CER 4, pero no ha sido localizado en el área excavada.

2ª Fase constructiva romana (25b)

En este momento fueron edificados los complejos estructurales CER 2 y CER 6. En esta fase se cierra la vía más septentrional de las orientadas NW-SE y se modifica el esquema urbanístico dise-

ñado en la primera. Las nuevas edificaciones se adosan a las preexistentes y se apropian de espacio público.

Existen evidencias en el CER 3 de que a la esquina NE de la estructura 254 se adosa otro muro, aunque áquel fue destruido o muy afectado por las excavaciones de C. de Mergelina.

3ª Fase constructiva romana (25c)

Pueden asignarse a este periodo los complejos estructurales CER 5 y CER 7.

En esta fase se mantiene el diseño urbano creado en la anterior, no obstante, se construye una nueva serie de estructuras y se crean ámbitos nuevos. También se dedica a uso doméstico la parte norte de la calle NE-SW con la erección de la estructura 270.

La estructura 261 del CER 5 presenta ciertos rasgos constructivos que permiten afirmar que existía ya en la primera fase, configurando con un muro, desaparecido y que tendría un trazado similar al de la estructura 260, la esquina suroriental de un complejo estructural cuya fachada daría a la calle más meridional orientada NW-SE.

Cronología de las distintas fases constructivas de la ocupación romana en Los Castillejos

Atendiendo a la tipología de los objetos cerámicos recuperados en la excavación, así como a una moneda similar a las des-

critas por C. de Mergelina como acuñaciones de Obulco (Mergelina, 1946:24, LÁM. XIV), la ocupación romana del asentamiento tiene lugar en la segunda mitad del siglo II A.C. y en la primera del siglo I A.C. Después de esta época se produce un abandono o una incidencia mínima de la presencia humana en el poblado. Avalaría esta tesis la escasa representación de la cerámica específicamente romana, en especial de la Terra Sigillata de origen itálico o sudgálico, hecho este que contrasta con su abundancia en establecimientos de tipo villa situados en las inmediaciones de Las Peñas de los Gitanos.

La presencia romana está plenamente atestiguada a finales del siglo IV D.C., pues se ha recuperado un conjunto de monedas, de las cuales, al menos una es de Teodosio I, acuñada en Antioquía. Otro tesoro de objetos de bronce que contenía monedas de la misma época fue hallado en el túmulo del Dolmen nº 14 durante la campaña de 1971-74 (Ferrer y Rodríguez, 1978).

Periodo XI. En la fase constructiva **26** diversas fosas medievales (3, 5, 8 y 151) afectan a los niveles más superficiales de esta zona de Los Castillejos, especialmente en el extremo oeste del área excavada, el antiguo corte 2, debiendo resaltarse que inmediatamente al oeste de éste estos niveles habían sido totalmente excavados por la zanja de Tarradell (1952). Este periodo en Las Peñas de los Gitanos será tratado en otro capítulo de este libro.

7. LA NECRÓPOLIS PREHISTÓRICA



Al menos desde finales del V milenio A.C., y de forma progresiva, se generaliza en toda Europa Occidental un nuevo ritual funerario en el que los cadáveres son inhumados en tumbas más o menos monumentales cubiertas por túmulos de piedra o tierra, y que en los casos más populares constaban de una estructura central construida con grandes bloques de piedra y a veces un corredor de acceso desde el exterior. En general todas ellas se incluyen bajo la denominación de monumentos megalíticos, consten o no de grandes piedras. En un momento más avanzado, de mediados del III milenio aproximadamente, se les asocia la inhumación colectiva (Scarre, 2008).

En la construcción de estos monumentos es frecuente el uso de cuñas de madera para ayudar a extraer los ortostatos (lajas de piedra apoyadas normalmente sobre su lado más estrecho), de instrumentos de piedra y abrasivos para trabajarlos, de rodillos y rampas para desplazarlos y, a menudo, de cimentaciones excavadas para facilitar la erección y el soporte de las presiones. Fueron técnicas frecuentemente usadas en la erección de los grandes megalitos europeos, pero en el caso de los megalitos de Montefrío el desplazamiento de los bloques fue mínimo, pues las losas en muchos casos fueron extraídas al cortar el banco de roca para crear una gran fosa que formaría la base del monumento, revistiéndose sus lados con bloques de piedra que formarían

sus paredes y rellenándose de tierra los espacios libres que quedaran al exterior. En ocasiones la estabilidad estructural del monumento se reforzaba con la construcción de tirantes que soportaban las fuerza laterales ejercidas por los ortostatos. Posteriormente la cubierta se desplazaba a ras de suelo y finalmente se cubría todo el conjunto con un pequeño túmulo.

La disposición de estas sepulturas es diversa, variando desde las grandes necrópolis situadas junto a los poblados a la dispersión de tumbas por las crestas de las montañas o a lo largo de valles fluviales. En ambos casos, aunque de forma diferente, lo que se persigue es reforzar la cohesión comunitaria y justificar la situación social en que se vive, incluyendo la delimitación y apropiación del territorio legitimada por la presencia en él de los ancestros agrupados en las tumbas según los linajes a que pertenecían (Cámara, 2001). Los monumentos cercanos a los asentamientos, a la vida, enfatizan lo oculto (subterráneos, compartimentaciones, etc.), los lejanos la visibilidad. En este sentido las tumbas erigidas secundariamente en los espacios intermedios pueden perder parte de su vistosidad en favor del hecho de que su adición al grupo ayuda a la configuración del escenario ritual (Blas, 1983).

Las nuevas hipótesis tienden a explicar el Megalitismo como una forma de expresar, junto a otras, las desigualdades que se van produciendo en la sociedad,

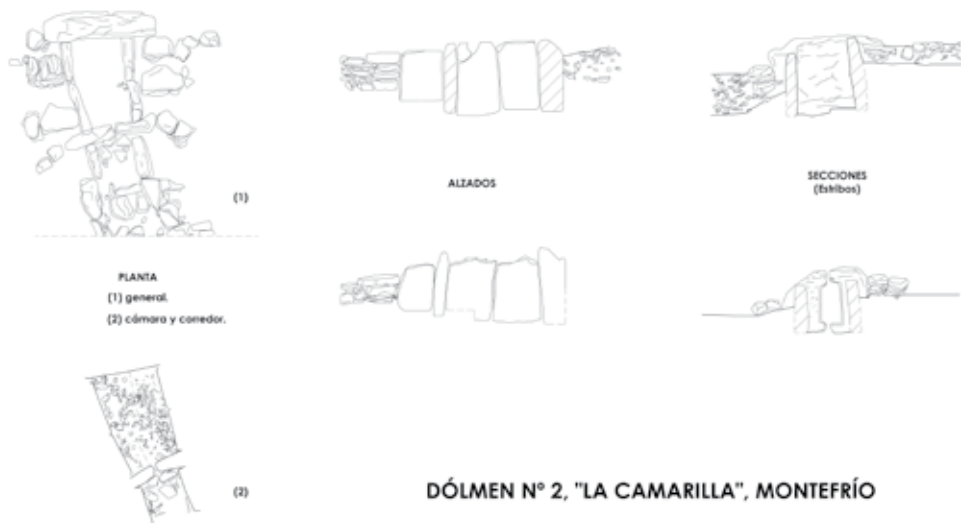
desde la acentuación de la explotación de las mujeres y los niños que acompaña al Neolítico (Shanks y Tilley, 1982), hasta la presión sobre comunidades vecinas (Sherratt, 1990) o el desarrollo de las clases sociales (Tilley, 1993:50). En cualquier caso de las tres funciones, profundamente ligadas, que puede desempeñar el ritual, como formalización de la ideología: afirmación de la propiedad, fomento de la cohesión social y exhibición o enmascaramiento de la desigualdad, sólo en determinados casos, cuando se estudia el fenómeno megalítico, se pone el acento sobre la última y se refiere el conflicto y una renegociación del poder, existente desde momentos antiguos, que por ejemplo podría ser relacionada con el abatimiento de menhires decorados y su reutilización en sepulcros como Table dels Marchands (Locmariaquer, Morbihan) (Kirk, 1993:207-208), aunque también se ha referido el aumento de la importancia de ciertos personajes (Le Roux, 2003:382).

La mayor parte de los análisis destinados a desentrañar las formas en que se reproduce la desigualdad se han preocupado de referir el proceso de clasificación de las personas que tiene lugar cuando son excluidas de los lugares donde se desarrollan ceremonias que, incluso, ideológicamente, se presentan como desarrolladas en beneficio de toda la comunidad. Se excluía a determinados sectores de la sociedad de los sonidos (narraciones)

y movimientos (ceremonias) (Thomas, 1993; Richards, 1993; Hodder, 1998) que tenían lugar en determinadas secciones de los monumentos, respecto a un exterior alejado (Barrett, 1990) pero especialmente en su interior, y que, a menudo, implicaron la reordenación y el traslado de los restos en las tumbas (Barrett, 1997; Madsen, 1997; Reilly, 2003), la reinterpretación de eventos astronómicos (Barnatt, 1998; Hoskins, 2001; Sims, 2006) y de la decoración (Kirk, 1993; Bueno y Balbin, 2006).

En esta línea, el enterramiento colectivo ha llegado a ser considerado un enmascaramiento (García, 2000:174; Chambon, 2000:273; Cámara, 2001:236; Nocete, 2001:97) dado que sucede a las primeras inhumaciones indivi-

duales, que no es un ritual exclusivo en ningún momento como muestra el número reducido de enterramientos en grandes sepulcros como Knowth o Newgrange (co. Meath) en el valle del Boyne (Irlanda) (Cooney, 1999), y que oculta una amplia variedad de manifestaciones (Smith y Brickley, 2006). El aspecto fundamental que se resalta es el de la monumentalidad, conferida especialmente por los túmulos, dado que dificulta la emulación y proyecta el mensaje hacia el futuro (García, 2006) al afirmar la inmutabilidad del orden social por la permanencia de las manifestaciones que formalizan la ideología; aunque no se pueden olvidar evidencias sobre gastos suntuarios en los funerales y depósitos de ajuares diferenciados (Nocete et al., 2004a).



DÓLMEN N° 2, "LA CAMARILLA", MONTEFRÍO

ESCALA:
1/50

En la Península Ibérica los tipos de monumentos utilizados varían según el área geográfica y el grado de jerarquización social alcanzado, aunque sólo en el País Valenciano parecen estar ausentes los de carácter megalítico en sentido estricto, predominando las cuevas naturales de inhumación colectiva (López Padilla, 2008).

Las primeras referencias a los diferentes grupos de tumbas en que podemos dividir el Conjunto de Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada) las encontramos ya en los trabajos de M. de Góngora y Martínez (1868:82-85), aunque la primera estructuración se debe a M. Gómez-Moreno Martínez (1905:123) que ya en 1907 realizó referencias a la disminución de tamaño de las sepulturas hacia el oeste (Gómez-Moreno, 1907:352), desde el grupo de El Rodeo hacia La Camarilla, donde el dolmen número 10 de los trabajos de C. de Mergelina (1941-42:64-65) incluía ya enterramientos individuales.

También en estos primeros trabajos se hallan las referencias a los túmulos de piedra (Gómez-Moreno, 1907:352; Mergelina, 1941-42:67) ya desaparecidos casi totalmente cuando el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada realizó sus intervenciones en 1971 y 1974 (Arribas y Molina, 1977; Molina, 1983).

En cuanto a la cronología de la necrópolis los datos escasos obligan a ser cautos. Al menos podría estar en uso desde el Cobre Antiguo, existiendo además elementos que sugieren un uso anterior al menos desde el Neolítico Final, como los brazaletes de pectúnculo en la sepultura 18 de C. de Mergelina y Luna (1941-42:77, 94). Realmente el inicio de la utilización de los megalitos debió situarse en la fase 3 (Periodo V de la nueva periodización) por la desaparición de los enterramientos en fosa sugeridos dentro del poblado en el Neolítico Final (3600-3300 A.C.) (Arribas y Molina, 1979a, 1979b), aunque ya hemos visto que en las excavaciones recientes éstos apenas se han constatado. Los pocos indicios disponibles en niveles de transición al Neolítico Tardío (fases 12 y 13 de la secuencia) junto al farallón (Afonso et al., 1996) entre el 4200 y el 4000 A.C. sugieren la acumulación de los restos en áreas de abrigo/gruta en las inmediaciones de la zona de hábitat. Lamentablemente las filtraciones exteriores impidieron excavar totalmente el área, quedando un testigo en reserva a la espera de futuras intervenciones (Afonso et al., 1996; Ramos et al., 1997).

En relación con esta problemática A. Arribas Palau y F. Molina González señalaban: Desde el punto de vista del ritual funerario es preciso hacer constar que no hemos detectado ningún enterramiento en fosa, lo que obliga a pensar que en

esta fase debió iniciarse la construcción de los grandes sepulcros megalíticos de planta trapezoidal y corredor situados en los alrededores del poblado; los ajuares funerarios hallados en algunos de éstos confirma nuestra suposición (Arribas y Molina, 1979a:135, 1979b:21), si bien no podemos asegurar según el estado de la investigación que no se remonte la construcción de los más antiguos dólmenes a un momento ligeramente anterior, en cuyo caso el nuevo ritual funerario funcionaría simultáneamente con el enterramiento en fosa en el interior del hábitat (Molina, 1983:54).

Con seguridad la necrópolis estaría en uso durante el Cobre Pleno como indican los cuernecillos de arcilla (Mergelina, 1941-42:77, 104) cuya aparición en la estratigrafía del poblado es clara, aún con su pervivencia (Ramos et al., 1997), pero lo más interesante es su perduración hasta la Edad del Bronce (Mergelina, 1941-42:64-65; Tarra-dell, 1952:68-70; Arribas, 1979a:131, 1979b:18) en momentos en que en otras zonas del sur de la Península se habían impuesto las sepulturas individuales bajo las viviendas, destacando la presencia de hallazgos metálicos de aspecto tardío como la espada de 43 cm del Museo Arqueológico de Granada (Mergelina, 1941-42:73; Molina, 1983:62) o la presencia de esqueletos completos en compartimentos de las cámaras (Mergelina, 1941-42:86-87) aun cuando no todos los esqueletos en

posición pertenecen a enterramientos individuales como muestra el dolmen 14, donde el mejor conservado de los numerosos restos es el último inhumado en la secuencia de inhumación colectiva (Mergelina, 1941-42:91).

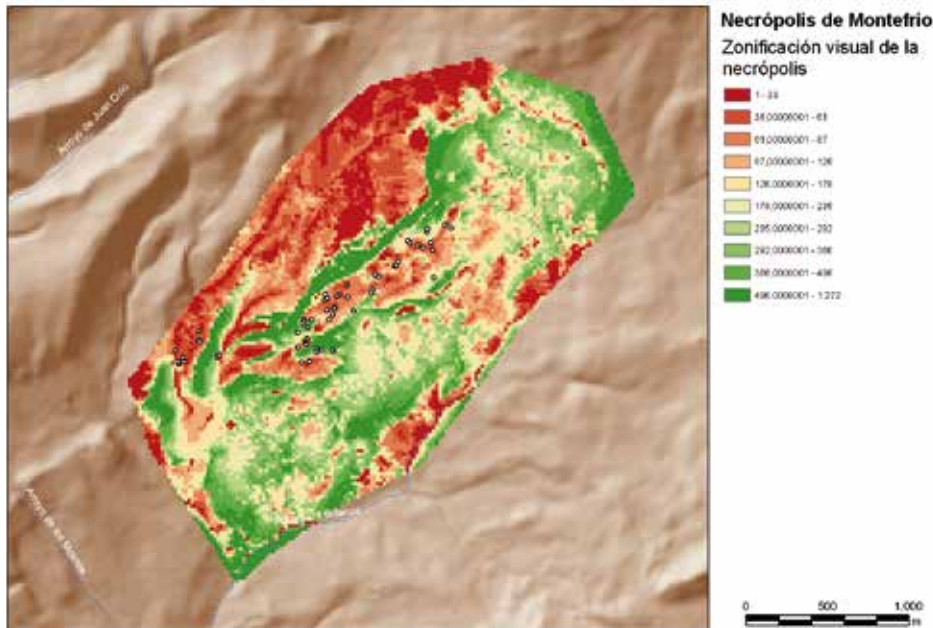
En otros casos sí es cierto que los mismos ajuares parecen revelar su asociación a momentos tardíos, hasta el punto de que J.E. Ferrer Palma (1980b:220-221) señaló la utilización de las sepulturas 10 y 8 en el Bronce Antiguo y Pleno respectivamente y la 23 en ambos períodos.



Dolmen 23

Esta presencia de enterramientos en la necrópolis dolménica durante la Edad del Bronce fue interpretada por P. Aguayo de Hoyos (1986:266-267) como una primera fase (fase VI de Montefrío en la periodización de A. Arribas Palau y F. Molina y Periodo IX en la nueva secuencia) de aceptación de elementos argáricos previa a la adopción del enterramiento individual tal y como sucede en Los Castellones (Laborcillas, Granada). Sin embargo hemos señalado (Cámara, 1998) que en Montefrío la ausencia de estos enterramientos no se debe a un abandono del asentamiento en esos momentos sino al hecho de que,

frente a la zona oriental de la provincia, en la occidental, aproximadamente por la línea del pasillo Alcalá-Moclín no se adopta el enterramiento bajo las viviendas en ningún momento, al menos de forma generalizada, sino que aparecen necrópolis de cistas al exterior de los poblados. Basándose de hecho en Montefrío M. Tarradell señaló que nos inclinaríamos a considerar que la divisoria entre el círculo argárico y la zona de perduración del Bronce I, con influencias de la cultura de El Argar pasara, aproximadamente, por la línea Linares-Vega de Granada-Almúñecar (Tarradell, 1952:70).



Relevancia visual de las tumbas de Las Peñas de los Gitanos en relación con su emplazamiento

La abundancia relativa de metal (Gómez-Moreno, 1907:354; Mergelina, 1941-42:73) demuestra que el carácter simple y relativamente igualitario que se ha planteado para el conjunto de Las Peñas de los Gitanos (Moñita et al., 1986) es una falacia basada en el expolio desde antiguo de muchas de las sepulturas (Molina, 1983:62).

Los sepulcros megalíticos de Montefrío, concentrados en cuatro áreas, El Rodeo, La Camarilla, Los Guirretes y El Castellón (Molina, 1983), son todos de pequeñas o medianas dimensiones, si los comparamos con los grandes monumentos de la Europa Atlántica, y de similar morfología. Se construyen rebajando parcialmente el suelo para encajar los bloques de piedra y fueron cubiertos posteriormente con un túmulo delimitado, en algunos casos, por un anillo de piedras. Constan de una cámara trapezoidal precedida de un corredor corto y de forma generalmente trapezoidal, a veces segmentado y con una especie de vestíbulo.



Dolmen 19



Dolmen 5

Las paredes del corredor y de la cámara están formadas por grandes bloques de piedra hincados verticalmente (ortostatos). En algunos casos en el corredor las grandes losas alternan con tramos de mampostería (de piedras pequeñas unidas en seco) (Molina, 1983), o aparecen pequeños tirantes construidos con la misma técnica. La cámara y los tramos del corredor están separados entre sí por una puerta conseguida mediante la perforación de un gran bloque de piedra o muescas opuestas practicadas en dos bloques que actúan a manera de jambas.



Dolmen 27

Algunos de los dólmenes de Montefrío incluyen en su interior decoraciones en relieve (cuernos) (Gómez-Moreno, 1907:353; Mergelina, 1941-42:99), o grabados (zoomorfos, geométricos) (Mergelina, 1941-42:67-68). La situación de decoraciones similares en megalitos europeos ha sido relacionada con el acceso desigual al conocimiento ritual (Thomas, 1990).

La ocultación del espacio habitado de Los Castillejos, aunque en una posición



Grabado al interior del dolmen 23

elevada y estratégica, se relaciona, en este caso, perfectamente con el intento de esconder el espacio ritual-funerario, en posiciones bajas. Esta ocultación funeraria está en primer lugar condicionada por el espacio natural antes referido y se relaciona con la disposición habitual de la pintura rupestre esquemática (Martínez, 1997, 1998, 2004), presente en las inmediaciones de nuestro yacimiento en el Pasillo de Alcalá-Moclín (Carrión y Contreras, 1979, 1983; Martínez, 1997).



Dolmen 27. Detalle de protuberancias al interior de los ortostatos



Representación zoomorfa en el dolmen 6

En segundo lugar se configura a partir del desarrollo semihipogeoico de los sepulcros megalíticos, conectado claramente con la preferencia por sepulcros en cuevas artificiales (o estructuras mixtas) en las inmediaciones de los poblados de valle de Andalucía occidental que se ha relacionado con el enmascaramiento parcial de las diferencias sociales, aunque éstas se manifestaran en la disposición de los ajuares y en la restricción del acceso a las ceremonias (Cámara, 2001).



Dolmen 39 en el área de Los Guirretes

Las necrópolis de Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada) situadas en los pasillos más exteriores y más bajos del conjunto de las Peñas en la mayoría de los casos

(Molina, 1983) disponen sus sepulturas fuera del área visual del poblado, incluso en los casos en que, al rodear el hábitat, las sepulturas de la necrópolis de Los Guirretes se sitúan en áreas elevadas. Por otra parte, los callejones ocultan las tumbas del exterior de Las Peñas e imponen una visibilidad dirigida este-oeste de la que sólo escapan las tumbas periféricas y sobre todo las de El Castellón/Hoyón de la Virgen.

Más concretamente la ocultación tiene lugar respecto a los lugares de residencia, restringidos a partir del IV Milenio A.C. al área de Los Castillejos desde la cual no sólo no se visualiza ninguna de las áreas de la necrópolis sino que el pasillo inferior meridional, el único claramente visible desde lo alto del farallón sur que delimita el poblado, carece de sepulturas megalíticas existiendo referencias problemáticas a hallazgos casuales de inhumaciones en fosa, tal vez del Calcolítico avanzado. También el área de enterramientos de El Castellón queda fuera de la visibilidad del poblado de Los Castillejos si bien algunos indicios bajo el hábitat medieval del cerro que da nombre a esa zona sugieren que algún tipo de ocupación tuvo lugar en las inmediaciones durante la Prehistoria.

Además en estos contextos, no visibles desde el hábitat, tres escalas de ocultación, complementarias y articuladas, pueden ser distinguidas en los megalitos de Las Peñas de los Gitanos: ocultación del espacio funerario (cámara y corredor como contenedores), ocultación de



Dolmen 23. Foto Miguel Ángel Blanco

la estructura dolménica en su conjunto y ocultación de toda la estructura construida.

En primer lugar, la cámara se sitúa siempre más allá de un estrecho corredor accediéndose a ambos a través de estrechos vanos definidos por jambas de piedra muy próximas o por puertas perforadas en una o dos losas (Mergelina, 1941-42). Se trata de un esquema frecuente en los tholoi y algunas otras tumbas del Sudeste (Almagro y Arribas, 1963; Molina y Cámara, 2005), que, como otros constreñimientos al acceso (Thomas, 1990, 1993a, 1993b; Richards, 1993; Larsson, 2000),

incluso en monumentos no funerarios (Edmonds, 1993; Barnatt, 1998; Hartwell, 1998, 2002), se ha relacionado



Dolmen 7 en primer término y dolmen 8 en la zona más elevada y casi no visible

con la restricción del acceso a las ceremonias y el secreto de éstas (Cámara, 2001). En el caso concreto que nos ocupa este constreñimiento queda acentuado en términos planimétricos por la forma trapezoidal de corredor y cámara con la parte más ancha hacia el fondo. Sin duda la imagen recuperada hoy resulta parcialmente distorsionada por la inclinación hacia el interior de los ortostatos resultado de la presión de la tierra circundante y de la ausencia de relleno interior, especialmente tras la

remoción de éste por los clandestinos o las intervenciones arqueológicas.

En segundo lugar, el carácter semihipo-geico de los sepulcros, al que ya hemos hecho referencia, acentúa las dificultades de acceso que deben ser superadas por una disposición en rampa de los diferentes espacios o tramos hasta un vestíbulo situado a la altura de la superficie exterior. En algunos casos la ocultación implica no la excavación de una fosa para embutir cámara y corredor sino el adosamiento a



Dolmen 18 con anillo perimetral del túmulo desaparecido

afloramientos rocosos en ladera junto a los cuales el carácter semihipogeico se mantiene, como demuestra no sólo la excavación de la cimentación de los ortostatos (algo por otra parte imprescindible para la estabilidad de la construcción dadas las características de los túmulos) sino la disposición de nuevo más profunda de la cámara respecto al corredor.

En este mismo sentido toda la estructura funeraria queda cubierta por túmulos muy bajos que más que resaltar el monumento, lo que parcialmente se consigue con el anillo perimetral de piedras, lo enmascaran, dada la disposición en ladera de la mayor parte de los sepulcros de las tumbas megalíticas.



Dolmen 55 oculto por la vegetación y el emplazamiento

En tercer lugar; la distribución de las estructuras funerarias en el entorno de Las Peñas y su disposición concreta deriva en una ocultación relativa que, prescindiendo de los obstáculos crea-



Dolmen oculto

dos por la vegetación, indudablemente cambiada, se concretan en la ya referida disposición junto a afloramientos rocosos en la ladera, en el emplazamiento en terrazas con ligera pendiente hacia la parte interna, en la posición junto a los restos de las pequeñas canteras de las que se extrajo el material constructivo y que de esta forma quedan también ellas totalmente ocultas y en la situación de las tumbas dentro de pequeñas agrupaciones que con los túmulos bajos generan un terreno alomado relativamente continuo.

El contraste con el entorno, sin duda, queda minimizado, pero desde luego se trata de estructuras cuya ocultación, materiales y método de construcción garantiza su permanencia, además de que, en su asociación, con el entorno en el que se incluyen crean un espacio nuevo, un paisaje en el sentido de elemento perceptible y un territorio en el sentido de espacio construido destinado a una función social, el enmas-

caramiento por la ocultación (Cámara, 2001; Rojo et al., 2006, 2008a) pero también la apropiación por la disposición (Criado, F., 1998; Cooney, G., 1999; Kolb, M.J., 2005), aspectos que vamos a tratar a continuación.



Dolmen 20 ,con estructura totalmente incluida en una fosa cortada en la roca

La disposición de las tumbas en las necrópolis de Las Peñas de los Gitanos adquiere una doble dimensión espacial. En primer lugar, como hemos dicho, se aprecian agrupaciones que han llevado a dividir el conjunto dolménico en cuatro grupos de este a oeste: El Rodeo, Cama-

rilla, Guirretes/Castillejos y Hoyón de la Virgen/Castellón. Al menos los dos primeros pueden ser subdivididos en diferentes agrupaciones y en el caso del tercero la destrucción de sepulcros al sur, donde se extienden las tierras de cultivo, sugiere que éstas también existieron. En segundo lugar la misma disposición de estos grupos proporciona indicios sobre otro rasgo fundamentalmente de la distribución, la disposición este-oeste de los sepulcros, a menudo alineados en paralelo a las principales estructuras del relieve, los pasillos cársticos que configuran el conjunto ambiental de Las Peñas de los Gitanos.

Individualmente las tumbas muestran también una orientación predominante este-sudeste (Hoskin, 2001), estando en parte motivada la variación por la ubicación de los sepulcros, con aquellos situados en las zonas de mayor pendiente (laderas y terrazas altas) con un acceso más orientado al sur, hacia las zonas más llanas y bajas. Además es en los cuadrantes meridionales donde los anillos perimetrales de los túmulos, en los casos de conservarse, se pueden apreciar con mayor claridad, en asociación a la entrada, un aspecto que conociéndose en otras áreas cercanas como el Sudeste (Turatti et al., en prensa) ha sido relacionado en el Noroeste con la separación entre el área doméstica-explotada y la salvaje del entorno, reproduciendo a escala del túmulo los escenarios diseñados por la distribución de los megaliti-

tos (Criado y Villoch, 1998:75, 77, 78; Villoch, 2001; Villoch y Criado, 2001), aspecto reseñado en el Noroeste también en relación con los hábitats (Giannotti y Cancela, 2005). En este sentido la disposición de los sepulcros megalíticos de Las Peñas de los Gitanos, y sus constituyentes, aunque enfatizando las áreas susceptibles de explotación agropecuaria, las meridionales, hasta llegar al río, se desvincula del área de hábitat, aunque en su distribución la circunden/separen de las zonas de actividad económica, hasta el punto de que, como hemos referido, las tumbas resultan totalmente invisibles desde el asentamiento, configurando en este caso un no-paisaje (en términos de percepción).

Finalmente debemos señalar que no sólo la distribución de los túmulos y la orientación de los corredores-cámaras marcan la dirección este-oeste sino que ésta es la única desde la que se puede apreciar al menos parte de la necrópolis y desde luego su diseño global, conseguido, como en otros casos (Blas, 1993; 2000) por adición de sepulturas, habiéndose señalado incluso que la necrópolis, en las áreas de El Rodeo-La Camarilla, creció de este a oeste según la cronología de los ajuares (Mergelina, 1941-42), aunque se trata de un extremo difícilmente contrastable en términos absolutos.

Esta disposición este-oeste define, en nuestra opinión, no sólo la limitación simbólica entre el espacio de hábitat y el

espacio de explotación a partir de una frontera ritual sino que imita-reproduce las formas de desplazamiento a través de Las Peñas facilitadas por los pasillos cársticos, recogiendo a través de la disposición de algunos sepulcros en laderas la necesidad de remotes para pasar de un pasillo a otro.

En este contexto el aspecto más sorprendente es la referida ocultación de las tumbas hasta el punto de que los mojones territoriales se vuelven tan invisibles como el poblado, en un difícil equilibrio entre demarcación y secreto. Este adquiere sentido en la necesidad de limitar la exhibición del poder de las fracciones de la sociedad a las que iría destinado cada sepulcro, en un deseo de limitar la exhibición de la desigualdad que es propio al ritual funerario del Valle del Guadalquivir y la Alta Andalucía hasta el menos el 2500 A.C., aunque dentro de los sepulcros se localicen ajuares diferentes (Cruz-Auñón et al., 1993; Evangelista, 2003) exhibidos, sin duda, en la reproducción de los lazos de cohesión y dependencia de diferentes grupos sociales ideológicamente todavía parentales, al grupo restringido de personas que accedían a las ceremonias que tenían lugar en el interior del sepulcro y en sus intermediaciones. Además la necesidad de mantener secretas estas últimas incidió también en la ocultación o emplazamiento parcialmente inaccesible de las tumbas de Las Peñas de los Gitanos.

8. EL DESARROLLO SOCIAL



Valoración del Neolítico en la Alta Andalucía

Después de numerosas críticas, debidas sobre todo a abusos en la generalización de la secuencia a toda la Península y a interpretaciones erróneas (Martínez, 1984:58-59 n.34), la secuencia de Los Castillejos en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada) (Arribas y Molina, 1979a, 1979b) ha obtenido no sólo una confirmación y una matización en los momentos finales del Neolítico sino un complemento mayor en las nuevas excavaciones al localizarse los niveles del Neolítico Antiguo con cerámica cardial (Afonso et al., 1996; Ramos et al., 1997), si bien en pequeñas cantidades. A Los Castillejos habría que sumar a otras evidencias de la Alta Andalucía estudiadas ya por M^a. S. Navarrete (Navarrete y Molina, 1987) y las referencias a hallazgos de la Cueva de la Cabra en Las Peñas de los Gitanos (Navarrete, 1976a; Molina, 1987), y otras referencias en el cercano Pasillo de Alcalá-Moclín, en concreto en la Cueva de Malalmuerzo (Moclín) (Carrión y Contreras, 1979, 1983) y otra en Andalucía Oriental con cerámicas impresas con cardium, todas ellas relacionables con Levante y por tanto con el clásico Neolítico Antiguo Mediterráneo (Martí, 1978, 1983, 2008).

Otros hallazgos (Pérez, 1994) y excavaciones en el Alto Guadalquivir (Lizcano,

1999; Lizcano et al., 1997, 1993), junto a la misma secuencia de Los Castillejos (Ramos et al., 1997), permiten realizar algunas matizaciones, no esenciales en la forma pero sí a veces en las intenciones, a la secuencia neolítica de la Alta Andalucía en periodos más recientes.

La cercanía del yacimiento de Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada) a las cuevas cordobesas (Gavilán et al., 1994, 1996, 1999; Gavilán y Vera, 2002; Vera y Martínez, 2005) y al yacimiento de La Peña de la Grieta (Porcuna, Jaén) (Arteaga et al., 1993; Arteaga, 2002, 2004) creemos que es un argumento a tener en cuenta en la periodización, todavía provisional por la sorprendente escasez de excavaciones, del Neolítico Andaluz, sobre todo cuando la presencia de yacimientos con cerámica cardial, documentados incluso a nivel de prospecciones de superficie en Andalucía Occidental (Caro et al., 1987; Caro, 1989; Gutiérrez et al., 1996:636, lám. IV; Lazarich et al., 1999; Ramos y Lazarich, 2004; Ramos et al., 2005, 2008; Pérez et al., 2005), en Portugal (Soares y Silva, 2003; Bicho, 2006; Bicho et al., 2003) o en la Meseta (Jiménez Guijarro, 2008; Jiménez Guijarro et al., 2008) debería haber llamado la atención sobre lo arbitrario de la división del Neolítico andaluz en dos áreas (Acosta, 1986:143, 149; Asquerino, 1987:64, 1992:35, 2004; Muñoz, 2004; Gavilán et al., 1999:60; Gavilán y Vera, 2002:179-182; Sánchez, 2002:335-336, 338; Arteaga, 2002:269-270; Vera

y Martínez, 2005), dado que estos materiales están presentes también en el subbético cordobés cercano (Hitos, 1990), fenómeno, no conocido en ninguna otra parte del Mediterráneo Occidental, salvo en los límites septentrionales de la distribución de la cerámica cardial, aunque haya intentos de conciliación refiriendo la posibilidad de una introducción neolítica más temprana (Jeuneusse, 2008).

Independientemente del hecho de que la ausencia de cerámica cardial en determinados yacimientos con contextos del VI milenio A.C. quizás puede deberse a diferentes factores como la escasez general de ésta por el uso al que iba destinada, la funcionalidad del yacimiento y su posible carácter estacional (Vega et al., 1997; Pérez et al., 1999; Navarrete, 2003, 2004; Molina y Cámara, 2006), lo que incluso puede haber conducido a señalar como epipaleolíticos niveles del Neolítico Antiguo, sea en las cuevas o al aire libre (Pérez et al., 1999; Molina y Cámara, 2006), la secuencia de Los Castillejos indica que a fines del VI milenio A.C. sigue estando presente en la Alta Andalucía. Sólo Carigüela (Píñar, Granada) ofrece una datación de principios del VI milenio A.C. (Castro et al., 1996) para un yacimiento con presencia clara de cerámica cardial.

Sin duda es imposible en el estado actual de la investigación proponer un Neolítico Antiguo andaluz con una evolución de la decoración cardial más o

menos clarificada en diferentes fases, de forma similar a como se ha planteado en otras zonas del Mediterráneo como Córcega (Lanfranchi, 1993:8-9; Weiss et al., 1995:8), Cerdeña con tres fases (Atzeni, 1987:384-386; Atzeni y Santoni, 1989:31-33; Fenu, 2000; Guilaine y Manen, 2007; Manen y Sabatier, 2003; Tanda, 1998), Francia (Willigen, 2004) e incluso el Levante de la Península Ibérica, donde en la Cova de L'Or (Beniarrés, Alicante), la decoración cardial va siendo sustituida progresivamente (Martí et al., 1980:153 y ss., 1987:98; Bernabeu, 1989). Existen, sin embargo, determinados indicios en Carigüela (Píñar, Granada) (Navarrete, 1976a)¹, como en Nerja (García et al., 2005), incluso aunque esté demostrado que la

¹A. Arribas Palau y F. Molina González (Arribas y Molina, 1979a:126; 1979b:12-13; Molina, 1983:34-46) consideraron los estratos 16 a 14 como correspondientes al Neolítico Antiguo, los numerados del 13 al 9 como Neolítico Medio, aunque el 13 y el 12 son considerados transicionales al no haber desaparecido totalmente la cerámica cardial (Navarrete y Molina, 1987:647). Además también los niveles 8 y 7 son inscritos en otra transición hacia el Neolítico Reciente representado en los niveles 6 y 3, destacando en este último la presencia del ídolo cruciforme del Neolítico Final (Molina, 1983:46; Navarrete y Molina, 1987:648), mientras los niveles 2 y 1 corresponden al uso de la cueva como lugar de enterramiento en la Edad del Bronce. La frecuencia de períodos transicionales en las periodizaciones ofrecidas demuestra lo impreciso de la separación en niveles de las excavaciones de M. Pellicer tal y como se puede apreciar en el perfil habitualmente reproducido y destaca aún más la importancia de las actuaciones de Los Castillejos en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada).

introducción en la zona de este tipo de cerámica sea más tardía (Martí, 1978), dado que la asociación de otras técnicas en Carigüela (Navarrete y Molina, 1987) puede deberse a que las fases cardiales representadas en este yacimiento no sean las más antiguas de Andalucía. Lo mismo cabe decir de los escasos restos de Montefrío, también en disminución progresiva en la secuencia.

Es cierto que se debe tener en cuenta la demanda occidental para explicar la llegada de los elementos neolíticos, pero no es menos cierto que lo más sorprendente es la generalización de la cerámica cardial en los contextos antiguos del Mediterráneo Occidental que se puede explicar en relación a la circulación vinculada a las alianzas y a la exogamia (Sanahuja Yll et al., 1995:60-61), pero también al movimiento de personas en función de determinadas actividades.

Otro problema es el del carácter más o menos permanente de tales pobla-



Perfil este del corte 1c/6desaparecido

dos que, en cualquier caso, se sitúan en un proceso temporal que llevará, en unas zonas previamente y en otras después, a la agregación poblacional y a la sedentarización consolidada. Ésta que se relaciona con la competencia por determinados recursos entre los que hemos enfatizado la fuerza de trabajo y los rebaños, y por consiguiente los terrenos para su movilidad apartados del acceso de las comunidades exteriores (Cámara y Lizcano, 1996; Afonso y Cámara, 2008; Cámara, 1998, 2001). En este sentido cobra particular importancia la determinación de un hiato en la secuencia de Los Castillejos en el V milenio A.C. (Martínez et al., e.p.), siendo claros, sin embargo, los indicios de estabilidad a partir de fines de ese milenio, en torno al 4200 A.C., no sólo por las estructuras de habitación (Afonso et al., 1996) sino por los restos de ratón mediterráneo (Riquelme, 1996). En cualquier caso, los datos sobre las estrategias agropecuarias del periodo inicial de la ocupación de Los Castillejos (Neolítico Antigo evolucionado) (Riquelme, 1996; Rovira, 2007) muestran que aunque pudieran existir pequeños desplazamientos en Las Peñas de Los Gitanos, o incluso un hábitat disperso, el sistema de ocupación territorial estaría muy lejos del nomadismo que a veces se ha planteado para estas comunidades, sobre todo a partir de registros de cuevas que, sin embargo, muestran a menudo una considerable modificación del entorno (Rodríguez, 1996), en un

contexto ambiental aún relativamente húmedo (Nachasova et al., Aguilera et al., 2007 Aguilera et al., 2008 ; Yanes et al., 2011).

Sobre la transición del Neolítico Antigo al Neolítico Medio. Perduración de la cerámica cardial e impresiones a peine

Aunque las propuestas de desarrollos alternativos al paradigma “cardial” en Andalucía se han postulado durante años (Muñoz, 1984) y recientemente se ha planteado la existencia de contextos neolíticos previos “cardial” y de rutas alternativas de difusión de las nuevas técnicas y desarrollos socio-económicos (Cortés et al., 2012 ; Lindstädter et al., 2012; Aura et al., 2013), la presencia de cardial en las fases 1-4 de Los Castillejo parece demostrar la existencia de un período “epicardial” andaluz. Esto, unido a los materiales de la Carigüela (Píñar, Granada) o las Majolías (Alfacar, Granada) (Navarrete y Molina 1987), lleva a sugerir la existencia de un marco cultural complejo. Los principales apoyos empíricos en nuestra región de una fase pre-cardial en el Neolítico Antigo se han obtenido a partir de materiales y las fechas de C14 de la Cueva de Nerja, pero la separación entre los periodos pre-cardial, cardial y epicardial está aún lejos de haber sido demostrada, sobre todo teniendo en cuenta la continuidad

de la cultura material, de las estrategias económicas y del uso del espacio entre la segunda mitad del VI milenio cal BC y los inicios del milenio V cal BC. Si bien no se puede mantener una perduración de la cerámica cardial durante todo el Neolítico (Navarrete, 1976b:67), es cierto que su desaparición no es repentina, como muestran los estratos XIII y XII de Carigüela (Arribas y Molina, 1979a:126; 1979b:12-13), incluso con los problemas que presenta su secuencia estratigráfica (Vega et al., 1997:72), o los escasos restos de Los Castillejos (Montefrío, Granada) (Afonso et al., 1996). Tanto en uno como en otro yacimiento existen asociaciones con cerámicas impresas mediante otras matrices dentadas.

Esta posibilidad permitiría enriquecer la adscripción a partir de materiales superficiales de determinadas cuevas andaluzas al Neolítico, casi siempre referido como Medio, planteando un panorama más complejo en el que no serían descartables reocupaciones periódicas en lugar de una ocupación permanente de las cavidades.

Creemos que este es el caso de determinados materiales de la Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada) (Navarrete y Capel, 1977:45-46, figs. 14 y 15), sobre todo cuando las decoraciones se sitúan sobre vasos globulares y con cuello (Navarrete y Capel, 1977:49, fig. 18, 55-56), así como de otras cerámicas de la Cueva "CV-3" de

Cogollos-Vega (Granada) que incluso sus descubridores sitúan en momentos antiguos (Navarrete et al., 1983:11, fig. 2:2-3,5, 1987-88:17 fig. 13:42).

A estos momentos se atribuyen también las impresiones con matriz dentada arrastrada ("peinadas"), asociadas a otras técnicas decorativas y documentadas por ejemplo en La Sima de Los Intentos (Gualchos, Granada) (Navarrete et al., 1986:58-60).

Según muestra el registro de Los Castillejos, la transición al V milenio A.C. no ofrece en cualquier caso transformaciones de importancia en las estrategias socioeconómicas, perviviendo el uso de la zona excavada para actividades comunales de combustión (Afonso et al., 1996), aunque se consolidan las estrategias económicas con un énfasis en el trigo común duro (Rovira, 2007) y en cabañas ganaderas que implican estabilidad (primero bóvidos y después suidos) (Riquelme, 1996).

Agrupación cultural e identidad social. El caso de la denominación del Neolítico Medio de la Alta Andalucía

Respecto al Neolítico Medio de la Alta Andalucía no podemos dejar de comentar aquí la denominación tradicional de Cultura de las Cuevas (Navarrete,

1976a) que no nos parece adecuada, no por la invalidez presunta del término “cultura” en sí (Lull et al., 1992) ni por la carga de “empirismo” que está implícita en las primeras formulaciones de esta categoría. De acuerdo a los planteamientos de jerarquización de las categorías descriptivas usadas en la clasificación arqueológica previamente a la explicación (aunque en reformulación continua), y que serían: horizonte cultural, cultura, grupo arqueológico (Molina et al., 2002) y subgrupo arqueológico, estimamos poco acertada la denominación Cultura de las Cuevas con cerámica decorada de Andalucía Oriental (Navarrete, 1976a) por tres razones (Pérez et al., 1999:487-488):

1. Definición cronológica insuficiente, pues las mayores transformaciones no se dan entre el Neolítico Antiguo cardial y el Neolítico Medio, sino entre este último y el Neolítico Tardío, incluidos ambos tradicionalmente como la Cultura de las Cuevas. Durante el Neolítico Tardío se produce un profundo cambio cultural (agregación, sedentarización, afirmación del territorio con los enterramientos, etc.), como expresiones y resultado de nuevas relaciones sociales (Lizcano et al., 1997, 1996; Lizcano, 1999; Cámara, 1998, 2001).

2. Inadecuación del término, (pese a su mayor precisión por parte de M^º. S. Navarrete: Cultura de las Cuevas con cerámica decorada de Andalucía Orien-

tal) a un uso como Cultura específica de una región, ya que frente a los términos usados para Culturas referidas a otros períodos cronológicos (Los Millares, El Argar, etc.), al igual que otros términos como Cultura de los Silos que ya se han criticado (Lizcano, 1999), al utilizar en la denominación rasgos muy generales (hábitat en cueva, cerámica decorada con diversas técnicas) se puede aplicar a un espacio muy extenso y a una cronología muy amplia.

En cualquier caso el uso de este término no fue ningún obstáculo a la investigación, más bien lo contrario, pues la clasificación preliminar (Navarrete, 1976a) permitió hipótesis sobre el Neolítico andaluz hasta entonces impensables. Sin embargo, para avanzar en su resolución es necesaria una clasificación más estricta que, sólo se ha emprendido para periodos más avanzados (Lizcano, 1999). Es, por tanto, inútil la multiplicación de hallazgos de difícil contextualización regional y temporal como muestran las atribuciones de los materiales de las cuevas cordobesas a un Neolítico Medio y Final (Gavilán, 1984, 1985a, 1985b, 1990), o las dificultades para la datación de los contextos de superficie (Gavilán y Vera, 1996, 1997). Bien es cierto que la escasez o práctica inexistencia de excavaciones y de secuencias publicadas, dificulta enormemente la formulación de una periodización alternativa. Las evidencias de otros yacimientos

como la Cueva del Toro (Antequera, Málaga) (Martín et al., 2004a, 2004b, 2004c), la Cueva de Los Murciélagos (Zuheros, Córdoba) (Gavilán et al., 1996, 1999, 2004; Vera y Gavilán, 1999) u otras (Asquerino, 2008), muestran que la situación en Andalucía en cuanto a la implantación de las estrategias agropecuarias y la modificación del ambiente era variada (Rodríguez, 1996).

3. El mantenimiento del término en relación con un “modo de vida” ganadero y con campamento-base en las cuevas es, en nuestra opinión, también rechazable pues al no ser las “estrategias económicas y de hábitat” las características que describen una sociedad en mayor grado sino los rasgos culturales móviles más variables (teniendo en cuenta que ninguno de ellos explica la sociedad) la clasificación debe partir de éstos y no de aquéllos, evitando de esta forma la arbitraria oposición entre comunidades pastoriles y agrarias, tal y como ya hemos señalado (Lizcano et al., 1997; Cámara, 1998, 2001). En este sentido cada vez son más abundantes las evidencias de la importancia de los asentamientos al aire libre desde los momentos antiguos del Neolítico, planteándose incluso recintos ceremoniales (Bernabeu et al., 2003, 2005, 2008; Bernabeu y Orozco, 2005; Martí, 2008; Rojo et al., 2008b). Por otra parte, el uso funerario de algunas cuevas es evidente en Andalucía (Simón et al., 2005).

Las sociedades prehistóricas son más complejas y comprenden no sólo diversas estrategias económicas, cuya importancia se debe valorar no en términos cuantitativos sino cualitativos, por su relevancia en la reproducción de la sociedad también en términos de poder (Cámara, 1998, 2001). Además también debemos valorar los diversos tipos de asentamiento, incluso en las fases más antiguas del Neolítico, destinados a un control de las diferentes zonas de explotación como se ha mostrado para la provincia de Jaén con asentamientos en la Campiña Oriental al aire libre como Los Horneros (Baeza, Jaén) o Los Morales (Jimena, Jaén) (Pérez y Zafra:314; Zafra y Pérez, 1993:262; Pérez, 1994:106) o como han señalado otros compañeros para la Vega de Granada y el Pasillo Alcalá-Moclín (Martínez y Afonso, 1998) donde era ya conocido el asentamiento de La Molaina (Pinos Puente, Granada) (Sáez y Martínez, 1981)². Se debe destacar la presencia en el yacimiento de Los Horneros de cerámicas impresas a peine (Zafra y Pérez, 1993:262) que podrían remontar su cronología a la transición del Neolítico Antiguo al Medio, aunque, desgraciadamente los procesos erosivos naturales y la acción humana han destruido la estratigrafía (Zafra y Pérez, 1993:261).

²Se trata de un esquema que, con mayores datos, hemos sido capaces de analizar estadísticamente para el Neolítico Reciente y el Cobre Antiguo (Lizcano et al., 1996).

En cualquier caso, y señalando que lo fundamental es el análisis tanto de la cultura material mueble como de los tipos de asentamientos de regiones concretas, tal vez sería útil, que no imprescindible, para evitar confusiones, buscar un término para referirse a la “unidad tipológica” de las distintas formaciones sociales de la Alta Andalucía en el Neolítico Medio.

Problemas de terminología y periodización en el Neolítico Reciente

Ya hemos comentado que similares problemas presenta la denominación de Cultura de los Silos para el Neolítico Final (Lizcano et al., 1997; Lizcano, 1999). El inicio de las transformaciones sociales que implican la oposición entre comunidades, la ampliación del control sobre las mujeres y el inicio de la diferenciación entre las familias, asociadas a la agregación y la sedentarización, tienen lugar en el Alto Guadalquivir, al menos, a principios del IV milenio A.C. (Lizcano, 1999; Cámara y Lizcano, 1996; Cámara et al., 2008).

El primer periodo del Neolítico Reciente se denomina Neolítico Tardío (4200-3600 A.C.) representado ya en el Alto Guadalquivir en el yacimiento del Polideportivo de Martos (Jaén) (Lizcano, 1999; Lizcano et al., 1997) y en Los Montes

granadinos en Los Castillejos de Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada), en el que las nuevas excavaciones han permitido su clarificación (Afonso et al., 1996; Ramos et al., 1997). Si bien el estudio del material sólo ha sido exhaustivo en el primero de los yacimientos (Lizcano, 1999; Lizcano et al., 1997) y más limitado en el segundo (Corral, 2007), se han podido apreciar claramente las diferencias no sólo con los materiales del Neolítico Medio sino con los del Neolítico Final. Los yacimientos de la Alta Andalucía que presentarían este período no son, hasta ahora, numerosos pues los investigadores no han prestado atención a estas cerámicas, ligeramente abiertas, de inflexión marcada³.

Ambos yacimientos cubren también el Neolítico Final (3600-3300 A.C.) cuando las cerámicas (fuentes y cazuelas sobre todo) con inflexión marcada son sustituidas por los conocidos recipientes carenados, mientras las cerámicas decoradas, tienden a disminuir en Martos (Lizcano, 1999; Corral, 2007). A pesar de la práctica ausencia de decoración hay que señalar, no obstante la presencia de algunos vasos con incisiones profundas y anchas y pocos tratamientos con pigmento (“almagra”, esmaltes ocre rojos, o pinturas lineales) situadas en la mitad superior de los vasos.

³No parecen pertenecer a este período sino al Neolítico Medio los materiales de la fase IV del Canjorro III, adscritos por sus excavadores a una fase final de la Cultura de las Cuevas (Carrasco y Medina, 1983:377).

La oposición en esta época entre el Sudeste y la Alta Andalucía (Arribas y Molina, 1979a, 1979b; Molina, 1983:70), específicamente las zonas occidentales de Granada y Jaén, tal vez nos obligaría a buscar varias denominaciones para manifestaciones culturales del Neolítico Reciente de la Alta Andalucía, ya sea para la Campiña, donde se han excavado yacimientos tanto en Jaén (Contreras et al., 1987; Nocete, 1994; Arteaga, 1987; Arteaga et al., 1987; Lizcano, 1999) como en Córdoba (Martín de la Cruz, 1987) o localizados por prospección (Roca et al., 1987; Nocete, 1994; Lizcano, 1999; Lizcano et al., 1996), como para el Subbético donde la mayoría de las noticias, exceptuando los datos de Montefrío, son de megallitos (Jabaloy et al., 1982) o incluso de pinturas rupestres (Martínez y Afonso, 1998). Martos ha puesto en discusión las generalizaciones abusivas realizadas sobre las estructuras subterráneas (silos, basureros, etc.) mostrando su polifuncionalidad (Lizcano et al., 1997; Lizcano, 1999) y ha ofrecido datos sobre la utilización de diversos rituales de inhumación de animales (cánidos, bóvidos, etc.) y personas en la justificación de la cohesión social y la incipiente desigualdad (Cámara y Lizcano, 1996; Lizcano et al., 1997; Cámara et al., 2008). Los Castillejos, el yacimiento de Montefrío, ofreció tempranamente datos sobre la intensificación de la producción agropecuaria, con la selección de animales para su aprovechamiento no solo cárnico sino

también para lana, cuero y leche, y en el caso de bóvidos, y posiblemente de los équidos, introducidos en estos periodos, para fuerza de tracción en relación con el arado (Riquelme, 1996). Además eso vino acompañado con un incremento de la caza, planteado como respuesta a la necesidad de proteger los cultivos (y aumentar la zona roturada) (Uerpmann, 1979), que coincide con la sustitución del trigo común duro por el trigo común duro compacto entre los cereales cultivados y con momentos de dominio claro del guisante entre las leguminosas presentes (Rovira, 2007). Todo esto tiene lugar en el periodo de máxima caída en la humedad según los análisis arqueomagnéticos (Nachasova et al., 2007) y, en cualquier caso en el inicio de una tendencia al empeoramiento de las condiciones climáticas según los isotópicos (Aguilera et al., 2005). Claramente no podemos aventurar datos sobre la organización social, más allá de los hipotéticos sobre los inicios de la acumulación desigual fundamentalmente por vía pecuaria (Afonso y Cámara, 2006), dada la ausencia de excavaciones en extensión que permitan una comparación y de datos recientes sobre las sepulturas megalíticas, que, como ya hemos sugerido, pudieron empezar a ser erigidas en estos momentos del IV milenio A.C.

Sobre las relaciones centro-periferia y la presunta marginalidad

de las Sierras Subbéticas en el III Milenio A.C.

La sustitución de los guisantes por las habas como leguminosas más importantes en Los Castillejos (Rovira, 2007) tal vez esté en relación con su irrigación. Aunque nos situemos en un periodo de mejora relativa de las condiciones ambientales según los estudios arqueométricos (Nachasova et al., 2007; Yanes et al. 2011), en cualquier caso, la intensificación también se aprecia en la posible existencia de alternancia de cultivos o, al menos, en la consolidación de las estrategias agrarias cerealísticas con la mayor frecuencia relativa del trigo común duro compacto y con el cultivo del lino (Rovira, 2007). A ello hay que añadir el equilibrio entre las principales especies ganaderas (ovicápridos, bóvidos y suidos), con el auge de los suidos en algunos momentos y el uso de los bóvidos como animales de tracción y de los ovis para leche y fibras (Riquelme, 1996). Además, en estos momentos, las relaciones con otras áreas del sur de la Península se mantienen, especialmente en lo que respecta a la circulación del sílex hacia otras zonas (Martínez et al., e.p.) y la llegada a Montefrío de objetos de metal y marfil y otros elementos de prestigio como la cerámica naranja o la campaniforme, con vasos y cuencos en los que domina en un primer momento, hacia el 2500 A.C., el estilo marítimo.

Aunque con diferentes características, desde fines del III milenio A.C., se desarrollan nuevas relaciones que explican la difusión durante la primera mitad del II milenio A.C. de los elementos considerados argáricos (Molina y Cámara, 2004) y que en determinadas áreas, más alejadas del centro nuclear afectaron sólo a las élites. En este contexto Montefrío queda situado en los límites del territorio argárico, como hemos indicado someramente, y aunque determinados autores expliquen las diferencias como resultado simplemente de un abandono del yacimiento anterior a las influencias argáricas en la zona (Aguayo, 1986), los estratos superiores del c/4a y las armas y otros elementos de los ajuares depositados en las tumbas de la necrópolis reflejan una fuerte interacción con el territorio argárico. Hay más similitudes en los procesos de cambios ambiental que, sugeridos para el Sudeste a partir de datos antracológicos (Rodríguez, 1992), se han hecho evidentes también en Los Montes, a través de los análisis directos sobre la disminución de la humedad (Nachasova et al., 2007; Aguilera et al., 2008; Yanes et al., 2011), y por los cambios en estrategias económicas que condujeron a un aumento de los ovis (Ziegler, 1990) y de la importancia de la cebada desnuda y vestida y de la escaña (Rovira, 2007; Aguilera et al., 2008).

Todo ello tiene lugar en un contexto en el que los conflictos, ya presentes anteriormente, se acentúan como muestra la refacción de la fortificación.

De hecho debemos resaltar aquí especialmente la documentación, de una muralla en el extremo oriental del poblado de Los Castillejos (Ramos et al., 1997) construida hacia el 2300, aun cuando la conformación de Las Peñas en este lugar no la hicieran especialmente necesaria

La presencia de fortificaciones no es criterio suficiente para hablar de un núcleo jerárquico. En cualquier caso, el papel de Los Castillejos pudo ser importante ya sea en el control de las tierras del entorno, del paso del Arroyo de Los Molinos y de los afloramientos silíceos, y también por su integración en los circuitos que conectan las comunidades del IV milenio A.C., en especial por la presencia de instrumentos realizados en piedras duras de zonas relativamente alejadas (Carrión, 1985), de objetos metal, y de conchas marinas, incluso sin trabajar para su transformación última en Las Peñas de los Gitanos (Riquelme, 1996). Este fenómeno se refleja también en la aparición del sílex subbético en áreas muy alejadas de Los Montes Occidentales (Afonso et al., 2008).

Conclusiones

Uniendo las dataciones de Los Castillejos a la periodización ofrecida, hemos apreciado en primer lugar las coincidencias en los cambios en la cultura material mueble con las transformaciones ocupacionales, y del uso del espacio que se reflejan en la secuencia de Los Castillejos. Existen, sin embargo, indicios de que es necesaria una mayor subdivisión de estos periodos aunque, en cualquier caso, estos subperiodos no han sido relacionados claramente con cambios socioeconómicos o, simplemente, con cambios en las expresiones materiales muebles.

En esta línea las transformaciones estructurales en el área excavada en Montefrío coinciden básicamente con los grandes periodos tradicionales. Áreas de actividad comunal durante el Neolítico Antiguo y los inicios del Medio (entre el VI y el V milenios A.C.), donde se han consumido y transformado (despiece y combustión) restos de animales, se ha torrefactado el cereal, y se ha tallado a presión el sílex tras el calentamiento previo de los núcleos, suceden las primeras zonas de vivienda, circundadas de silos en el Neolítico Reciente, en un fenómeno de estabilización del hábitat que se desarrolló con las cabañas circulares con áreas de consumo de alimentos, hogares, zonas de telar y áreas de

almacenaje del Cobre Antiguo al Tardío, y, por último, con la construcción de una muralla en el Cobre Final y Bronce Antiguo al extremo del área habitada.

En conclusión a los cambios en el patrón de asentamiento muestran la sedentarización plena en el Neolítico Reciente (IV milenio A.C.) (Lizcano, 1999) que en Los Castillejos se refleja no sólo en las transformaciones estructurales antes referidas y en el abandono de las cuevas como lugar de hábitat sino también en la presencia de ratón doméstico desde el Neolítico Tardío (Riquelme, 1996).

También en estos momentos en el Sur de la Península se producen (o acentúan) cambios en la justificación ideológica de la propiedad y de la ocupación del territorio, incluyendo rituales de inhumación de personas y animales al interior de la zona de hábitat (Cámara y Lizcano, 1996), el desarrollo del mundo megalítico (Arribas y Molina, 1984; Cámara, 1998, 2001) y la continuidad en la utilización de los abrigos con pintura rupestre, con un mayor énfasis en la demarcación territorial y posteriormente en la afirmación de la desigualdad (Martínez, 1998). Todos estos aspectos se aprecian en Los Castillejos en la presencia de deposiciones de restos humanos en la zona de hábitat en la estructura 72 (Afonso et al., 1996), en el desarrollo desde el IV milenio de la necrópolis megalítica (Mergelina, 1941-42; Ferrer, 1980; Molina, 1983) y, en la disper-

sión de las pinturas rupestres de Moclín (Martínez, 1997, Martínez y Afonso, 1998). De esta forma determinadas transformaciones se producen antes del desarrollo del Calcolítico que tiene lugar entre el 3300 y el 2000 A.C., (Molina et al., 2004), y por tanto son independientes de la adopción de las actividades metalúrgicas en una zona peninsular u otra. Lo mismo cabe decir del desarrollo de las fortificaciones en piedra, adobe o madera (Cámara y Lizcano, 1997), las evidencias sobre una agricultura extensiva (Rovira, 2007) y, sobre todo, la intensificación de la producción ganadera (Riquelme, 1997), aspectos presentes también en Los Castillejos desde el Neolítico Reciente. En cualquier caso desde el Calcolítico cuando las tumbas tienden a acentuar la justificación de la desigualdad social (Cámara, 1998, 2001) y se desarrolla una colonización del territorio con poblados dependientes (Lizcano et al., 1996), hasta que, entre el Calcolítico Pleno y el Calcolítico Final, la aparición de verdaderos fortines tanto en el entorno de Los Millares como en otras zonas, incluido el Alto Guadalquivir, servirán de base a la delimitación militarizada del territorio en la Edad del Bronce, y sustituirán y servirán de complemento a la delimitación sacra por adición y dispersión de tumbas megalíticas que se había ido produciendo desde el Neolítico.

También entre el Neolítico y el Calcolítico se producirán significativas transfor-

maciones en la importancia relativa de determinadas especies animales como muestra la secuencia de Los Castillejos (Montefrío, Granada), posiblemente en relación a su utilización en labores agrícolas, a la mayor estabilidad de los asentamientos y al prestigio/riqueza que suponían las especies de gran tamaño como bóvidos y, posiblemente, équidos. Se documentan también cambios en los patrones de matanza que deben suponer un énfasis en el aprovechamiento de los denominados productos secundarios (lana, cuero, leche) y en la facilidad de reproducción de los rebaños (Riquelme, 1996) así como asociaciones y rituales que sugieren un desarrollo de la propiedad privada de los rebaños en el Neolítico Reciente (Cámara y Lizcano, 1996) que debió ir seguido del desarrollo de la explotación familiar de las tierras en la Edad del Cobre aun cuando la propiedad siguiera siendo comunal.

Otros cambios, como el que se da en la industria lítica tallada o el desarrollo de nuevos tipos de recipientes cerámicos como las fuentes y cazuelas de gran tamaño, conectan también el Neolítico Reciente y el Calcolítico, aun cuando las diferencias tipológicas concretas sirvan para la determinación de los distintos subperíodos. Las transformaciones materiales en los momentos del Neolítico Reciente incluyen el desarrollo de nuevas formas cerámicas abiertas que, sin embargo, frente a lo que a menudo se ha referido, no estarían relacionadas

tanto con un consumo comunal de tortas de cereal sino, en función de los análisis, al menos también de materias grasas (Sánchez et al., 1999). En la industria lítica tallada se produce el cambio ya comentado desde la talla a presión de hojitas a la talla de hojas de mediano y gran tamaño mediante presión reforzada (Martínez, 1985; Afonso, 1996; Morgado, 2002; Morgado et al., 2008; Martínez et al., e.p.). Una mayor abundancia de elementos de gran tamaño (incluyendo hachas y molinos) y una menor presencia de adornos caracterizará la industria en piedra pulida.

Agradecimientos

En primer lugar no podemos dejar de agradecer aquí la participación de un importante grupo de investigadores en las excavaciones llevadas a cabo en Los Castillejos y en las necrópolis megalíticas de Las Peñas de Los Gitanos. Así como la colaboración de las administraciones, especialmente la municipal, y la asistencia de numerosos ciudadanos de Montefrío tanto en el trabajo de campo como en el apoyo logístico. La serie de dataciones publicadas en este artículo y que constituye el armazón cronológico del razonamiento social y técnico presentado ha sido realizada gracias al Proyecto de Excelencia, financiado por la Junta de Andalucía, Impacto ambiental y cambio social en el sur de la Península Ibérica durante la Prehistoria Reciente (P06-HUM-01658). El análisis técnico de las piezas de piedras

talladas y las implicaciones sociales que el cambio técnico y la actividad artesanal tuvieron en las sociedades prehistóricas del sur de la Península Ibérica se abordaron con el soporte económico y material del proyecto de investigación I+D+I del Ministerio de Innovación y Ciencia, Producción lítica especializada durante la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica (HUM2006-13635). El análisis de la circulación de objetos pétreos y metálicos y la profundización en los datos estratigráficos contó con el apoyo del proyecto de investigación I+D+I del Ministerio de Innovación y Ciencia, Materias primas y producción de artefactos en el Calcolítico del Sureste

de la Península Ibérica: especialización y acceso desigual (HUM2005-07508/HIST). La explicación del cambio social producido a lo largo del Neolítico y el Calcolítico se abordó a partir de los trabajos realizados en el marco del proyecto I+D+I del Ministerio de Innovación y Ciencia Cronología de la consolidación del sedentarismo y la desigualdad social en el Alto Guadalquivir (HAR2008-04577/HIST).

Finalmente queremos señalar que las fotos y las figuras sin referencia a autor pertenecen al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada.

